

Félix de Azara: Itinerario intelectual de un funcionario singular

María Celeste Mazzola



BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Serie *Discursos Coloniales* N° 2
Catherine Poupény Hart (coord.)

Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

**Félix de Azara:
Itinerario intelectual de un funcionario singular**

María Celeste Mazzola

TINKUY
BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE
Nº 8 – 2008

Serie Discursos Coloniales Nº 2
Catherine Poupeney Hart (coord.)

Asistente de Edición
Pablo M. Salinas

© 2008 Section d'Études hispaniques
Montréal, Université de Montréal
ISSN 1913-0481

TINKUY - BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE N° 8 – 2008

Comité de lectura

James Cisneros
Juan C. Godenzzi
Enrique Pato
Catherine Poupeney-Hart
Javier Rubiera
Monique Sarfati-Arnaud

Dirección

Juan C. Godenzzi

juan.carlos.godenzzi@umontreal.ca

El Boletín de Investigación y Debate *Tinkuy* se dedica al estudio de la lengua y los discursos hispánicos. Presenta avances y resultados de la investigación de profesores y estudiantes. Ofrece elementos para la construcción de instrumentos conceptuales y metodológicos pertinentes para los estudios hispánicos (tanto literarios como lingüísticos). Constituye un medio que estimula a los estudiantes de la Sección de Estudios Hispánicos para que redacten y publiquen sus artículos.

Tinkuy es un término quechua que significa ‘encuentro de elementos opuestos’. Las tensiones y los conflictos que separan y confrontan encuentran un principio de solución a través de los intercambios que tienden a restablecer la complementariedad y las necesarias relaciones de reciprocidad.

Los números son monográficos y aparecen dos veces al año. Algunas series se irán integrando gradualmente, siendo la primera de ellas la Serie *Discursos Coloniales*, bajo la coordinación de Catherine Poupeney-Hart.

Tinkuy cuenta con una versión impresa (ISSN 1913-0473) y una versión electrónica (ISSN 1913-0481): <<http://www.littlm.umontreal.ca/documents/TINKUYweb.doc>>

Nota de la coordinadora

Este número monográfico es el segundo de la serie que la revista *Tinkuy* dedica a los discursos del período virreinal. Recoge la memoria de maestría que María Celeste Mazzola presentó en la Universidad de Montréal, en octubre de 2005.

La publicación se ha hecho posible gracias al apoyo del *Conseil de recherche en sciences humaines du Canada* al proyecto “Imaginaris de la región en Hispanoamérica al fin del período colonial”.

Montreal, febrero de 2008
Catherine Poupeney-Hart (coord.)

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo I	3
La Ilustración en España y en sus dominios de ultramar	3
<i>Las expediciones científicas</i>	3
La exploración de las regiones interiores	5
<i>El personaje: Félix de Azara</i>	6
Azara en América.....	8
La organización de sus viajes.....	14
De regreso en España	16
Capítulo II	21
Algunas características de la <i>Descripción</i>	21
<i>Reformulaciones del texto</i>	22
<i>Construcción del locutor</i>	26
<i>La escritura</i>	28
<i>Construcción del interlocutor</i>	33
<i>Sus propósitos</i>	36
Capítulo III	39
La diversidad de miradas	39
<i>El funcionario colonial</i>	39
<i>El naturalista aficionado</i>	49
<i>El antropólogo</i>	56
<i>El extranjero maravillado ante la naturaleza</i>	64
La defensa de América.....	67
<i>El ecologista “avant la lettre”</i>	69
Conclusión	75
Bibliografía	82
<i>Bibliografía de Azara</i>	82
<i>Bibliografía crítica sobre Azara</i>	83
<i>Bibliografía complementaria</i>	85
ANEXO I: RETRATO DE FÉLIX DE AZARA	89
ANEXO II: CONFORMACIÓN DE LAS PARTIDAS DEMARCADORAS	90
ANEXO III: PORTADA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE LA <i>DESCRIPCIÓN</i>	92

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone examinar la obra de Félix de Azara (1742-1821), poniendo particular atención en el texto titulado *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (1847), que ofrece una información bastante completa y diversificada sobre la región. Para ello utilizaremos la primera edición argentina de la obra, impresa en Buenos Aires, en el año 1943, por la Editorial Bajel.

Félix de Azara es uno de los principales estudiosos que recorrió las regiones de Paraguay y del Río de la Plata donde desplegó una inmensa y variada labor. Sus observaciones causaron gran interés en la sociedad ilustrada europea de su tiempo y, luego de la independencia, se constituyeron en fuente privilegiada de información para miembros de las sociedades criollas emancipadas, científicos y otros interesados en cuestiones americanas.

La obra científica de Azara es múltiple y por ello despierta interés en áreas tan diversas como las ciencias naturales, la historia, la geografía, la etnografía o la cartografía. Aún en la actualidad, su obra es una valiosa fuente lexicográfica y antropológica por ser depositaria de la más completa información sobre la terminología propia del Río de la Plata y de la descripción más detallada sobre los pueblos aborígenes que habitaron la República Argentina, Uruguay y Paraguay.

Este trabajo intentará probar que el valor de su obra no se agota en los acontecimientos relatados, las especies animales o vegetales descritas o los cursos de ríos cartografiados; su discurso constituye, en sí mismo, una fuente de interés porque revela diversas miradas (la del funcionario colonial, la del científico, la del naturalista aficionado, la del antropólogo, la del extranjero maravillado ante la naturaleza, etc.) entre las que destaca por su carácter innovador la del “ecologista” (si se me permite emplear aquí este anacronismo por falta de un término más adecuado a la época y a su condición)¹. También intentaremos descubrir si existe una relación entre esta nueva perspectiva del mundo colonial y la posterior recepción de la obra en el Río de la Plata.

En primer término trazaremos un sucinto panorama sobre la Ilustración en España y su influencia en los territorios ultramarinos, especialmente a través de las expediciones científicas que recorrieron extensas regiones del continente americano con diversos propósitos. Luego

¹ Se eligió utilizar este término por considerar que era el más adecuado ya que “conservacionista”, en el diccionario de la RAE, remite a “ecologista” y “proteccionista” es el partidario del proteccionismo, es decir, de una política económica que protege la producción nacional de la competencia de productos extranjeros.

presentaremos distintos aspectos de la vida y la obra de Azara, en una breve biografía. En segundo lugar resaltaremos algunos aspectos estructurales de la *Descripción*, producto de sucesivas reformulaciones, analizando cómo se construye el narrador y a qué público se dirige, cuáles son las características de su escritura y los propósitos que la guiaron. En una etapa posterior distinguiremos las diferentes “miradas” con que Félix de Azara observa diversos aspectos de la realidad americana y las contradicciones que las mismas generan en su discurso. Por último, abordaremos la recepción de su obra en el ámbito americano en un intento de establecer una relación entre la trascendencia de la misma y esa multiplicidad de “miradas” que desarrolláramos con anterioridad.

La mayor parte de los textos escritos por Azara han sido publicados en distintas épocas y circunstancias, aunque todavía existen algunos manuscritos inéditos depositados en instituciones de España o de los países sudamericanos en los que desplegó sus investigaciones. Como ya lo anticipáramos, su obra es abordada desde un amplio abanico de disciplinas que resaltan su valor geográfico e histórico, que subrayan su contribución a la antropología, la botánica o la zoología (en todas sus ramas), que destacan su aporte etnológico o lexicográfico, que lo definen como el primer naturalista de la región del Plata, el precursor de Darwin, uno de los fundadores de la ciencia argentina, etc., pero su producción no ha sido trabajada en el marco del discurso colonial producido por la literatura de viajes del siglo XVIII o, si existen publicaciones escritas bajo esta óptica, no las hemos encontrado en el transcurso de esta investigación.² De modo que nuestro propósito es dar un pequeño paso en esa dirección.

Intentaremos también ubicar la producción de Azara dentro del canon literario hispanoamericano y destacar la importancia de su aporte, valorado aún en un importante segmento de la comunidad hispanohablante.

² El mismo año en que se defendía esta tesis apareció el estudio substancial de Marta Penhos, “Azara o el deseo de las imágenes” (segunda parte del volumen *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires : Siglo XXI, 2005) (Nota de la coordinadora).

CAPÍTULO I

LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA Y EN SUS DOMINIOS DE ULTRAMAR

Las expediciones científicas

El siglo XVIII significa para la Metrópoli y sus colonias el inicio de una importante etapa de reformas que introduce cambios en diferentes áreas de la actividad colonial. En el ámbito científico, se produce una notable reactivación tras largos años de “marginalidad, indiferencia y aislamiento” (Lafuente y Peset, 1988: 31) con respecto al resto de Europa. La situación heredada por los primeros Borbones “podría caracterizarse a grandes rasgos por la ausencia de instituciones o vehículos de difusión de las ideas comprometidas con la modernidad” (Lafuente y Peset, 1988: 31), en un estado demasiado debilitado política y financieramente para apoyar los deseos de recuperación de la sociedad española. En esta época, la Ilustración, fundada en el pensamiento racional y la observación empírica, genera en toda Europa gran interés por las ciencias exactas y naturales que, en España, se verán favorecidas por la transición dinástica y recibirán el impulso de un programa borbónico de protección y estímulo.

El anhelo de conocimientos promovido por la Ilustración y el programa político que inspira la gestión de gobierno de Carlos III, orientado a maximizar el aprovechamiento económico de las colonias, requieren el apoyo de investigaciones geográficas que aporten sólidos conocimientos sobre la realidad tanto metropolitana como de los territorios ultramarinos. Como bien constata Horacio Capel, “España, que con los trabajos de Esquivel, López de Velasco o Labaña había sido en el siglo XVI el primer estado europeo que concibió el proyecto de realizar una cartografía científica de sus territorios, fue incapaz luego de llevar a cabo dichos proyectos, mientras que otros países como Francia, los impulsaban decididamente desde mediados del XVII” (1988:101).

Tradicionalmente, en España, la institución encargada de efectuar los proyectos cartográficos era la Marina. “Su misión era la de asegurar la relación de las distintas partes del Imperio y la defensa naval del territorio, lo que suponía necesariamente un interés por las cartas náuticas de navegación y por el conocimiento exacto de las costas” (Capel, 1988:107). Además, se eligió a la Marina por tratarse de una corporación estructurada, que disponía de una formación científica rigurosa y de los medios técnicos precisos para realizar su cometido. Durante el reinado de Carlos III, “la labor cartográfica en las costas y mares del Imperio adquiere un ritmo cada vez

más intenso” extendiéndose al Mediterráneo, África, América, Filipinas, e incluso a las costas asiáticas (Capel, 1988:108).

Naturalmente, el objetivo principal de las expediciones fue la exploración de las costas americanas, sobre todo en sus extremos meridional y septentrional. El extremo sur de América daba acceso al Océano Pacífico, que por mucho tiempo había sido de dominio español, pero los viajes de marinos franceses (Frezier, en 1712-14 y Bougainville, en 1766) e ingleses (Anson, en 1740-44) permitieron a otras potencias europeas disponer de amplias informaciones sobre regiones que hasta entonces los españoles habían ocultado celosamente (Capel, 1988: 109).

Además de las consecuencias científicas y culturales que esta situación acarrea, la carencia de una cartografía propia obligaba a depender de la producción extranjera, con graves consecuencias políticas y militares, como fueron la utilización de cartas náuticas con errores probablemente intencionados o los reclamos de otras potencias sobre territorios del imperio, mal cartografiados (Capel, 1988: 100-101). Por otra parte, los viajes de circunnavegación del capitán inglés James Cook, en 1769, 1772 y 1776, y el del francés Jean François Galaup de La Pérouse, en 1785, “supusieron hitos decisivos en la organización de grandes expediciones marítimas para el estudio científico sistemático y el descubrimiento de la últimas tierras desconocidas” (Capel, 1988: 111).

España, no pudiendo sustraerse a esta carrera marítima sin perjuicio para sus intereses político-económicos y su prestigio político y cultural, impulsa numerosos viajes hacia las zonas marginales de sus colonias americanas que le eran aún semi-desconocidas³ a pesar de los siglos de dominación transcurridos y, por lo tanto, el terreno óptimo para el inicio de las actividades.

Durante todo el siglo XVIII y principios del XIX, se realizan numerosas expediciones científicas que contribuyen notablemente al desarrollo y divulgación de conocimientos acerca del territorio americano. Entre las más importantes mencionaremos la expedición de sabios franceses encabezada por Louis Godin, Pierre Bouguer y Charles-Marie de La Condamine que llega al Perú en 1735 para medir un arco de meridiano terrestre, y recorre la zona ecuatorial, recogiendo datos sobre la flora, fauna y población indígena del Amazonas. En este viaje participan, como representantes de la Corona española, dos jóvenes oficiales de marina, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, entre cuyas obras mencionaremos *Relación histórica del viaje a la América meridional*

³ En realidad, España pudo haberse beneficiado de una larga tradición de interrogatorios, efectuados desde el siglo XVI (las llamadas relaciones geográficas), así como de una multitud de informes redactados, por encargo o espontáneamente, por distintos funcionarios gubernamentales. Sin embargo, toda esta información, reservada e inaccesible al público, quedó muchas veces olvidada en los archivos. De ese modo, valiosos informes permanecieron ocultos y no contribuyeron a enriquecer la información general ni la reflexión geográfica (Capel, 1988:124).

(1748), *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los reinos del Perú* (1748) y *Noticias secretas de América*⁴ (1826).

Otras expediciones promovidas por la Corona española para el mejor conocimiento de la naturaleza fueron la de Hipólito Ruiz y José Pavón, que recorre Perú y Chile entre 1777 y 1788 y cuyo legado es la publicación de *Florae Peruviana et Chilensis*; la de José Celestino Mutis, que desarrolla una importante tarea en el virreinato de Nueva Granada, entre los años 1787 y 1808; la de Martín Sessé, que llega a Nueva España con la misión de explorar las tierras de la América septentrional que se hallan bajo dominio español y cuyo fruto impreso son *Flora mexicana* y *Plantae Novae Hispaniae*; la de Alessandro Malaspina, efectuada entre 1789 y 1794, que explora las costas del Nuevo Mundo en su recorrido por los mares de América, Asia y Oceanía y realiza un invaluable aporte científico, económico y político.

Pero el más prestigioso de todos los viajeros ilustrados es Alexander von Humboldt quien, en compañía de Aimé Bonpland, recorre, entre 1799 y 1804, gran parte de los territorios de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Cuba y México. Esta es la última expedición con propósitos científicos permitida por la Metrópoli (aunque no promovida por ella) y la que obtiene mayor difusión. La información reunida en este viaje, y consignada en una gran obra compuesta por 34 tomos, difunde la información más exacta y completa sobre los recursos de las colonias americanas, contribuye a la revalorización e inserción de América en el escenario mundial y promueve el surgimiento de una identidad americana diferenciada al poner en evidencia la importancia y variedad de la naturaleza y revelar la singularidad del continente (Saladino García, 1996: 49-54).

Antes de proseguir, es importante aclarar que en esta breve enumeración de viajes, sólo hemos mencionado alguno de los títulos que integran la vasta producción escrita, elaborada en el marco de las expediciones científicas, y cuya influencia se extendió a ambos lados del Atlántico.

La exploración de las regiones interiores

Como sabemos, la penetración y exploración de los territorios que integraban el imperio español se efectuaron siguiendo derroteros establecidos en base a prioridades variables de acuerdo a las épocas. En el siglo XVIII la botánica es la ciencia dominante y su estudio el motor de las expediciones científicas y un incentivo para que los gobiernos costeen dichas empresas

⁴ Recién en 1826, se publican, bajo el título de *Noticias secretas de América*, partes del informe elaborado por Antonio de Ulloa y Jorge Juan, consideradas muy críticas con la administración y declaradas secretas por el gobierno español.

especulando con las riquezas que el reino vegetal puede ofrecer a la economía, la agricultura o la farmacología. El deseo de los científicos de encontrar nuevas especies vegetales, unido al interés económico de obtener bálsamos, materias colorantes, maderas y quinas, guían las expediciones a las regiones tropicales y a los países andinos, dejando relegadas las extensas llanuras pampeanas (Álvarez López, 1952: 6), que sólo atraerán el interés peninsular cuando contingencias de la política exterior requieran el trazado cartográfico de las regiones interiores del imperio.

Esto ocurre, efectivamente, cuando las autoridades españolas y lusitanas deciden poner fin a sus desavenencias dando cumplimiento a lo establecido en sucesivos tratados que culminaron con el de San Ildefonso. Este Tratado Preliminar, firmado el 1 de octubre de 1777, por el conde de Floridablanca y Francisco Inocencio de Souza Coutinho, y ratificado por la Paz del Pardo en 1778, fijaba las bases para resolver el litigio y solicitaba la creación de una comisión demarcadora bipartita que fijara las fronteras entre las posesiones americanas de ambas coronas.

España designa, entonces, comisiones encargadas del estudio geográfico de los territorios y de la determinación de límites. Para formarlas, recurre nuevamente a la excelente formación cosmográfica de los marinos aunque, en este caso, participan también otros individuos que, como Félix de Azara, no pertenecen a ese cuerpo (Capel, 1988: 107-118).

El personaje: Félix de Azara

Félix de Azara nace el 18 de mayo de 1742⁵, en Barbuñales, provincia de Huesca, en el seno de una familia ilustre e influyente. Sus padres, D. Alejandro de Azara y Loscertales, señor de Lizana, y doña María de Perera, procrearon una nutrida y brillante descendencia. Efectivamente, todos sus vástagos, a los que proporcionaron una educación esmerada, se convirtieron en destacadas figuras de la política, la religión o la ciencia españolas. Eustaquio fue Obispo de Barcelona; José Nicolás, marqués de Nibbiano, muy vinculado a su hermano Félix y responsable inicialmente de la difusión de su obra, fue un eminente diplomático y hombre de letras, embajador de su país durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, primeramente en Roma y más tarde en París, donde se destacó por su notable actuación durante la época napoleónica; Lorenzo presidió el Cabildo de la Catedral de Huesca; Mateo ocupó el cargo de Oidor en la Audiencia de Barcelona y Francisco Antonio se desempeñó como Corregidor de la ciudad de Isuela. Por su parte Mariana, la única mujer, fue la madre de Eusebio Bardají y Azara,

⁵ Félix Francisco José Pedro de Azara y Perera (Barbuñales, 1742 – 1821). Conocemos la fecha exacta de su nacimiento gracias a Enrique Álvarez López, quien transcribe la partida de bautismo de Azara (Álvarez López, 1952: 9). Hasta entonces, se consideraba 1746 como el año de su nacimiento por ser la fecha dada por Walckenaer, su primer biógrafo y amigo.

diplomático y ministro de Estado durante el reinado de Fernando VII (Álvarez López, 1935:10 / González, 1943: XII-XIII).

El tercer hijo del matrimonio, Félix, de cuya niñez no se conocen muchos detalles, realiza sus primeros estudios en la casa paterna y más tarde, entre 1757 y 1761, adquiere vastos conocimientos de legislación y filosofía en la Universidad de Huesca. Importante en la educación de Félix es la participación de su tío paterno, don Mamés, maestrescuela de la catedral oscense y canónigo de sólidos conocimientos humanísticos, que lo aloja en su casa durante su permanencia en esa ciudad y se ocupa de la educación de su sobrino con el mismo esmero que pusiera en la instrucción de José Nicolás.

Finalizados sus estudios, y aunque su familia esperaba verlo elegir una profesión humanística y sobresalir en el ámbito de las letras como su hermano José Nicolás, Félix elige la carrera de las armas y se inscribe en la Academia Militar de Barcelona luego de haber sido rechazado en el Colegio de Segovia porque una real orden prohibió el ingreso al establecimiento a los aspirantes mayores de dieciocho años, edad que Félix excedía (Álvarez López, 1935:11 / González, 1943: XIII).

En Barcelona, se encuentra por primera vez con José Nicolás, quien había partido a estudiar a Salamanca a los quince años, cuando Félix tenía sólo unos pocos días. Esta breve entrevista de dos días tiene lugar gracias a que José Nicolás, diplomático en la Santa Sede y en camino hacia Roma, se detiene en la ciudad llevado por el deseo de conocer a su hermano. Aunque no volverían a verse hasta pasados treinta y cinco años, cada uno guardó un entrañable cariño hacia el otro, manteniéndose informados mutuamente por vía epistolar (González, 1943: XIV).

En la Academia Militar de Barcelona, Félix realiza estudios superiores de matemáticas; “estudios tan de su agrado –dice su biógrafo Castellano de Losada–, que a los nueve meses fue examinado, y encontrándolo perfectamente impuesto, lo pasaron al tercer año, ascenso extraordinario, que además de admirar a sus maestros dio a conocer su genio y capacidad” (González, 1943: XIII-XIV). Egresó de la academia militar en 1767, con el grado de Subteniente de Infantería, el título de Ingeniero Delineador de los Ejércitos Nacionales, Plazas y Fronteras, y una formación sólida y moderna (Álvarez López, 1935: 11-13 / González, 1943: XIII-XIV).

Durante varios años realiza diversos trabajos de ingeniería en ríos y fortificaciones españoles, que merecen el reconocimiento de sus superiores a la vez que lo mantienen alejado de la práctica militar. En 1775 participa en la guerra contra Argel; es herido en las operaciones de desembarco y salvado por un marinero que lo recoge en la playa y le extrae la gruesa bala de cobre que le atravesara el tórax, casi por completo (Álvarez López, 1935: 13-14/ González, 1943: XIV-XV).

A su regreso a España, es ascendido a “teniente de Ingenieros y dos meses más tarde, en febrero de 1776, a capitán de Infantería, con el título de ingeniero extraordinario” (Álvarez López, 1935: 15-16). En el mismo año, se funda la Sociedad Económica Aragonesa, corporación que lo nombra como uno de sus miembros, probando así que “su reputación en este orden de estudios era ya entonces considerable” (Álvarez López, 1935:16).

Poco se conoce sobre su vida en los años siguientes. Sólo sabemos que, en septiembre de 1780, encontrándose en la guarnición de San Sebastián, y ya con el grado de teniente coronel de Ingenieros, recibe la orden de trasladarse a América del Sur para cumplir las tareas de demarcación antes mencionadas, cargo para el que fue elegido por Carlos III considerando su capacidad científica y su brillante desempeño en todas las tareas que le fueron encomendadas (Álvarez López, 1935:14-17 / González, 1943: XV-XVII).

El 19 de enero de 1781 parte de Lisboa rumbo al Río de la Plata, embarcado en un buque lusitano a causa de la guerra declarada entre España e Inglaterra. Durante el viaje recibe un nuevo ascenso, hecho que el mismo Azara relata de esta manera:

[...] por un despacho que se abrió al pasar la Línea, supe que el Rey me había nombrado capitán de fragata, porque había juzgado conveniente que fuéramos todos oficiales de Marina. (Álvarez López, 1935: 17)

Luego de un viaje sin contratiempos, hacen una escala en Río de Janeiro donde el capitán de navío José Varela y Ulloa, jefe de los demarcadores, se entrevista con el virrey portugués, antes de dirigirse a su destino final (Álvarez López, 1935: 17-18).

Azara en América

A su arribo al Río de la Plata, permanece algún tiempo en Montevideo, lugar de su desembarco, hasta ser enviado por el virrey español Vertiz a Río Grande de San Pedro, para coordinar con las autoridades lusitanas el comienzo de las tareas de delimitación de fronteras.

Cuando Azara llega a Buenos Aires, luego de terminar su comisión en el Río Grande, encuentra que el virrey había dividido la zona por delimitar y formado cuatro partidas demarcadoras, a cargo de las cuales estarían el capitán de navío José Varela y Ulloa, el capitán de fragata Diego de Alvear, el capitán de fragata Félix de Azara y el teniente de navío Juan Francisco Aguirre. La tercera partida, comandada por Azara, estaba integrada además por el teniente de navío Martín Boneo, como ayudante del comisario y el ingeniero Pedro Cerviño, entre

otros, quienes se convertirían en amigos e invaluableles colaboradores de su superior (González, 1943: XXI).

Con el nombramiento de Primer Comisario de la Tercera División Demarcadora es destinado a Asunción, en Paraguay, lugar en el que permanecerá desde 1784 hasta 1796 para, según sus palabras, “fijar conjuntamente con los comisarios portugueses, y con arreglo al Tratado Preliminar de Paz de 1777, la línea de demarcación de nuestras posesiones respectivas” (Azara, *Memoria*⁶, p. XVIII), tarea que, en realidad, nunca llegó a efectuarse. A pesar de la importancia de la misión, la metrópoli no brindó un verdadero apoyo a sus enviados y en repetidas ocasiones Azara se encontró solo, carente de instrucciones y de apoyo gubernamental, sin contar con que esperó durante años a la delegación portuguesa que con continuas estratagemas dilatorias postergaba el trazado de una frontera definitiva.

Este era un método utilizado por los portugueses desde el inicio de las desavenencias hispano-lusitanas. Lo que los recursos legales no les proporcionaron en materia territorial, los portugueses trataron de conseguirlo recurriendo a la habilidad diplomática y a la infiltración de los *bandeirantes*⁷ en el territorio no explorado aún por los españoles y donde la única resistencia que se les ofrecía provenía de las reducciones jesuíticas y de algunos miembros de la orden franciscana establecidos en la región. Contribuyeron también a las pretensiones hegemónicas lusitanas los comerciantes portugueses que intentaban abrirse paso hacia Potosí y que introducían en el territorio español diversos productos de contrabando, con más rapidez y menos costo que los que llegaban desde España, pasando por Perú.

Julio César González, en la “Noticia biográfica” que introduce la *Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata...*, destaca la “hábil política diplomática de Portugal que arrolló a la española, por agilidad en el planteamiento de los problemas, audacia en las compensaciones territoriales y clarividencia en el significado económico-político de las tierras en disputa” (González, 1943: X). Para contrarrestar la astucia portuguesa, los españoles adoptan una política defensiva que comprende diferentes aspectos: el administrativo o económico, la organización militar, la fundación de ciudades, etc.

La rivalidad entre ambas potencias coloniales impulsa también el conocimiento “del territorio, su clima, el reino animal y vegetal, el régimen de sus ríos, los habitantes de la región, sus usos y costumbres” (González, 1943: X) y justifica que “las instrucciones dadas a los

⁶ En la referencia de las citas, para facilitar la lectura, identificaremos las obras de Azara por la palabra con que comienza el título.

⁷ *Bandeirantes*: término portugués usado en Brasil para designar a grupos armados de aventureros que organizaban incursiones al interior del territorio en busca de esclavos indios, oro y piedras preciosas. Las *bandeiras* iniciaron sus actividades en 1590 y alcanzaron su auge de dominio y expansión durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII.

demarcadores incluyeran no sólo la realización de las observaciones astronómicas y geodésicas conducentes a los levantamientos cartográficos de los extensos territorios objeto de litigio, sino también la realización de trabajos muy variados de carácter científico y corográfico. Según dichas instrucciones, las relaciones que elaboraran debían incluir: 1) las tareas de demarcación y las controversias entre los demarcadores; 2) las observaciones de geografía astronómica y matemática, y 3) las observaciones de física y de historia natural” (Capel, 1988: 113).

Dado lo ingente de la tarea y el hecho de que ciertas investigaciones estaban muy alejadas de la capacitación profesional de los comisionados, en muchas oportunidades no se lograba concretarla en su totalidad. No fue éste el caso de Azara, cuyo espíritu dinámico lo lleva a convertirse en naturalista, geógrafo, cartógrafo e historiador de la región, sin descuidar su misión específica.

Azara ocupa sus primeros días en Asunción en el estudio de los antecedentes que había reunido sobre la demarcación; luego se dedica a ultimar los detalles para el apresto definitivo de la partida que acababa de llegar, pero más tarde se encuentra inmovilizado por la ausencia de la comisión portuguesa sin la cual era imposible comenzar la labor demarcatoria (González, 1943: XXIV). Pronto comprende que su espera será prolongada. Inquieto por la paralización a que lo obligan las tareas oficiales que nunca se inician y sin instrucciones especiales que contemplaran esta situación : “me vi precisado –dice– a meditar sobre la elección de algún objeto que ocupase mi detención con utilidad. Desde luego vi que lo que convenía a mi profesión y circunstancia era acopiar elementos para hacer una buena carta o mapa [...]” (Azara, cit. en González, 1943: XXIV).

Aunque, como acabamos de ver, su primer objetivo consiste en hacer un mapa exacto de toda la región (no solamente de la zona fronteriza) porque, nos dice, “esta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios” (Azara, *Viajes*: 40), amplía luego su proyecto, según lo explica en su introducción a la *Descripción*:

No se limitó mi atención a hacer dicho mapa, porque hallándome en un país vastísimo, sin libros ni cosas capaces de distraer la ociosidad, me dediqué los veinte años de mi demora por allá a observar los objetos que se ofrecían a mis ojos en aquellos ratos que lo permitían las comisiones del gobierno, los asuntos geográficos y la fatiga [...]. (Azara, *Descripción*: 4-5)

Consideraba que su idea era buena pero no ignoraba que para llevarla a cabo debería sortear varios inconvenientes. Decide, finalmente, efectuar cortas excursiones al interior para conocer la región, partiendo por pocos días, de manera extraoficial y autofinanciando sus gastos, provisto de los instrumentos de medición que no fueran indispensables para la demarcación

proyectada, evitando así el riesgo de inutilizar los sensibles aparatos astronómicos que, según sus palabras, “no tienen aquí reemplazo ni compostura” (Azara, cit. en González: XXV).

Su escaso equipaje le facilita los desplazamientos pero lo obliga a tolerar privaciones e incomodidades. Trata de determinar las latitudes mediante la observación del cielo diurno y nocturno, apunta los elementos necesarios para hacer el mapa de la región, anota datos interesantes sobre la geografía, describe la flora, la fauna, los grupos indígenas que encuentra en su camino y todo lo que pudiera conducir al mejor conocimiento del país y sus habitantes.

Durante su permanencia en distintas ciudades, completa los datos obtenidos en las expediciones con investigaciones que realiza en los archivos oficiales. En estas búsquedas constata que los libros de historia que tomara como referencia no siempre coinciden con los documentos que consulta ni contienen bastante información sobre los habitantes originarios del país. Esto lo determina a escribir también la historia del descubrimiento y la conquista, corrigiendo los errores detectados en las de sus predecesores.

En los apuntes que toma durante los viajes se basará más tarde para escribir obras que serán muy valoradas en Europa por el rigor de sus observaciones, los métodos de clasificación empleados y las teorías propuestas. Azara cuenta con una formación militar, conocimientos sobre matemáticas y ciencias pero carece de una preparación adecuada como naturalista y trata de suplirla con la descripción minuciosa de los ejemplares que estudia. No ignorando sus limitaciones, desea consultar la obra de Buffon, importante naturalista de la época, pero cuando la recibe en 1796, ya había elaborado su propio sistema de clasificación y basándose en él, había catalogado más de 400 aves y escrito *Apuntamientos para la Historia Natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata*.

Entusiasmado, comienza a leer esos libros “creyendo serían los mejores del mundo” (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 70). Pero al examinar la obra del sabio francés, Azara constata que Buffon no conoce muchas especies americanas o que emite afirmaciones erróneas sobre algunas de ellas por haberlas visto deterioradas a causa del traslado y la mala conservación, llegando incluso a multiplicar las especies o a agrupar especímenes diferentes en una misma clasificación. Por su parte, nuestro naturalista autodidacta no sólo presenta en su obra un importante número de ejemplares desconocidos hasta ese momento y enmienda los errores de Buffon sino que, además, es el primero en aportar valiosas observaciones sobre el comportamiento y el medio natural en que se desarrollan los animales.

En 1796, como las actividades demarcadoras continuaban paralizadas por la ausencia de los portugueses, el virrey Melo de Portugal le confía el mando de la frontera sur de Buenos Aires y le ordena reconocer la región habitada por los indios pampas para extender las fronteras españolas

en esa dirección. A este efecto, el virrey le otorga “todas las facultades respectivas, en calidad de comandante general de la expedición” (González, 1943: LXI) y designa para acompañarlo al ingeniero geógrafo Pedro Cerviño y al piloto Juan de Insiarte, quienes debían confeccionar un diario desde su salida hasta el regreso, con los planos de los terrenos que juzgaran convenientes para el emplazamiento de las futuras poblaciones o fuertes. Completaban la expedición el comandante de la frontera, Nicolás de la Quintana, oficiales militares de distintos rangos, cien hombres del cuerpo de blandengues⁸, milicianos, baqueanos intérpretes, peones y varias carretas con víveres (González, 1943: LXI).

Como resultado de su misión, Azara eleva al virrey un extenso y detallado informe sobre la situación de la región reconocida en el que enumera los beneficios económicos que resultarían del avance de la frontera; propone el emplazamiento de los fuertes y fortines en el nuevo límite establecido, la forma, los edificios que deberían constituirlo y su costo; el número de soldados que convendría asignar a cada uno de ellos, así como la mejor manera de poblar las tierras ganadas por este medio. Siempre guiado por su espíritu práctico y sus deseos de evitar gastos innecesarios, hace algunas observaciones sobre el sistema de defensa existente:

He visto con no poca admiración que el que dirigió los actuales [fuertes], los delineó por las reglas de arquitectura militar, dictadas por el famoso Vauban; con baluartes y sus flancos arreglados, circundándolos de estacada y foso, gastando en todo mucha plata y tiempo inútilmente. Nuestros enemigos en la frontera no han sido ni pueden ser sino indios de a caballo, armados de bolas y lanza. Esto supuesto, para que la gente esté segura en nuestras guardias, fuertes y fortines, basta que tengan un cuadrilongo de simple estacada, porque no lo han de romper bolas ni lanzas, mucho menos defendiéndolas con armas de fuego. Todos los fuertes de la frontera del Paraguay no son más de lo dicho, ni aún la mitad, como V. E. no lo ignora. El aumentar obras y costos [...] es cosa que no cabe en buen juicio. (Azara, *Memoria*: 170)

El poblamiento de las tierras recientemente conseguidas es el método más eficaz de conservarlas bajo el dominio español, pero Azara no es indiferente a la suerte de los hombres que deberán habitarlas. Se preocupa por el bienestar de los blandengues y, considerando que el servicio que se les impone es inhumano, propone ciertas modificaciones en los métodos de exploración y defensa utilizados, con el propósito de evitar muertes inútiles. También desaconseja la utilización de la fuerza para reunir nuevos pobladores. Estos pueden conseguirse asignando a la frontera a los soldados casados y dando prioridad a los paisanos con familia, a todos los cuales debería otorgársele la propiedad de las tierras en las que fueran a residir. Indica además que, para

⁸ Blandengues: cuerpo de milicias criollas creado, en 1751, en el virreinato del Río de la Plata con el fin de vigilar y defender las fronteras, especialmente de los continuos ataques de los indios pampas.

proteger a la población civil de los ataques indígenas, convendría fundar “las villas situándolas detrás y pegadas a los fuertes [...] En esta disposición no necesitarán las villas, muros, estacadas ni foso, porque estando pegadas al fuerte y custodiadas por 75 blandengues, nada habrá que temer” (Azara, *Memoria*: 174).

Una vez cumplida su comisión en la frontera sur de Buenos Aires, las autoridades le otorgan una autorización para visitar todas las posesiones españolas que se extienden al sur de los ríos de la Plata y Paraná, viaje en el que obtiene nuevas informaciones, que sumadas a los conocimientos ya adquiridos en Paraguay, le permitirán redactar la *Descripción*.

Aunque no se han podido determinar exactamente los territorios recorridos por Azara en ese viaje, conocemos parte de sus actividades por sus propias declaraciones. En su Introducción a *Viajes* nos dice:

[...] ordené a D. Pedro Cerviño y a D. Luis Insiarte embarcarse y levantar la carta del río Paraná y comparar sus observaciones con las que yo haría por tierra. El resultado fue no encontrar diferencia alguna. De todos los oficiales a mis órdenes, en estos dos que he citado era en los que tenía más confianza. (Azara, *Viajes*, vol. I: 39)

A continuación, Azara reconoce los territorios que solamente había avistado en oportunidad de dirigirse a Paraguay en el marco de su misión demarcadora, llegando hasta Santa Fe, distrito del que confecciona un mapa. Tenía en mente un vasto plan de trabajo pero, continúa diciendo:

[...] cuando me disponía a ir para hacer otro tanto en las provincias de Córdoba, de Salta y Mendoza y sobre los límites occidentales del Chaco y de la tierra de los Patagones, recibí una orden terminante de regresar, a causa de la guerra que teníamos con Inglaterra. (Azara, *Viajes*, vol. I: 39)

En efecto, temiendo que Portugal invadiera las posesiones españolas limítrofes, aprovechando la guerra que España mantenía con Inglaterra, se le ordena un precipitado regreso a Buenos Aires. Allí, el virrey lo destina a la Banda Oriental⁹ donde pasa los últimos meses de su estadía en suelo americano dedicado a reconocer la región, elaborar el mapa de la misma y, sobre todo, a fundar poblaciones en la frontera hispano-lusitana para detener el avance de los portugueses y, al mismo tiempo, lograr la instalación definitiva de colonos españoles que veinte años antes habían sido traídos al Río de la Plata con el propósito de poblar la Patagonia.

⁹ Nombre con que se designaba a la porción del virreinato situada al este del río Uruguay y que corresponde actualmente al país del mismo nombre.

La organización de sus viajes

De acuerdo con lo expresado por Walckenaer, cuando Azara emprendía uno de sus viajes “se proveía de aguardiente, cuentas de vidrio, cintas, cuchillos y otras bagatelas, para ganar la amistad de los salvajes. Todo su equipaje personal consistía en algunas ropas, un poco de café, un poco de sal, y para el séquito, tabaco y la hierba del Paraguay (yerba mate). Todos los que le acompañaban no llevaban otro equipaje que lo puesto” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15).

En contraste con el exiguo equipaje, la expedición llevaba un gran número de caballos de remuda, hasta doce por cada persona, e iban acompañados de grandes perros.

Los hombres “se levantaban una hora antes de amanecer para preparar el desayuno”. Terminado el mismo, “los soldados se destacaban para reunir los caballos, que andaban esparcidos por los alrededores [...] porque excepto los que cada uno conservaba por la noche a su lado, los otros, [...] pacían en completa libertad”. Una vez reunidos los caballos, “cada individuo soltaba el que le había servido durante veinticuatro horas, y todo el mundo formaba círculo alrededor de los caballos de recambio para evitar que se escapasen”. Uno de los soldados entraba entonces en el círculo y, con la ayuda de un lazo, cogía los animales necesarios para el viaje (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15).

Inmediatamente se ponían en camino “dos horas después de salir el sol”. Como los lugares que transitaban estaban desprovistos de caminos, eran precedidos por un guía, buen conocedor del territorio, que marchaba trescientos pasos por delante de la comitiva, para evitar ser distraído por las conversaciones o ruidos producidos por el grupo. Lo seguían los caballos de recambio, y luego el resto de la tropa, “marchando así sin detenerse hasta dos horas antes de ponerse el sol” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15-16).

Para acampar, se escogía la proximidad de una laguna o riachuelo. Una vez elegido el lugar, se enviaban algunos hombres en busca de madera para quemar y otros a conseguir las vacas necesarias para comer, ya fuera entre los animales cimarrones que abundaban en muchas regiones o en alguna estancia de los alrededores. En caso de no hallarlas, empleaban las que llevaban a la retaguardia del grupo. “En algunos sitios se encontraban tatuejos en suficiente cantidad para alimentar a toda la tropa”, pero cuando se viajaba por zonas en donde no era fácil procurarse alimentos, llevaban una provisión de carne vacuna que, previamente, había sido secada al sol (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 16).

Antes de instalar el campamento, era necesario tomar precauciones contra las víboras, muy abundantes en las regiones que recorrían. “Se hacía pasear a todos los caballos en el espacio

que se iba a ocupar, a fin de aplastar los reptiles o de hacer salir a los que estuvieran ocultos en la hierba; algunas veces esta operación costaba la vida a más de un caballo”. A la hora de acostarse “cada individuo, provisto de un trozo de piel de vaca, lo extendía por tierra. Azara era el único que tenía una hamaca, que se suspendía de dos palos o de los árboles. Durante la noche cada uno conservaba su caballo al lado, a fin de poder huir de las fieras, si era necesario”. La proximidad de las mismas era anunciada por los perros, que sentían su olor desde muy lejos. (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 16).

Con frecuencia, y a pesar de las precauciones tomadas, se deslizaba en el campamento alguna víbora, ocultándose debajo de las pieles de los que dormían o pasando por encima de los hombres sin hacerles daño porque, como Azara lo explica, ninguna de ellas “ataca a nadie y no muerde más que para defenderse” cuando se considera en peligro (Azara, *Viajes*, vol. I: 153). De todos modos, Azara aconseja usar botas y extremar los cuidados porque su experiencia le ha demostrado que “los caballos y los perros no dejan de hincharse y morirse al cabo de tres o cuatro horas” de haber sido mordidos. Además, como no se conocían antídotos para el veneno de esos ofidios, casi todas las personas inoculadas con ellos morían a pesar de los tratamientos o remedios que se intentaba aplicarles (Azara, *Viajes*, vol. I: 154).

Cuando la expedición atravesaba regiones frecuentadas por indios salvajes, Azara extremaba las precauciones, marchando únicamente de noche y enviando exploradores, en distintas direcciones, para examinar los alrededores. Dos patrullas, armadas y en formación, protegían al grupo, ubicándose a ambos lados del mismo. Sin embargo, y a pesar de todos estos recaudos, Azara fue atacado muchas veces y perdió a varios de sus hombres en tales circunstancias (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 17).

Cuando nuestro viajero infatigable se detenía por algún tiempo en una región, “se hacía construir una pequeña choza de paja, para defenderse de la lluvia” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 17). Para el resto de los hombres se armaban una especie de carpas rudimentarias, similares a las utilizadas por los indios charrúas, construidas con algunas ramas verdes de árboles, arqueadas y clavadas en tierra por ambos extremos, sobre los que se extendían pieles de vacunos. (Azara, *Viajes*, vol. II: 12). Indudablemente, ninguno de estos precarios refugios proporcionaba una verdadera protección contra las inclemencias del tiempo ni la voracidad de todo tipo de insectos, como bien se refleja en el siguiente pasaje, en el que Azara nos cuenta:

No me fue posible dormir esta noche, por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama de lugar, sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche, y viéndome tan acosado de los viles insectos, me tendí dos veces en el campo sobre el agua, expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aún esto me

libertó de ellos. A mis compañeros sucedió casi lo mismo. (Azara, *Viajes inéditos*: 25-26)

Más adelante, en el mismo texto, continúa relatando las vicisitudes de su marcha por lugares inhóspitos:

La noche era oscura y muy nublada, y apenas habíamos andado media hora empezó a llover y entramos en un bosque de espinillos y algarrobales. Procurábamos llevar la mayor unión, tanto por no extraviarnos cuanto por miedo de los muchos tigres que hay en este bosque. Si alguno hubiese salido éramos perdidos sin remedio. Espantados los caballos nos hubiéramos hecho pedazos contra los espinosos algarrobos. [...] Íbamos poco a poco siguiendo a tientas el dificultoso y poco trillado camino. Cuando paraba uno por precisión o para componer las cargas que tropezando contra los árboles o por resbalar las cabalgaduras se caían a cada paso, todos esperábamos. El dirigir los caballos sueltos costaba bastante; no obstante todo el cuidado faltó poco para que varias veces dejase yo los ojos colgados de las espinas. Saqué, no obstante, toda la cara y manos ensangrentadas, y sucedió lo mismo a todos poco más o menos. (Azara, *Viajes inéditos*: 26-27)

Las citas que preceden nos permiten hacernos una idea más acabada de las situaciones a las que se vieron confrontados Azara y sus compañeros. Solo considerando las dificultades y peligros que representaban estos viajes, la tarea realizada por Félix de Azara cobra una dimensión mucho más importante y se tiñe de heroísmo.

De regreso en España

Estaba Azara absorbido en la tarea de poblar la frontera del este, en la Banda Oriental, cuando recibe una comunicación que le informa de la declaración de la guerra con Portugal junto con una real orden para regresar inmediatamente a España, autorización tan largamente esperada para romper su prolongado aislamiento y poder, al fin, publicar el resultado de la ardua tarea realizada durante los casi veintiún años pasados en Sudamérica.

Para evitar “las contingencias de un cruce del Atlántico en tiempos de guerra” y porque las órdenes reales establecían que debía “entregar en persona de su confianza los papeles relativos a las cuestiones de límites, y los materiales recogidos en sus observaciones”, Azara hizo depositario a Pedro Cerviño de una parte de “su correspondencia, cartas geográficas, manuscritos y demás elementos científicos” (González, 1943: LXXV).

Aun preparándose para emprender el regreso en el primer barco que saliera rumbo a España, continúa trabajando hasta el último momento. Al comprobar que “no había buena carta

del río Uruguay desde su catarata hasta el río de la Plata, [...] hizo levantar una a su costa por dos de sus oficiales” (Walckenaer, cit en Azara, *Viajes*, Introducción: 27).

Azara siempre había aprovechado todas las oportunidades y medios a su alcance para ampliar sus estudios geográficos o para redactar, comparar o rectificar las descripciones de los mamíferos y aves que se procuraba cazándolas, comprándolas o por algún otro medio. “En diversas ocasiones hizo envío de ejemplares al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid; parte de las comunicaciones que acompañaban a estos ejemplares han sido descubiertas por D. Francisco de las Barras de Aragón en el Archivo de Indias, y otras constan en los registros del Museo de Ciencias Naturales de Madrid [...] aunque en estas últimas comunicaciones los envíos se atribuyen al virrey” (Álvarez López, 1935: 32).

En un primer momento, y a pesar del enorme trabajo realizado por Azara, su obra no obtiene el reconocimiento merecido. La mayor parte de sus escritos son destruidos por la negligencia e ignorancia de quienes los reciben y sus colecciones de pájaros son descartadas porque los nombres de los animales estaban escritos en lenguas autóctonas, porque sus textos no estaban legitimados por citas de Buffon o Linneo (a quienes Azara aún desconocía) o porque las hipótesis formuladas por Azara cuestionaban las de Buffon.

A fines de 1801, Azara desembarca en Málaga y se dirige a Madrid donde, según palabras de su biógrafo Castellanos de Losada, se presenta al rey para rendirle cuentas de su comisión y entregarle los documentos y trabajos realizados durante la misma. En esa oportunidad, relata Castellanos de Losada, “alcanzó mil merecidos elogios por lo bien que la había desempeñado, y el mismo soberano le manifestó lo satisfecho que estaba de sus importantes servicios” (González, 1943: LXXVI).

En Madrid dispone la publicación de su obra *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, cuya edición en castellano aparece en 1802, acompañada por una dedicatoria a José Nicolás. Al mismo tiempo publica *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, antes de dirigirse al encuentro de su hermano, que se hallaba en París. En la capital francesa, encuentra que es conocido y apreciado por los círculos ilustrados europeos gracias a la iniciativa de José Nicolás que hizo publicar, poco tiempo atrás, *Essai sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay* (París, 1801), traducción francesa realizada por Moreau-Saint-Méry de un manuscrito sobre los mamíferos que Azara escribiera en 1796 y enviara a su hermano, para que éste lo sometiera al juicio de algún naturalista europeo (González, 1943: LXXVIII).

Aunque Azara experimenta una desagradable sorpresa al ver en circulación sus primitivos apuntes, escritos con anterioridad a su lectura de la *Historia natural* de Buffon, no está exento de

razón Álvarez López cuando se pregunta si, “sin esta circunstancia favorable, la labor de Azara se hubiera perdido por completo para la ciencia” (Álvarez López, 1935: 38-39).

En París visita el Gabinete de Historia Natural y se relaciona con varios naturalistas franceses. Entre las personalidades que allí conoce figura Walckenaer, a quien presta todos sus manuscritos y quien publicará más tarde, con el consentimiento de su autor, la edición de *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, aparecida en París, en 1809, con notas del naturalista Cuvier (González, 1943: LXXX-LXXXI).

En 1802 recibe el nombramiento de brigadier de la Armada cuando, absorto en sus estudios sobre las especies animales, pensaba dedicarse de lleno a estas actividades y establecer su residencia en Roma, junto a su hermano, que se retiraba de la vida diplomática a causa de su avanzada edad. El fallecimiento de José Nicolás frustra ese proyecto y Félix decide volver a España, declinando el ofrecimiento de Napoleón Bonaparte de ocupar un puesto en su gobierno.

Rechaza también la proposición de Carlos IV de convertirse en virrey de México, pretextando el deseo de retirarse a su pueblo natal, Barbuñales. Acepta, en cambio, ser vocal de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias (González, 1943: LXXX).

En esta época, Francisco de Goya pinta uno de los pocos retratos que existen de Félix de Azara (Anexo 1). No se trata del convencional retrato militar sino una obra que intenta reunir las actividades diversas a las que nuestro personaje consagró tantos años de su vida. En la misma vemos a Félix de Azara, en primer plano, con su uniforme de brigadier de la Armada y el bastón de mando. Detrás, sobre un escritorio, se superponen los libros que recogen sus estudios científicos, identificados con los títulos de “Pájaros”, “Cuadrúpedos” e “Historia Natural” sobre los que descansa el bicornio con una escarapela roja. Como fondo, aparecen unos estantes con muchas aves y varios cuadrúpedos disecados (Ansón Navarro, 1996).

En cuanto al retrato que ilustra el frontispicio de la primera edición argentina de la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (texto de referencia para el presente trabajo), el mismo data de 1797 y es la representación más antigua que se conoce de nuestro autor. Fue ejecutado por un pintor desconocido, que firma su obra únicamente con las iniciales B. L. P., colocadas en el ángulo superior izquierdo de la tela, debajo del escudo de armas que identifica a Azara como marqués de Nibbiano, título heredado por Félix al fallecer su hermano José Nicolás, en 1804 (González, 1943: CI / Mones y Klappenbach, 1997: 5).

Los años siguientes transcurren para Azara en la tranquilidad de Barbuñales, disfrutando de la compañía de otro de sus hermanos, Francisco Antonio, dedicado a la realización de nuevos estudios y reformulando parte de sus escritos americanos, que se convertirían luego en la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* y otras publicaciones.

Sólo un acontecimiento de la envergadura de la invasión napoleónica a España lo hace abandonar su retiro en Barbuñales e, impulsado por sus convicciones liberales, apoyar la resistencia contra la invasión francesa durante la Guerra de la Independencia. Terminada ésta, y en desacuerdo con el absolutismo de Fernando VII, regresa a su ciudad natal donde redacta informes y realiza estudios para la Real Sociedad Económica Aragonesa. En 1820, al fallecer su hermano Francisco Antonio, es nombrado para sustituirlo en el puesto de regidor del Ayuntamiento de Huesca, siendo este su último cargo oficial, que desempeña hasta su muerte, ocurrida el 20 de octubre de 1821 (González, 1943: LXXXI – LXXXIII).

CAPÍTULO II

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA *DESCRIPCIÓN*

Desde una perspectiva general de la obra azariana, y teniendo en cuenta la evolución de la misma, podríamos dividirla en tres niveles: diarios de viajes, descripciones, e informes y memorias. En la fase inicial de su trabajo, que podríamos calificar de “apropiación de datos”, Azara recoge un conjunto de informaciones obtenidas mediante la observación directa de la realidad americana. La segunda etapa, la de las descripciones, supone un gran progreso en cuanto a la complejidad de la reflexión. Hay un claro intento, por parte del autor, de “crear un modelo epistemológico sistematizando las observaciones, buscando definir una imagen de realidad global” (Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1994: 31-32) articulada en dos categorías: una física (en la que incluye la naturaleza, climas, vientos, ríos, animales) y otra humanizada, constituida por los agentes que voluntariamente transforman la naturaleza (europeos, indios, mestizos, negros, historia, poblaciones). En el último nivel, el de mayor elaboración y el más alejado del empirismo inicial, encontramos los informes y memorias, “textos interpretativos, colocados en la órbita de un proyectismo oficialista, dirigidos a proponer soluciones a los problemas de la realidad anteriormente observada y descrita” (Lucena Giraldo y Barrueco Rodríguez, 1994: 32). Ellos son el producto de la madurez intelectual del autor.

Para el presente trabajo, aunque teniendo en cuenta toda la producción de Azara, hemos puesto mayor atención en uno de sus textos: la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* por tratarse de una obra descriptiva de gran interés, resultado de un proceso ideológico y científico de maduración, que intenta recopilar toda la información necesaria para el conocimiento de unas tierras muy poco exploradas hasta entonces y en las que casi todo estaba por descubrirse. El volumen contiene la geografía (ubicación, clima, relieve, etc.), la botánica, la zoología, la antropología y la historia del descubrimiento, conquista y colonización de la región explorada por el autor, que podríamos identificar como la cuenca del Plata. La misma se extiende, formando una franja que incluye los ríos Paraná y Uruguay, desde Paraguay hasta la desembocadura del río de la Plata en el Océano Atlántico y abarca territorios que constituyen actualmente naciones distintas: Paraguay, el noreste de Argentina, el suroeste de Brasil y Uruguay.

El texto es introducido por un “Prólogo del Autor”, donde Félix de Azara explica sucintamente las razones que lo llevaron a América del Sur, los métodos que utilizaba para cumplir con la misión que le había sido encomendada, los motivos que lo impulsaron a examinar con detenimiento la naturaleza que lo rodeaba y a escribir sus constataciones y las fuentes que le sirvieron para documentarse sobre temas históricos de la región, haciendo un comentario sobre cada uno de los autores consultados.

La obra está dividida en treinta y dos capítulos, de amplitud variable, aunque nunca demasiado extensos, y todos ellos identificados con número y título. También están numerados todos los párrafos que componen cada capítulo porque este método le facilita al autor hacer referencia a temas desarrollados con anterioridad. Contrariamente a lo acostumbrado por otros autores de historias naturales (y a lo afirmado por algunos de sus críticos), Félix de Azara no dibujaba los ejemplares que describía, motivo por el cual la *Descripción* no contiene ilustraciones. Aunque él consideraba que su obra adquiriría mayor valor si las descripciones iban acompañadas por el dibujo del animal correspondiente, le resultó imposible ilustrar sus apuntes sobre aves y cuadrúpedos porque, según explica, “donde trabajé, y en 400 leguas a la redonda, no había quien supiese ni bien ni mal lo que es diseño” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...: IV*) teniendo que adaptar, por lo tanto, su deseos a las circunstancias.

Excepcionalmente, en el Atlas que acompaña la edición de *Voyages* fueron incluidas, por sugerencia de Cuvier, algunas láminas de mamíferos y aves realizadas por personas idóneas, al igual que la lámina de la planta de añil, incluida en la *Geografía física y esférica de la Provincia del Paraguay y Misiones guaraníes* (Mones y Klappenbach, 1997: 43). La *Descripción* tampoco contiene mapas sobre las regiones exploradas y cartografiadas por Azara y sus compañeros de expedición, por motivos que desarrollaremos más adelante.

Reformulaciones del texto

La lectura de la obra de Azara y, más aún, la consideración de la genealogía de los textos, ponen de manifiesto lo que Cardozo identifica como la “característica esencial del trabajo azariano: su ininterrumpida elaboración” (Cardozo, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 47). Aunque este autor alude fundamentalmente a aspectos historiográficos, creemos que la apreciación es extensiva a otros aspectos de su producción. Comparando distintas obras o ediciones, encontramos fragmentos cuyas sucesivas redacciones modifican el estilo y los datos aportados, agregando o eliminando informaciones. Como aplica el mismo procedimiento en toda

su producción, hay capítulos de un libro que aparecen en otro, de elaboración posterior, con escasas modificaciones o casi totalmente transformados.

Varios de los textos que conforman la obra de Félix de Azara fueron objeto de estas sucesivas reescrituras y el volumen que nos ocupa, *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*, no constituye una excepción.

La primera y reducida publicación de esta obra póstuma fue patrocinada por Agustín de Azara, sobrino del autor, para ser distribuida a literatos y bibliotecas, con el único objetivo de difundir su conocimiento. La impresión se realizó en Madrid, en el año 1847, y presenta la obra acompañada por una “Nota preliminar” de Agustín de Azara y una “Biografía” del autor escrita por Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Un aviso inserto en el primer tomo indica la fecha en que el autor finalizara la redacción del texto y justifica que no fuera publicado entonces:

A los lectores el Editor. Desde que en 1806 terminó mi Señor tío Don Félix de Azara de escribir esta obra, para completar las que había ya publicado en 1802, sobre los pájaros y cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata, fue su ánimo darla a la prensa, tan pronto como lograrse que se le remitiera de la Asunción del Paraguay una copia del plano que regaló a su Cabildo [...] (González, 1943: LXXXVIII).

Por su parte, Castellanos de Losada explica que la edición respeta fielmente el manuscrito que Félix de Azara concluyera en 1806 y aumentara más tarde (Mones y Klappenbach, 1997: 91). Aún queda por aclarar que este manuscrito producido en España, retoma y modifica otro de sus textos, *Geografía física y esférica de la Provincia del Paraguay y Misiones guaraníes* que originariamente escribiera Azara a instancias del Cabildo de Asunción del Paraguay, en el año 1790 (González, cit. en Azara, *Descripción*: X), cuyo manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional de Montevideo (Mones y Klappenbach, 1997: 95) y que fue publicado por Rodolfo Schuller, en 1904, bajo el auspicio de los Anales del Museo Nacional de Montevideo, con el título de *Geografía física y esférica del Paraguay* (Galera Gómez, 1990: 34).

Por último, conviene agregar que existe una gran similitud de contenidos entre la *Descripción*, de 1847, y *Voyages dans l'Amérique méridionale*, publicado en París, en 1809. Esta coincidencia ha hecho pensar a algunos autores que la *Descripción* estaba destinada a ser la primera edición española de *Voyages* (Capel, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 47).

Encontramos la mayor semejanza en los capítulos 1 y 2, a los que únicamente diferencian los “giros de estilo de la traducción”, “algunas precisiones geográficas [...] añadidas” o modificaciones mínimas de “ciertos nombres geográficos”, que pueden deberse a errores de transcripción (Mones y Klappenbach, 1997: 47-48).

En el capítulo IX, en cambio, se opera una importante modificación ya que, en la *Descripción* se ha reducido considerablemente el espacio asignado al tratamiento de los mamíferos y las aves a los que se había concedido mucha mayor importancia en *Voyages*. Esto se debe, probablemente, a que ya se había publicado otra obra dedicada exclusivamente a las aves y a que Azara había tenido oportunidad de rectificar sus conocimientos sobre los mamíferos gracias a su experiencia en el Museo de París y a sus conversaciones con los zoólogos y naturalistas franceses, George Cuvier¹⁰ y Étienne Geoffroy de Saint-Hilaire¹¹ (Mones y Klappenbach, 1997: 48). También se redujo la extensión de los capítulos X y XI de los que han sido eliminados gran parte de los comentarios del autor sin menoscabar, afortunadamente, las valiosas informaciones que ambos capítulos contienen sobre todas las tribus indígenas que habitaban el territorio.

Pero donde se observa la diferencia más notable es en el espacio dedicado a la historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, porque mientras que la edición francesa le reserva únicamente un capítulo, la *Descripción* le consagra catorce. En nuestra opinión, y teniendo en cuenta que comparamos una publicación francesa con otra española, creemos que requisitos de orden político pudieron haber influido esta elección. Si la obra estaba lista para su publicación en 1806, como lo afirma Agustín de Azara, significa que iba a ser leída en años de gran efervescencia, previos a la emancipación de las naciones americanas, momento más que propicio para hacer una revisión histórica elogiando o justificando, según el caso, la política imperial.

Esta constante actividad de reformulación que Azara realiza puede obedecer a diferentes causas. En primer lugar, la carencia de formación académica en lo que respecta a las ciencias naturales hizo que, desde el inicio de su tarea de observación y catalogamiento de la naturaleza que lo rodeaba (alrededor de 1783), apuntara las informaciones acerca de especies animales y vegetales ideando su propio método de clasificación. Recién en 1796, durante un viaje realizado a Buenos Aires, recibe la *Histoire naturelle* de George-Louis Leclerc, conde de Buffon¹², que había pedido a España. En el prólogo de *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...* (1802), se detalla la forma en que el autor se procuró la obra:

¹⁰ George-Léopold-Chrétien-Frédéric-Dagobert Cuvier (Montbéliard, 1769 - París, 1832): famoso naturalista francés reconocido como el padre de la anatomía comparada y de la paleontología de los vertebrados. Hizo un gran aporte a la geología, al descubrir un método para determinar la antigüedad de las capas terrestres. Partidario del fijismo, creía que sólo un cataclismo podía transformar la fauna.

¹¹ Étienne Geoffroy de Saint-Hilaire (Etampes, 1772 - París, 1844): zoólogo francés que trabajó principalmente sobre la anatomía comparada de los vertebrados. Fue profesor de zoología en el Museo de París y en la Sorbona, y maestro de Cuvier. Pensaba que existían características comunes a todos los animales pluricelulares.

¹² Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (Montbard, 1707 - París, 1788): naturalista y escritor francés que debe su fama universal a su *Histoire naturelle* (1749-1804) en 39 volúmenes, de los cuales 32 se publicaron en vida del autor. Fue Intendente del Jardin des Plantes, miembro de la Académie des Sciences y de la Académie Française. Se oponía al sistema de clasificación de Linneo.

Había apenas dispuesto mis ensayos en el orden más claro que me había sido posible adoptar, cuando recibí orden del virrey de bajar a Buenos Aires donde el capitán de fragata D. Martín Bonéolds me entregó los doce primeros volúmenes de la *Historia Natural* de Buffon, traducidos en lengua castellana por D. Joseph Clavijo y Faxardo y como no había sino este número de volúmenes traducidos, don Pedro Cervigno me prestó el resto en original. (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 70)

Cuando entra en posesión del tan esperado material, no sólo llevaba muchos años recogiendo datos y elaborando sus escritos, sino que ya tenía catalogados cuatrocientas cuarenta y ocho aves y terminada su obra *Apuntamiento para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata*. A partir de su conocimiento de la obra de Buffon, Azara reestructura sus textos adaptándolos a las categorías establecidas por el naturalista francés.

El afán de perfeccionismo que, como es natural, habría de acompañarlo siempre, y una creciente afición por la naturaleza, lo estimulan a continuar sus investigaciones. Descubre así nuevos errores que, con honestidad, reconoce públicamente (y que, muy probablemente, intentará luego enmendar):

Vuelto a España [...] publiqué en español mis apuntamientos para la historia natural de los citados cuadrúpedos [...] pero como después en el año 1803 vi el gabinete nacional de París y traté allí con varios naturalistas célebres, he conocido que la parte crítica de mi obra tiene algunas equivocaciones que confesaré aquí francamente [...]. (Azara, *Descripción*: 91)

Como lo comentáramos al principio del capítulo, la madurez intelectual alcanzada por el autor produce un verdadero salto cualitativo en su producción y es comprensible que ya no se reconozca en textos escritos muchos años atrás y decida modificarlos. También podemos suponer que, con el transcurso del tiempo, se ampliaron sus perspectivas gracias a los conocimientos adquiridos en su destino americano, sobre América y la administración española, sin olvidar que la posibilidad de relacionarse, por medio de su hermano, con sectores diplomáticos y científicos europeos le permitieron delinear un panorama mucho más completo y realista de los juegos de poder que influían en la política española, europea y colonial. Esto pudo llevarlo a modificar ciertos aspectos de su obra para favorecer tanto la recepción de la misma como la imagen del imperio español.

Construcción del locutor

Félix de Azara es el narrador de la *Descripción* así como de todas sus restantes obras. En el prólogo de la misma se construye como un funcionario español que viene a América por “orden del rey”, encargado de cumplir “muchas y grandes comisiones”. Para llevarlas a cabo tiene que realizar numerosos viajes que complementa con otros, hechos voluntariamente, “con el objeto de adquirir mayores conocimientos de aquellos vastos países” (Azara, *Descripción*: 3). Demuestra haber cumplido concienzudamente con la tarea encomendada inicialmente (y con otras que le fueron asignadas durante su prolongada estadía en el Río de la Plata), dando pormenorizadas explicaciones de los métodos utilizados en los trabajos que ejecutaba. En el siguiente fragmento, nos dice:

En todas mis peregrinaciones observé siempre la latitud geográfica al medio día y a la noche por el sol y las estrellas con un buen instrumento de reflexión y horizonte artificial. [...] jamás omití el demarcar los rumbos de mis derrotas y los de los puntos notables laterales con una brújula, corrigiéndolos de la variación magnética que averiguaba con frecuencia cotejando su azimut con el que calculaba por el sol. (Azara, *Descripción*: 3)

Continúa, recalcando que no dejaba nada librado al azar y que verificaba los resultados obtenidos en todas sus mediciones:

Con estos fundamentos, sin usar jamás de estima o del poco más o menos, hice el mapa de mis viajes situando en él todos los pueblos, parroquias y puntos notables [...]. (Azara, *Descripción*: 3)

Llegado el caso en que los métodos o materiales que tenía a su alcance para realizar un trabajo podían llevarlo a cometer errores involuntarios, no duda en manifestarlo con toda honestidad. Por eso explica que para elaborar su mapa hizo numerosas observaciones en “Montevideo, Buenos Aires, la Asunción y Corrientes de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter” pero que por “defecto de sus tablas astronómicas” pueden existir diferencias de hasta cinco leguas en la posición de los meridianos (Azara, *Descripción*: 3).

Lejos de pretender atribuirse la totalidad de la enorme obra cartográfica realizada, nos aclara:

Observando la enorme extensión de mi carta se comprenderá que no ha podido ser levantada en el espacio de veinte años por un hombre solo, encargado al

mismo tiempo de otras muchas ocupaciones muy serias. Diré, pues, lo que he tomado de los trabajos de otros y nombraré con gusto a los amigos y compañeros que me han ayudado en la parte que es propiamente mía. (Azara, *Viajes*, vol. I: 42)

Tal como lo anuncia, indica las circunstancias en que decidió incorporar a sus mapas de cursos de ríos, trabajos confeccionados por otras personas, que él creyó innecesario rehacer por ser estas depositarias de su confianza y poseer una formación idónea. Refiriéndose a los ríos principales indica:

[...] creí ocioso navegar muchos de ellos, sabiendo que lo habían ya hecho otros facultativos con el mayor cuidado. Así copié las primeras vertientes del Paraná hasta su Salto grande, y del Paraguay hasta el Jaura que están en dominios portugueses, del mapa inédito del brigadier portugués don José Custodio de Saa y Faria [...]. El curso del Paraná desde el citado Salto grande hasta el pueblo de Candelaria, le copié del que hizo mi compañero el capitán de navío don Diego de Alvear, que lo navegó y reconoció en tiempo de mis tareas; y el resto del Paraná hasta Buenos Aires, lo hicieron por mi orden navegándole, mis subalternos el capitán de navío don Martín Boneo, los pilotos don Pablo Zizur y don Ignacio Pazos y el ingeniero don Pedro Cerbiño. (Azara, *Descripción*: 3-4)

En lo que respecta a los tributarios de dichos ríos, Azara declara que “como son innumerables y riegan inmensos países despoblados y llenos de bosques”, le “ha sido imposible reconocerlos, y marcar con acierto su verdadero curso”. En consecuencia, se ha limitado “a dirigirlos desde sus confluencias con los grandes ríos” hacia los puntos en donde los ha atravesado en sus viajes, completando el resto de su recorrido “por noticias a buen juicio” (Azara, *Descripción*: 4).

En cuanto al resto de la tarea descriptiva que se había propuesto, y para la cual ni él ni las personas que lo circundaban se hallaban capacitados convenientemente confiesa que, muy a su pesar, se vio obligado a dar prioridad a ciertos aspectos de la misma. Su interés era grande pero nos explica que:

[...] como para esto estaba yo solo, y los objetos que veía eran muchos más de los que podía examinar, me vi precisado a preferir, después de lo dicho, la descripción de los pájaros y cuadrúpedos quedándome pocos momentos para reflexionar sobre las tierras, piedras, vegetales, pescados, insectos y reptiles. (Azara, *Descripción*: 5)

Azara se considera un hombre que rechaza la ociosidad por lo que ocupa su tiempo libre en observar su entorno, apuntando meticulosamente toda información que estima útil. Para documentarse mejor, consulta los archivos de varias ciudades, habla con los ancianos para

conocer las tradiciones y recurre a las obras de ciertos historiadores para completar sus conocimientos sobre la región. Realiza esta enorme tarea en “aquellos ratos que lo permitían las comisiones del gobierno, los asuntos geográficos, y la fatiga de viajar por despoblados y muchas veces sin camino” (Azara, *Descripción*: 5), solventando con sus propios recursos los gastos que estos viajes le ocasionaban para no perjudicar en nada la misión que la Corona le había encomendado. En un primer momento, realiza sus viajes a escondidas porque:

Como esperaba que los virreyes no me darían permiso ni ayuda, ante el temor de que yo abusara de su condescendencia, con perjuicio de mi obligación principal, que consistía en la fijación de límites, resolví cargar solo con la empresa y los gastos que ocasionara y viajar sin darles cuenta, pero sin perder un instante de vista el objeto de que estaba encargado.

En consecuencia, hice un gran número de largos viajes por todas partes de la provincia del Paraguay y llegué hasta las misiones o pueblos de los jesuitas y hasta la vasta jurisdicción de la ciudad de Corrientes. (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 20)

En el capítulo cinco, que lleva por título “de los vegetales silvestres”, manifiesta ser consciente de las limitaciones que la ausencia de conocimientos en ciencias naturales puede ocasionarle, aclarando que “No siendo yo botánico, no hay que pedirme las clases, caracteres ni nombres griegos de los vegetales”, por lo que se limitará a dar sólo una “noticia muy superficial” (Azara, *Descripción*: 41). También se autodefine como “un Naturalista original”, por su formación autodidacta en ese ámbito, agregando que “gran parte de mis Apuntaciones se han hecho sin silla, mesa, ni banco, con la torpeza y el disgusto que acompañan a la excesiva fatiga y con otras atenciones que yo miraba como principales” palabras que denotan su gran fuerza de voluntad (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 69).

La escritura

Azara es un buen escritor, considerando el significado técnico de la palabra. Utiliza la escritura como un instrumento para la divulgación de las ciencias más que como un arte y por eso escribe de manera simple, con una sintaxis clara y tratando de expresar sus ideas con la mayor objetividad, concisión y nitidez. Su prosa mantiene, según palabras de Guillot Muñoz, “un marcado acento de sencillez y sinceridad, de culto por la expresión exacta”; utiliza un “lenguaje adecuado a la realidad científica” (Guillot Muñoz, 1941: 25) expresándose en un estilo que refleja

la devoción por todo lo que integra ese mundo virgen, ya sean vegetales, animales o grupos humanos, y totalmente exento de tono “declamatorio ni de fantasía” (Guillot Muñoz, 1941: 26).

Empieza escribiendo su obra en forma de diario de viaje pero la modifica más tarde para evitar que tenga la monotonía de los libros de viajes marítimos, donde diariamente se repiten los mismos informes. No incluye datos autobiográficos en sus textos por considerar que el producto de sus investigaciones es mucho más valioso que las vicisitudes de su existencia (dificultando así la reconstrucción de la misma), aunque explica a veces cómo organizaba sus viajes o cuáles eran sus métodos de trabajo. Claro que, en circunstancias en que las dificultades, falta de apoyo, corrupción, etc. van minando su voluntad, “advierte” que no mencionará ciertos acontecimientos que justamente está relatando, como sucede en la introducción a los *Viajes*, donde se expresa de esta manera:

Como esta obra es el resultado de mis propias observaciones, debo decir algo acerca de los motivos que me indujeron a hacerla, de los medios de que he dispuesto y del método que he seguido; pero pasaré por completo en silencio sobre los gastos, las penalidades, los peligros, los obstáculos y hasta las persecuciones que me ha hecho sufrir la envidia, porque todas estas cosas no pueden aumentar el valor de mi obra ni interesar a nadie. (Azara, *Viajes*, vol. I: 37)

En el mismo libro, *Viajes por la América Meridional*, Azara define su estilo de escritura diciendo:

Siempre he procurado evitar el estilo de la novela, es decir, ocuparme más de las palabras que de las cosas. Igualmente he tenido cuidado de no exagerar ni la magnitud, ni la pequeñez, ni la rareza de los objetos y emplear siempre la expresión conveniente a la medida real de cada cosa, tal como la he visto o tal como la concibo. (Azara, *Viajes*, vol. I: 49)

Otros autores también han definido a Azara como escritor. Bartolomé Mitre¹³, en la “Nota Preliminar” que introduce su edición de los *Viajes inéditos de D. Félix de Azara*, lo describe como un “observador atento, original y sagaz, más que pensador profundo y escritor elegante”, con un estilo “lacónico e incisivo como una fórmula matemática”. Mitre completa su

¹³ Bartolomé Mitre (1821-1906): político, escritor y militar argentino con una larga y destacada trayectoria en todos estos ámbitos. Fue presidente de la nación y fundador de un importante periódico al que bautizó *La Nación*. De su múltiple y valiosa producción escrita se distingue la porción dedicada a su disciplina predilecta, la historia, sin contar con que su enorme archivo constituye un jirón de la vida de su país. Entre los personajes que despertaron su interés se encuentra Félix de Azara. Mitre leyó con gran atención *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, comparándolo con un ejemplar de la *Descripción*, que hoy se conserva en el Museo Mitre. Además, publicó los *Viajes inéditos de D. Félix de Azara*.

opinión agregando que “todas sus palabras son sugestivas y contienen en terreno inculto la semilla de la idea que nace de una observación directa” (Mitre, cit. en Azara, *Viajes inéditos*: 7-8). Refiriéndose a la parte histórica de la *Descripción...*, señala que es una excelente historia crítica del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata, “no obstante algunos juicios ligeros o apasionados y varios errores a que ha sido inducido por las autoridades que ha seguido.” (Mitre, cit. en Azara, *Descripción*: XI).

En total divergencia con Mitre, el estudioso paraguayo Carlos R. Centurión, en su *Historia de las letras paraguayas...*, lo califica de “malísimo historiador” pero reconoce que “Azara fue un prosador de estilo preciso y claro” y que “sus descripciones, serias y objetivas son amenas e instructivas. De allí que su obra sea de perenne actualidad” (cit. en Mones y Klappenbach, 1997:75) .

Por su parte, los naturalistas uruguayos y miembros del Museo Nacional de Historia Natural de ese país, Álvaro Mones y Miguel Ángel Klappenbach, lo definen como “un observador atento e imparcial”, cuyas “descripciones son siempre objetivas y muy completas” (Mones y Klappenbach, 1997: 61).

En realidad, Azara es un ser humano y como tal, se exaspera o flaquea y su estado de ánimo se trasluce, a veces, en su escritura. Afirma con vehemencia todo aquello que él cree cierto y refuta lo que considera erróneo con la misma energía, convirtiendo su estilo, por momentos, en áspero y cortante. Encontramos un buen ejemplo, tanto de la rudeza que podía alcanzar su escritura como de una afirmación arbitraria basada en simples deducciones, en el fragmento siguiente:

He leído en un manuscrito jesuítico que dentro del Iberá habitaba una nación de indios pigmeos, que describe muy por menor; pero es un cuento falso. El Iberá es una grande extensión de fango y agua, de plantas acuáticas y de algunas isletas de árboles, aunque en algunas partes es una verdadera laguna limpia: de modo que es imposible reconocer su interior a pie ni a caballo ni embarcado. (Azara, *Descripción*: 34)

Varios autores han hecho referencia a las duras críticas que Azara dirigiera a los jesuitas apuntadas, particularmente, al sistema de organización social implementado por la Compañía en sus reducciones. Sin embargo, estas afirmaciones no deberían inclinarnos a pensar que nuestro autor desestima la obra de dichos religiosos en su totalidad, porque este proceder contrasta con su persecución constante de objetividad y porque tenemos no pocos ejemplos de lo contrario.

En mayo de 1799, Azara redacta un importante informe sobre los indios guaraníes de las Misiones del Paraná y Uruguay, tomando como base “la experiencia recogida en su viaje de

1784, a 26 de estos pueblos y la memoria que el gobernador de los mismos, Don Gonzalo de Doblás, había escrito entonces a su pedido” (Campal, 1969: 126). En él define al “gobierno que entre ellos establecieron los Jesuitas” como “el más absurdo, despótico y malo que pudiera idearse; el más singular y extraordinario” (Campal, 1969: 128) que se ha visto en el mundo por tratarse de “un gobierno en comunidad en que no se permite la menor propiedad particular, en que nadie puede sacar la menor ventaja ni utilidad de su talento, industria, habilidad y virtudes, ni de sus facultades físicas” (Azara, *Memoria*: 245). Azara desaprueba, además, la política paternalista desplegada por la Orden argumentando que antes de la llegada de los religiosos, los guaraníes eran capaces de alimentar y vestir a sus familias, por lo que “no hubo tal niñez e incapacidad de los indios” y si ésta hubiera existido realmente, “el gobierno en comunidad no se la quitó en más de siglo y medio, persuadiendo claramente que semejante conducta embotaba los talentos” (Azara, *Descripción*: 182).

Su crítica, en este caso, no va dirigida únicamente a los jesuitas, haciéndose extensiva a los pueblos que estuvieron a cargo de otras órdenes religiosas o que se encontraban bajo una administración laica cuando Azara escribe sus informes. Años más tarde, cuando en 1806, como integrante de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias, presenta al rey un *Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes de la provincia del Paraguay*, subraya que no existe nada “más humano, justo, decoroso y útil” que dar “la libertad a todos los indios Guaraníes y Tapis”, decretando la proscripción de las encomiendas y el gobierno en comunidad, “el peor para los vasallos y el más estéril para el monarca” (Azara, *Memoria*: 246).

Aunque no duda en poner en evidencia los aspectos que considera negativos en el desempeño de la Compañía de Jesús, es lo suficientemente objetivo como para resaltar también sus aciertos. Veremos, más adelante, que remite a los herbarios de plantas medicinales de las misiones, realizados por el padre jesuita Segismundo Asperger, como principal fuente para identificar nuevas plantas medicinales (Azara, *Descripción*: 52). Además, sabe reconocer la inmensa y sacrificada labor de los jesuitas que “redujeron los veinticinco primeros pueblos [...] predicando y soportando trabajos y martirios como misioneros apostólicos” (Azara, *Descripción*: 177) y afirma que el mayor de sus méritos “estuvo en la constancia y habilidad con que dirigieron y libertaron a los indios de tan terrible persecución [la de los portugueses que los reducían a la esclavitud] a costa de tan largas y trabajosas peregrinaciones” (Azara, *Descripción*: 178).

Si advierte que su impulsividad lo ha llevado a mostrarse demasiado rudo, Azara posee la suficiente humildad como para justificarse públicamente, y así lo demuestra al hablar de Buffon en los siguientes términos:

Si se encuentra que en la manera de explicarme he olvidado el respeto debido a un tan ilustre personaje, suplico consideren que mi celo por la verdad es la única causa y que yo he escrito lleno de tristeza y melancolía, desesperado de poder nunca librarme de estas tristes soledades y de la sociedad de los animales. (Azara, *Viajes*, vol. I: 23)

En cuanto a los contenidos que desarrolla, se expresa con fluidez y precisión en los temas relacionados con su formación académica y admite carecer del tiempo necesario o de los conocimientos requeridos para abordar otros, por ser “un soldado que jamás ha mirado un animal con atención hasta ahora” (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 69). Por ejemplo, inicia el capítulo IX de la *Descripción*, titulado “De los cuadrúpedos y pájaros”, confesando sus dudas acerca del valor que pudiera tener para la ciencia el material zoológico que había reunido con tanto esfuerzo, y su decisión de someterlo a una opinión autorizada:

Tenía yo escritos bastantes apuntamientos sobre los cuadrúpedos del Paraguay, y río de la Plata, y deseando saber si merecían algún aprecio los envié a Europa, para que sobre ellos diese su dictamen privadamente algún naturalista. (Azara, *Descripción*: 91)

Tanta era su inseguridad que prohíbe su publicación porque:

[...] no se me ocultaba, que su parte crítica estaba hecha muy de prisa, y porque en los viajes que iba a emprender me prometía adquirir nuevos cuadrúpedos, aumentar noticias más exactas de los que ya tenía y en fin perfeccionar mi obra con nuevos datos y más reflexión. (Azara, *Descripción*: 91)

A pesar de la cautela y temor con que Azara envía sus apuntes, sabemos que estos fueron muy valorados en Francia, donde su publicación hace conocer su nombre en los medios científicos europeos.

Los textos de Félix de Azara no resultan nunca monótonos para el lector porque su autor utiliza el lenguaje de manera dialógica, lo que imprime un mayor dinamismo a su escritura. En realidad, Azara construye un discurso que interpela a sus interlocutores y les impide convertirse en lectores pasivos de los hechos relatados.

Harald Weinrich establece las diferencias entre lo narrativo y lo no-narrativo tomando como característica fundamental el uso de los tiempos verbales, organizados en dos registros que él ha denominado “tiempos del mundo comentado” y “tiempos del mundo narrado” (Weinrich, 1978:22-23). Weinrich explica que “los tiempos verbales del presente, del futuro y del pasado compuesto (para nombrar sólo los más frecuentes) forman parte del mundo comentado”

(Weinrich, 1978: 23), en tanto que el paradigma del mundo narrado “se compone de los tiempos verbales del imperfecto, del pasado simple, del pluscuamperfecto y del condicional” sin mencionar, nuevamente, otros tiempos menos utilizados (Weinrich, 1978: 23).

Weinrich continúa diciendo que, en una concepción dialógica del lenguaje, “el modelo básico de la comunicación debe verse en el diálogo entre un locutor (o autor) y un auditor (o lector)” en la que “el signo lingüístico es un segmento textual por medio del cual el emisor induce al receptor a comportarse de una cierta manera” (Weinrich, 1978: 23). En dichas circunstancias, “los tiempos verbales del mundo comentado son portadores del mensaje que el enunciado en cuestión endereza hacia el auditor/lector como ser actuante” (Weinrich, 1978: 23) sugiriéndole, en respuesta, un comportamiento activo. Los tiempos verbales del mundo narrado, que indican todo lo contrario, “transmiten una instrucción del locutor /autor a partir de la cual no se infiere ninguna acción o reacción inmediata del auditor / lector” que puede, por lo tanto, “permitirse una separación momentánea de sus obligaciones y actividades [...]” (Weinrich, 1978: 23).

Una lectura atenta de la *Descripción* nos permitirá observar que, efectivamente, su autor recurre con gran frecuencia a los tiempos verbales del mundo comentado, porque su principal objetivo no es el de distraer el ocio de los lectores con su relato sino el de hacerles conocer ciertos hechos que requieren, desde su punto de vista, algún tipo de respuesta.

Lo que más refuerza el carácter dialógico de los textos azarianos es la voluntad del autor de intervenir en los grandes debates europeos de la época convirtiéndose, a través de los mismos, en un participante activo de la “Polémica sobre la ciencia española”, la “Disputa del Nuevo Mundo”, o la ya más lejana, aunque no exenta de vigencia, “Leyenda Negra”.

Construcción del interlocutor

En el prólogo de la *Descripción*, Azara construye a su destinatario al mismo tiempo que explica la motivación de su escritura, diciendo que “public[a] esta obra [...] con el único fin de que sirva a la instrucción del gobierno y de la historia natural principalmente del hombre.” (Azara, *Descripción*: 5).

A pesar de su propuesta de dirigirse a un público muy amplio, algunos datos textuales nos inclinan a decir que Azara se dirige, en primer término, a una comunidad europea ilustrada que participa en el proceso de formación de las doctrinas científicas, y más particularmente, de la Historia Natural. No pierde oportunidad de cotejar sus apuntes y experiencias con los de otros

reconocidos naturalistas europeos para, dependiendo de las circunstancias, enmendar sus propios errores o poner en evidencia las equivocaciones en que otros incurrieron, como en el caso de Buffon, por citar el ejemplo más relevante.

Por otra parte, su discurso comporta una obvia dimensión de réplica a distintos debates que circularon en Europa y que produjeron grave detrimento en la reputación de su país dentro de la comunidad europea, al mismo tiempo que provocaron un serio replanteo de valores en el seno de la sociedad española.

Que los mencionados sean los interlocutores a quienes se dirige más abiertamente, no implica que descarte a otros destinatarios posibles como el gobierno o sectores letrados de las sociedades española y rioplatense. Indudablemente, como funcionario enviado por el gobierno peninsular, redactó informes sobre las tareas que le habían sido encomendadas, pero este libro, entre otros, es una reelaboración de los apuntes primitivos con una intención y un interlocutor diferentes de los oficiales.

La *Descripción* no parece tener como primer destinatario al rey o a sus funcionarios porque el prólogo comienza explicando el objetivo oficial de su viaje (que quienes lo enviaron debían conocer, aunque también es cierto que era un topos frecuente en los informes oficiales resumir el objetivo de la comisión): “En el año de 1781 me embarqué de orden del rey en Lisboa y arribé al Brasil, de donde pasé luego al Río de la Plata. Allí me encargó el gobierno muchas y grandes comisiones [...]” (Azara, *Descripción*: 3).

En lo que respecta a la élite ilustrada de su país, Azara no ignoraba el poco reconocimiento que sus esfuerzos cosecharon entre ellos. Años después de comenzado su trabajo de observaciones y colecta de aves y mamíferos solicita y obtiene autorización de su gobierno para sus expediciones científicas. A partir de entonces hace sucesivos envíos al Real Gabinete de Historia Natural. Lamentablemente, por razones diversas, se pierden las más de 400 aves enviadas y casi todos los mamíferos (sólo se conservaron 3). Tampoco se valora el manuscrito de dos volúmenes que contenía la descripción de cada animal y su hábitat. Esta experiencia justifica el escepticismo con que se expresa en una carta fechada el 25 de julio de 1805 y enviada a Walckenaer, su editor en Francia:

Je ne m’attends pas à le voir estimé [hablando de su publicación *Voyages*] dans ce pays-ci [España], ou le goût pour les sciences, et sur-tout pour l’histoire naturelle, est absolument mis de côté [...]. (cit. en Mones y Klappenbach, 1997:

6)

Tampoco parece haber sido su destinatario inmediato la sociedad ilustrada rioplatense. Sus palabras indican que no poseía interlocutores válidos en esa región, ya sea por ausencia de ellos o porque sus viajes le impidieron pasar en las ciudades principales el tiempo necesario como para establecer un intercambio productivo con sus habitantes. En *Viajes inéditos*, habla de los veinte años pasados en “el último rincón de la tierra, olvidado de mis amigos, sin libros ni trato racional, y viajando continuamente por desiertos y bosques inmensos y espantosos, comunicado únicamente con las aves y las fieras [...]” (Azara, *Viajes inéditos*: 1-2).

Azara concluye el manuscrito de la *Descripción* en 1806 (Mones y Klappenbach, 1997:91), estando ya establecido en España, como se puede comprobar con una simple lectura: “dediqué los veinte años de mi demora por **allá** a observar obgetos [...]” (Azara, *Descripción*: 5) [negrilla nuestra].

No publicó ninguna de sus obras en el Río de la Plata ni lo entusiasmaba la idea de enviar sus colaboraciones al *Telégrafo Mercantil*, primer periódico de la región que comenzó a publicarse el 1 de abril de 1801 (el mismo año de la partida de Azara). Estos datos parecen indicar la indiferencia de Azara con respecto a que su obra se conociera en la tierra donde fue producida, pero otras informaciones explican su proceder y demuestran lo contrario.

No es extraño que temiera perder los textos que enviara a publicar teniendo en cuenta que en más de una oportunidad se obstaculizó su trabajo o acceso a documentación oficial, fue despojado de sus escritos por virreyes y gobernadores coloniales y estafado por los que se apoderaron de su labor borrando su nombre (Mitre, cit. en Azara, *Viajes inéditos*: 3 / Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 25-26).

En una carta fechada en Batoví, el 23 de abril de 1801, Azara escribe a su amigo Cerviño:

Ningún pays ha necesitado tanto como este de instrucción. Todo el patriotismo de las gentes se limita [a] aborrecer el gobierno más suave del mundo; y a todo Europeo sin excluir a su padre si lo es. Pero nadie cuida de la felicidad de la Patria ni de la suya en particular. (cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 186)

Azara considera que la reciente aparición del primer periódico en el Río de la Plata será de gran utilidad porque contribuirá a instruir, informar y hacer meditar a la gente. Así las personas comprenderán que “los xefes del bando patriótico son [...] incapaz [es] de producir cosa útil a su Patria” y que, en cambio, “aquellos mismos que ellos aborrecían y despreciaban producirán muchas luces que aclaren el ofuscamiento de sus cabezas” (cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 186). Agrega:

Tal vez me determinaré a escribir una memoria rural; pero no me gustaría la fuesen publicando a pedacitos en el Telégrafo metida entre otras [frioleras], porque así no se le puede tomar sustancia. Las sociedades de Europa publican sus Memorias en un Tomo, y creo que lo mismo deberían hacer en esa. (cit. en Mones y Klappenbach, 1997:186)

Esta carta deja traslucir el concepto que a su autor le merece la sociedad colonial, al mismo tiempo que explica el motivo de su reticencia a publicar en el diario local. Vemos un incipiente deseo de participar en la instrucción de esa sociedad pero en una etapa posterior, probablemente cuando sus libros, publicados en Europa, regresen al Río de la Plata.

Sus propósitos

El trabajo y la escritura de Azara están regidos por el deseo de impregnar su obra de precisión y veracidad. Esta aspiración lo hace extremar las precauciones en todo momento: al realizar sus mediciones, redactar informes, trazar mapas y cursos de ríos o buscar los sitios propicios para el emplazamiento de fuertes y poblaciones. Tampoco escatima esfuerzos cuando debe reunir datos para sus apuntes de historia natural de las aves y cuadrúpedos, aunque solamente se proponga realizar una “obra descriptiva de los caracteres externos y de las costumbres y biología de los animales” (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 36), porque su falta de formación académica le dificultaría realizar una obra de carácter sistemático sobre el tema.

Logra, sin embargo, realizar una clasificación bastante acertada de las aves, “basándose en los caracteres de alas, colas, patas y picos, que según él influyen más en las costumbres y son más fáciles de conocer” (Pereyra, 1945: 9). Según sus propias palabras, para ordenar los mamíferos, tiene en cuenta la “magnitud, formas, colores y costumbres” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...*: III). La magnitud, sobre todo la longitud del cuerpo y de la cola en caso de poseerla, es una característica de gran importancia para hacer una descripción clara y evitar confusiones. Por otra parte, estas medidas suelen ser suficientes para determinar la especie a la que pertenece el animal y para saber si es cachorro o adulto. Las formas y colores son caracteres muy constantes que facilitan la clasificación. En cuanto a las costumbres (entre las que incluye informaciones sobre su hábitat, comportamientos usuales y extraordinarios, ciclo de reproducción y alimentación), a pesar de ser sumamente difíciles de averiguar, Azara prefiere, una vez más, guiarse por sus propias observaciones, sabiendo por experiencia que los campesinos solían distorsionar la verdad en sus relatos (Azara, *Apuntamientos para la historia*

natural de los cuadrúpedos...: III). Todos estos datos son agrupados en dos categorías: *caracteres generales o de familia y caracteres especiales o singulares*.

No cabe duda de que Azara no dedicaba tanto tiempo y esfuerzo en reunir sus observaciones y en mejorar sus apuntes con sucesivas reescrituras con la única intención de ocupar su tiempo libre. Su finalidad era publicar el fruto de su trabajo y así lo expresa en una carta del 20 de enero de 1798 a su amigo Cerviño, hablando de los trabajos efectuados en la expedición al Uruguay:

[...] si yo vivo la he de publicar, lo mismo que mis obras de Historia Natural, [porque si bien es cierto que] nuestros trabajos y méritos son conocidos de pocas gentes [...] la posteridad les dará el lugar que merecen; porque hasta ahora no ha salido a la luz cosa semejante ni probablemente saldrá en algunos siglos. (cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 182)

Otros propósitos que impulsan a Azara a publicar su obra, además del mencionado en la cita precedente, serían el de dar a conocer en Europa un extremo del imperio español tan distante e incógnito como era el que él recorrió y estudió durante tantos años; aportar nuevas especies animales y vegetales a la Historia Natural; difundir una buena imagen del gobierno colonial español y, muy probablemente, alcanzar cierta notoriedad dentro de la élites políticas e intelectuales europeas en las que sus hermanos y familiares ocupaban destacadas posiciones. De la dedicatoria a su hermano José Nicolás, que encabeza los *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...* emana, quizás, cierta sensación de relegamiento y el deseo de reposicionarse tanto en el seno de la sociedad como dentro de su propia familia. Dice a su hermano:

Tú has vivido en el grande Mundo; y por tus elevados empleos, talento, obras y virtudes, te has hecho recomendable en España y fuera de ella. Pero yo, sin haber llegado a empleo visible, y sin ocasión de hacerme conocer de ti ni de otro, he pasado los veinte mejores años de mi vida en el último rincón de la tierra [...]. (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...*)

Pudo existir también, entre sus propósitos, el de instruir a los habitantes del Río de la Plata dando a conocer su suelo y sus riquezas naturales pero también recopilando su historia colonial para que aprendan a valorar lo que él denomina “el gobierno más suave del mundo” (cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 186).

Por último, Azara quiere corregir los errores cometidos por algunos historiadores, ya que sus escritos no coinciden con los documentos por él consultados en diferentes archivos, como lo manifiesta en el prólogo de la *Descripción*:

No estaba ocioso cuando me hallaba en las poblaciones porque leí muchos papeles antiguos de los archivos de las ciudades de la Asunción, Corrientes, Santa Fe, Buenos Aires, y de los pueblos y parroquias, y consulté la tradición de los ancianos. Leí también algunas historias del país, que en bastantes cosas no estaban acordes con dichos papeles originales, y en todas hallé que sus autores no tuvieron bastantes conocimientos locales ni del número de naciones ni de indios, ni de su situación ni costumbres. Esto me ha determinado a escribir la historia del descubrimiento y conquista [...]. (Azara, *Descripción*: 5)

Por falta de otras referencias, utiliza las obras de dichos autores (Schmidel, Álvar Núñez, Barco Centenera, Díaz de Guzmán, Lozano, Guevara) pero aclarando que:

[...] los he corregido cuanto he podido por los papeles auténticos que he visto en los archivos, y por los conocimientos del país y de las costumbres de sus naturales [...] Cuando los he sabido, he aplicado los verdaderos nombres a los parajes y naciones que los autores alteran y equivocan muchas veces [...]. (Azara, *Descripción*: 9)

También se propone ampliar y rectificar los conocimientos de los naturalistas (en especial de Buffon que, en un principio, fue su única referencia sobre el tema) que incurren en importantes errores por trabajar en laboratorios europeos tan alejados del hábitat de las especies que estudian.

CAPÍTULO III

LA DIVERSIDAD DE MIRADAS

Más allá de la polifacética labor intelectual de Azara cuyos testimonios escritos ocupan, aún hoy, un destacado lugar en diversas áreas del conocimiento sudamericano y europeo, quisiéramos detenernos en su discurso para individualizar cada una de las múltiples posiciones desde las que este observador infatigable analiza la realidad que lo rodea y la plasma en sus textos.

El funcionario colonial

Partiendo de la propuesta, que Edward Said presenta en *Orientalismo*, de considerar el concepto de “Oriente” como una construcción de Occidente, otros representantes de los estudios postcoloniales han trasladado la misma reflexión a distintos territorios colonizados por las potencias europeas. Así surge la idea de que América no fue “descubierta” por el mundo occidental sino más bien “creada” por el discurso de los españoles, desde el mismo momento en que éstos llegaron a sus costas. El acto de apropiación y de representación del “resto del mundo” por parte de los enviados del imperio es, desde las primeras anotaciones registradas en el Diario de navegación de Cristóbal Colón, el producto de una construcción que se lleva a cabo a través de lo que Mary Louise Pratt denomina la “mirada imperial”. El protagonista principal en esta aventura de apropiación discursiva es el “veedor”, sujeto emisor de estos relatos (cartas, diarios, relaciones, crónicas, historias naturales, etc., dependiendo de las épocas, la finalidad de la escritura y las consignas gubernamentales) “cuyos ojos imperiales [...] observan y poseen” (Pratt, 1997: 27) para producir luego “el resto del mundo” (Pratt, 1997: 23) a través de un discurso estereotípico basado en una concepción del mundo europea, masculina y cristiana.

Para la autora de *Ojos imperiales*, en el transcurso de la prolongada práctica expansionista europea, la literatura de viajes y exploración no sólo produce el “resto del mundo” para los lectores europeos sino que, junto a este nuevo concepto, surgen también las “concepciones diferenciadas que Europa tuvo de sí misma” en relación (o más bien por oposición) con ese “resto del mundo” que ella misma modelara (Pratt, 1997: 23).

La literatura de viajes y exploración se constituye, por lo tanto, en el instrumento por excelencia para codificar y legitimar “las aspiraciones de expansión económica y construcción de

un imperio” (Pratt, 1997: 23). Esta tradición se inicia con la cartografía náutica, que es la primera en ejercer el poder de nombrar. Y es precisamente “en el nombrar donde confluyeron el proyecto geográfico y el religioso, ya que los emisarios reclamaban el mundo bautizando los accidentes geográficos y los hitos con nombres eurocristianos” (Pratt, 1997: 67).

Félix de Azara es miembro de una burocracia modernizada por la Corona borbónica y dispuesta a optimizar la reforma y racionalización de las colonias, a la que Vidal denomina “meritocracia de hombres nuevos” (Vidal, 1985: 151). Como tal, adopta con frecuencia el punto de vista de tantos funcionarios coloniales que visitaron el Nuevo Continente, en distintos momentos y con diversos propósitos. Él también examina el mundo americano que lo rodea con esa “mirada imperial” descrita por Pratt aunque nos inclinamos a creer que esta actitud es más acusada en los primeros tiempos, cuando no se ha familiarizado aún con el lugar donde se encuentra ni ha experimentado las numerosas desilusiones que el trato con las autoridades españolas del virreinato le proporcionaran en no pocas situaciones.

En reiteradas ocasiones, su escritura evidencia los deseos de optimizar su labor en beneficio de la administración imperial y su posterior desazón ante las trabas impuestas por el sistema o por los hombres. Su correspondencia personal, en especial, destila una gran amargura por la negligencia y corrupción que lo rodea y que causa perjuicio a los intereses de la Corona al mismo tiempo que impide el buen desenvolvimiento de sus propias actividades.

En una carta a su amigo y colaborador Pedro Cerviño¹⁴, fechada en Paraguay el 19 de diciembre de 1794, alude al poco cuidado con que se eligen las autoridades de los fuertes ubicados en la zona fronteriza, muchas de ellas “vendidas a los lusitanos”, diciendo:

La reflexión me hace ver una corrupción universal, y que ninguna Nación nos iguala en abandono, despilfarro, poca previsión y ninguna política. Dios nos ha dado a manos llenas y todo lo desperdiciamos por nuestra bestialidad, y ningún Patriotismo, ni principio del verdadero honor: Los rarísimos sujetos que piensan bien están arrinconados; y sin tener fuerzas para resistir la corrupción general son el objeto de la ira, murmuración y desprecio universal. (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 179)

También se lamenta porque los demarcadores anteriores no tomaron en serio su trabajo y “se dexaron llevar del deseo de adelantar en grados y satisfacciones y de regresar, más que de

¹⁴ Pedro Antonio Cerviño (Pontevedra, 1757 - Buenos Aires, 1816): ingeniero, topógrafo y cartógrafo español que llegó a Buenos Aires a los 25 años, en su función de ingeniero voluntario del ejército. Integró la comisión demarcadora de límites entre Portugal y España. A partir de 1783 comenzó sus viajes científicos, varios de ellos por encargo de Azara. Cuando este último regresó a su país, dejó al cuidado de Cerviño sus manuscritos, cartas geográficas y otros documentos.

aclarar las cosas [porque] ellos miraron las tierras que debían de marcar como inútiles y no consideraron que la posteridad había de juzgar de sus operaciones” (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 179). La ineficiencia y falta de rigurosidad de esos funcionarios contribuye a dificultar la demarcación actual.

En realidad, la tarea asignada a esta Expedición de Límites culmina también en un fracaso a pesar de que Azara, en lo que a su partida concierne, despliega todas sus energías para vencer la atmósfera de inacción que parece neutraliza cada intento de poner en marcha las actividades de delimitación. Sin embargo, y a pesar de la aparente ausencia de resultados, la demarcación de esa porción de la América española tiene inesperadas consecuencias: es el punto de partida para el proceso de “regionalización” sudamericana (Lucena Giraldo, 1998: 217).

En el aspecto científico, el estudio exhaustivo de la región permite acumular una gran cantidad de material cartográfico, geográfico, botánico, zoológico e histórico, que amplía considerablemente el conocimiento que de su propio suelo tenían los habitantes. Desde un enfoque espacial, las grandes regiones marginales y casi desconocidas del imperio se convierten en espacios de gran valor estratégico, económico y se occidentalizan mediante el poblamiento (Lucena Giraldo, 1998:219). Desde una perspectiva cultural, se transmiten nuevas imágenes que proponen la transformación del mundo bárbaro deshabitado en otro civilizado y próspero.

Azara, aunque ignorándolo, participa muy activamente a través de su extraordinario trabajo en este proceso de reconocimiento, revaloración y redistribución territorial, económico y cultural que serán las futuras bases de una redefinición identitaria. También, y de manera indirecta, contribuye a salvaguardar la integridad territorial de las futuras naciones, al dar a conocer las verdaderas características del territorio y confeccionar los mapas más exactos (y frecuentemente los primeros) frenando de ese modo la penetración portuguesa.

En este sentido, el primer aporte de Azara es el realizado a Paraguay, al ofrecer al Cabildo de Asunción, en 1793, el mapa de la región junto a una versión precursora de la *Descripción*. Además, su obra es fundamental para el conocimiento de la región del Río de la Plata, y sus representaciones culturales “fueron recogidas desde el momento mismo de su primera edición, en francés, por otros viajeros, cronistas y científicos que recorrieron el área y que apoyándose en Azara, iniciaron el proceso de autorización de sus representaciones” (Marre, 2000).

Evidentemente, Azara ni siquiera vislumbra que su denodada labor tendrá semejantes consecuencias, en un futuro todavía lejano. Por su parte, trata de beneficiar a su país, cumpliendo con gran cuidado las tareas que le son encomendadas y resolviendo otros problemas que descubre. Terminada su labor en Buenos Aires, las autoridades lo destinan a la Banda Oriental,

donde debe fundar pueblos en la línea de frontera que separa los dominios españoles y portugueses con el fin de evitar la infiltración lusitana. Allí se entera de que hay numerosas familias españolas que, veinte años antes, fueron traídas al Río de la Plata para poblar la costa patagónica y que el gobierno instaló “transitoriamente” en la zona costera. Azara resuelve poblar el territorio limítrofe con aquellas familias que se presten voluntariamente al traslado. De esta manera, logra la instalación definitiva de gran parte de los colonos españoles al mismo tiempo que exime al Tesoro Público de pagarles una pensión anual.

Félix de Azara, al igual que otros enviados de la Corona, tiene como encargo poner especial atención en todo lo que incremente la rentabilidad de los territorios coloniales. Por eso va señalando todas las ventajas e inconvenientes que observa, recurriendo a veces a comparaciones con Europa. Por ejemplo, explica que en sus viajes recorre vastas extensiones de llanuras donde constata que “las zonas anegadizas y de lagunas excluyen del cultivo unas extensiones de país mayores que muchos reinos de Europa” (Azara, *Descripción*: 18). Señala también que la horizontalidad del terreno dificulta el desagüe; es causa de que muchos ríos no sean navegables por su poca profundidad y de que haya “distancias muy grandes sin ríos, ni arroyos, ni fuentes.” (Azara, *Descripción*: 18). Explica que estos países llanos “no contienen minerales” (Azara, *Descripción*: 24) aunque en “las sierras llamadas de Santa Ana [...] en la provincia de Chiquitos hay probabilidades de que se encontraran minas de oro, y quizás de piedras preciosas, porque están cerca de las que poseen los portugueses en Matogroso y Cuiabá.” (Azara, *Descripción*: 25).

Se interesa por la red hidrográfica que irriga el suelo que explora y que puede convertirse en un importante medio de transporte para la región. Aclara que, como la gran extensión del país le impide describir todos los ríos que lo recorren, se limita a cartografiar y a informar sobre las condiciones de navegabilidad de los principales que forman la cuenca del Plata aunque algunos de los no mencionados “sean iguales y mayores que los más caudalosos de Europa”. (Azara, *Descripción*: 27). De entre todos ellos siente una especial atracción por el río Paraná pero señala que, “a pesar del grandísimo caudal de este río, no puede navegarse en toda su longitud, porque lo embarazan la violencia de su curso y principalmente sus saltos y arrecifes” (Azara, *Descripción*: 29).

Constata que, avanzando hacia el norte, se van haciendo más numerosos los bosques con “muchísimas especies de árboles, todas diferentes de las de Europa” y aunque todavía se ignora “la aplicación y usos que pueden darse a muchas de aquellas maderas, el tiempo los descubrirá”. Además, como “las maderas del Paraguay son más compactas, sólidas y vidriosas que las de Europa” porque se ha comprobado que “una embarcación construida de ellas dura triplicado tiempo” (Azara, *Descripción*: 44), él enumera las distintas especies que crecen en esa zona, las

características de cada madera y la utilidad a que podrían ser destinadas (Azara, *Descripción*: 45-46).

A veces Azara interrumpe su inventario para denunciar la desidia de ciertos organismos peninsulares que no ponen empeño en cumplir su cometido, explicando que existen también, en las regiones que él explora, hierbas medicinales, alguna conocidas y otras nuevas, con propiedades curativas comprobadas. Un ejemplo es el *aguarai bai* que crece en Misiones. Con sus hojas hervidas en vino se hace un jarabe que, bebido o aplicado externamente, soluciona los problemas más variados (heridas, dolores de estómago, de cabeza y de costado, cólicos, disentería, etc.). Y agrega:

Lo inventó el jesuita Segismundo Asperger que ejerció la medicina y botánica cuarenta años en Misiones. Allí practicó cuantos ensayos le parecieron con los indios, y de resultas, dejó escrito un recetario solo de los vegetales del país, que conservan algunos curanderos: si se examinase, tal vez se encontraría algún específico útil a la humanidad. [Sin embargo,] cada pueblo de Misiones, envía más de dos libras anualmente a la botica real de Madrid, sin que hasta hoy se haya publicado relación de sus virtudes. (Azara, *Descripción*: 52)

No sólo se limita Azara a considerar los productos que pueden ser explotados en América sino también los que pueden llevarse a la metrópoli. Uno de ellos es la mandioca que se cultiva mucho para elaborar pan y otros alimentos. Tratándose de un vegetal que prospera en zonas cálidas, “convendría probar su cultivo en Mallorca y en las provincias meridionales de España.” (Azara, *Descripción*: 59). También observa que algunas abejas pueden ser trasladadas a grandes distancias porque se logró traerlas de Tucumán a Buenos Aires, distante 150 leguas. Esta experiencia hace presumir que varias especies de abejas de América se podrían transportar a España (Azara, *Descripción*: 64).

Por último, algunas informaciones que Azara incluye en su texto tienen como objetivo atraer nuevos pobladores europeos a la región. Por eso afirma, por ejemplo, que “por lo relativo a la salud, puede tenerse por cierto que no hay en el mundo países más sanos que todos aquellos.” (Azara, *Descripción*: 14) o que “Mendoza y San Juan son dos ciudades de la falda de la cordillera de los Andes en la frontera de Chile, cuyos territorios son tal vez los más abundantes del mundo.” (Azara, *Descripción*: 58).

En los ejemplos citados hasta aquí, el discurso de Azara presenta una gran similitud con otros textos de la época que concentran la atención en la protección del territorio frente a otras potencias, la explotación de sus riquezas naturales, la adaptabilidad de ciertas especies animales o vegetales al medio ambiente español, el establecimiento de colonos europeos, etc.

Pratt utiliza el término “anticonquista” para identificar “las estrategias de representación por medio de las cuales los sujetos burgueses europeos tratan de declarar su inocencia en el mismo momento en que afirman la hegemonía europea” (Pratt, 1997: 27).

Y qué hace nuestro autor, sino aplicar dichas estrategias discursivas, cuando asegura que esos dominios tienen “el gobierno más suave del mundo” (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 186) o cuando responsabiliza a las ciudades de “engendrar la corrupción de las costumbres” porque es precisamente allí donde existe “aquel aborrecimiento que los criollos o españoles nacidos en América profesan a todo europeo y a su metrópoli [sin valorar] sus muchas ventajas sobre los europeos; pues su país les franquea libertad, igualdad, facilidad de ganar dinero de muchos modos, y aun de comer casi sin trabajo ni costo” (Azara, *Descripción*: 196). Emplea el mismo recurso, cuando explica y, peor aún justifica, los regímenes de explotación y servidumbre a los que eran sometidas las poblaciones autóctonas, como fueron la encomienda, la mita y el yanaconazgo (Azara, *Descripción*: 165-167) o cuando, ante la evidente disminución de la población aborígen, aduce que los primeros padrones registraban un número de “indios sometidos” menor que el actual, lo que indica que “no los han exterminado la avaricia y crueldad españolas” (Azara, *Descripción*: 9); también cuando considera que la convivencia de criollos y aborígenes con los europeos puede civilizarlos, como se deduce del informe redactado por el virrey, marqués de Avilés¹⁵, en el que explica que Azara, luego de fundar Batoví, está poblando la futura villa de Esperanza con blancos e “indios libres que pasaron a agregarse, teniendo todos sus correspondientes suertes de tierras” (González, 1943: LXXII). El virrey agrega que:

[...] siendo nuestros pobladores casi bárbaros, o muy mal habituados, ha tenido por conveniente el señor Azara, admitir entre ellos algunas familias portuguesas honradas, laboriosas y de mejores costumbres, para que a su ejemplo o por emulación se hagan de mejor conducta. (González, 1943: LXXII)

Sin embargo, y aunque estamos explorando su perfil más previsible, encontramos en Azara, funcionario del imperio, ciertas actitudes que se apartan de las prácticas establecidas hasta entonces como sucede cuando no duda en recibir en sus poblaciones a los indígenas que quieran

¹⁵ Marqués Gabriel de Avilés (Oviedo, 1730 – Valparaíso, 1810): pasó la mayor parte de su vida en América del Sur, desempeñando cargos militares y administrativos en Perú, Chile y Buenos Aires. Fue virrey de Buenos Aires desde el 14 de marzo de 1799 hasta el 20 de mayo de 1801 cuando entregó el mando a su sucesor, Joaquín del Pino, para asumir el cargo de virrey del Perú. El texto al que hacemos referencia es un documento que contiene la relación que el virrey hizo de su gobierno, fechado el 20 de mayo de 1801. Este informe, remitido al rey por el marqués de Avilés al término de su mandato, se conserva en el Real y Supremo Consejo de Indias (*Viajes*, vol.I, 32-35).

habitarlas, cuando designa animales y plantas con sus nombres aborígenes o prefiere las voces autóctonas a las españolas para referirse a una localidad.

Cómo acabamos de ver en el informe del marqués de Avilés, Azara acoge a los “indios libres” que quieren habitar el pueblo, dispensándoles el mismo tratamiento que a los demás colonos y ésta no es una conducta extraordinaria en nuestro colonizador. Encontramos otro ejemplo en el informe que presentara al virrey al cabo de su misión en la frontera sur de Buenos Aires en el que, al proponer la ubicación de los pueblos que se construirán en las tierras conseguidas, insinúa:

Igualmente señalaría tierras, sin precisarle a vivir en la villa, al cacique pampa Miguel Yatigué con su familia, que hace 8 años que vive en Chascomús, donde quiere acabar sus días, y lo mismo digo de cualquier indio que desee vivir entre nosotros, aunque no quiera ser católico. (Azara, *Memoria*: 175-176)

Es importante notar que Azara está dispuesto a acoger a los aborígenes que quieran vivir en las poblaciones habitadas por blancos, sin imponerles vivir en ellas y además, sin condicionar su aceptación a la conversión religiosa.

La actitud de Azara, en estas circunstancias, es bastante novedosa si tenemos en cuenta que, por lo que se puede deducir de los capítulos XVI y XVII de la *Descripción*, los aborígenes y los miembros de otras castas habitaban en sus propios pueblos (Azara, *Descripción*: 207-230). En estos capítulos, dedicados a dar una “breve noticia” sobre los pueblos y parroquias existentes en los gobiernos de Paraguay y de Buenos Aires, el autor especifica (entre otros datos) quiénes residen en ellos. Explica, por ejemplo, que en el gobierno de Paraguay, además de las ciudades principales, hay “treinta y cuatro parroquias de españoles” (Azara, *Descripción*: 208), que el pueblo de *Ytá* “se compone de indios guaraníes” (Azara, *Descripción*: 209) o que el de *Tabapí o Acaai* “se compone de trescientos treinta y ocho mestizos y mulatos libres” (Azara, *Descripción*: 210), que San Jerónimo “es de indios abipones” y San Francisco Javier de “indios mocobis”, estos dos últimos, en el “gobierno de Buenos Aires” (Azara, *Descripción*: 226).

El hecho de que los habitantes de un pueblo pertenezcan todos a la misma etnia o casta se explica por los procedimientos y motivos que guiaban las fundaciones. Acerca del pueblo de Emboscada, Azara dice que:

El gobernador don Rafael de la Moneda sacó de las casas españolas donde estaban en amparo una porción de negros y mulatos; con ellos formó este pueblo para que fuese antemural contra las invasiones de los albayas. (Azara, *Descripción*: 215)

O de *Caiastá* :

Una tropa española que sorprendió una porción de indios charrúas y minuanes, los expatrió y formó con ellos este pueblo. (Azara, *Descripción*: 215)

Muchos de estos pueblos eran erigidos por los jesuitas para proteger a los indígenas de las persecuciones de los portugueses, pero muchos otros eran creados por iniciativa y en beneficio de los españoles que, de esa manera, obtenían mano de obra casi gratuita. Azara lo señala refiriéndose a la fundación de Loreto, en esta cita, y lo reitera en numerosas fundaciones:

Se fundó este pueblo, el siguiente y once más junto al río Paranapané de la provincia del Guairá. Se repartieron sus indios guaraníes en Encomiendas. (Azara, *Descripción*: 214)

Otra actitud que establece un contraste entre Azara, capitán de fragata de la marina española, y otros marinos y funcionarios, reside en su elección de designar a las especies animales y vegetales, desconocidas para él, con los nombres en lenguas autóctonas. Esta innovación es una de las causas por las que sus primeros envíos de aves y animales no fueran valorados en su patria. Aunque también es cierto que, mucho más tarde, su preservación del lenguaje que se usaba en esa porción del mundo americano, lo convertiría en una referencia lexicográfica para Paraguay y el Río de la Plata.

En *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...*, presenta cada ejemplar con un número y su nombre guaraní, agregando, a continuación, otros nombres que lo identifican:

Nº 1. *Mborebí*: Así lo llaman los Guaraníes; estos Españoles *Gran bestia* y los Portugueses *Anta* (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 1).

Nº 10. *Yaguareté*: le llamaban *yaguá* los Guaraníes, pero como aplicasen este nombre al perro cuando le trajeron los Españoles, se lo mudaron [...] llamándole *Yaguareté*. Algunos Guaraníes le denominan *Yaguá-pará* (*Yaguá* manchado); estos Españoles *Tigre*; y los Portugueses *onza pintada*. (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 91-92)

Algunos de los animales catalogados por Azara han conservado su nombre autóctono, como en el caso del *Yaguareté*, mientras que otros fueron rebautizados, como el *mborebí*, que se conoce actualmente como tapir, por ser el nombre con que los miembros de la expedición de La Condamine habían catalogado un ejemplar observado en Brasil (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 7).

En cuanto a las aves, como Azara “les dio los nombres vulgares”, con las que eran conocidas por “los indígenas y algunos españoles”, posteriormente el ornitólogo Vieillot “las ordenó y les dio el verdadero nombre científico aplicando la nomenclatura de Linneo” y creando nuevos géneros en base a las descripciones realizadas por Azara (Pereyra, 1945:13).

Al escribir, Azara es consciente de estar representando un mundo desconocido para sus lectores europeos (e incluso para los de otras regiones del continente). Por eso, y como lo señala la lingüista Ursula Kühl de Mones, no usa directamente las voces americanas, sino que, “con una conciencia lingüística aguda, las explica y define” antes de emplearlas en su texto (Kühl de Mones, 1997: 61). Según ella, Azara se vale de tres procedimientos diferentes, para explicar las palabras desconocidas:

- utiliza el verbo “ser” para introducir una definición descriptiva:

Bolas: “[...] son tres piedras redondas como el puño, forradas separadamente con piel de vaca o caballo, y unidas las tres a un punto o centro común por cordones de piel gruesos como el dedo, y largos cinco palmos. Toman con la mano la una, que es algo menor, y haciendo girar las dos restantes sobre la cabeza hasta tomar violencia, despiden las tres, [...] y matan del golpe o se enredan en las piernas, cuello o cuerpo del hombre o animal sin permitirle escape ni defensa” (Azara, *Descripción*: 118).

- recurre a un sinónimo:

Bombero: “algunos *bomberos* o exploradores” (Azara, *Descripción*: 102).

- o emplea formas metalingüísticas como “llaman”, “se llama”, “se da el nombre”, “usan el nombre”, etc.:

Toldo: “[...] por allá llaman *toldo* a la casa o habitación del indio silvestre” (Azara, *Descripción*: 105).

Como ha observado Ursula Kühl, Azara también registra distintas variantes para designar una misma realidad, no contentándose únicamente con el término español (1997: 62-63). Estas variantes pueden ser regionales:

Guirapíta, churrinche: “los Güaranís le llaman *Guirapíta* (pájaro roxo), y en Buenos Ayres Churrinche” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 62).

o propias de un grupo de hablantes:

Indios pampas: “Así llaman los españoles a esta nación porque vive errante en las Pampas o grandes llanuras entre los treinta y seis y treinta y nueve grados de latitud, pero los conquistadores del país los llamaron *querandís*. Ellos mismos se llaman *puelches*, y aun de otros modos, porque cada trozo de su nación lleva su nombre” (Azara, *Descripción*: 113).

En ciertas oportunidades, repara en que los españoles “aplican voces peninsulares a fenómenos americanos” (Kühl de Mones, 1997: 63) que guardan semejanzas con otros conocidos en Europa. Para evitar confusiones, Azara hace la correspondiente aclaración:

Quiyá: “los Españoles la llaman Nutria; pero no lo es, ni de su familia” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 63).

Sucedee, a veces, que ni siquiera los habitantes del lugar tienen un nombre apropiado para designar lo que Azara quiere describir (Kühl de Mones, 1997: 63). Sólo entonces él lo bautiza con el nombre que considera adecuado:

Espátula: “Aunque en realidad no tiene nombre propio, algunos Guaranís le llaman *Güirápitá* (ave roxa), y otros *Güiratí* (ave blanca). Yo le doy el nombre con relación a su pico” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 64).

Por la meticulosidad y didactismo con que este autor recupera y explica el vocabulario rioplatense, “Azara con su *Descripción*, ha sido incluido por la Real Academia Española en el Catálogo de los escritores que pueden servir de autoridad en el uso de los vocablos y de las frases de la lengua castellana” (Granada, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 64)

Otro ejemplo de la perspectiva poco convencional de Azara que se traduce en su uso de la lengua está en que siempre que alude a la población fundada por él en la frontera norte de la Banda Oriental, la llama “Batoví”, aunque sabemos que la bautizó como San Gabriel de Batoví porque el virrey firmó el decreto un 18 de mayo, fecha en que la Iglesia conmemora al arcángel Gabriel (Azara, *Memoria*: 1-25). En lugar del nombre eurocristiano, él prefiere utilizar la voz guaraní.

Como podemos constatar en las situaciones antes descritas, Azara no parece estar guiado por la aspiración de nombrar para tomar posesión en nombre de la Corona, utilizando ese medio como una fuente de poder, sino más bien por la de conservar todo (incluso la lengua) lo más intacto posible, limitando su intervención a lo estrictamente necesario.

El naturalista aficionado

Mary Louise Pratt considera que, en la primera mitad del siglo XVIII, tienen lugar ciertos hechos que producen un cambio trascendente en la concepción que Europa tenía de sí misma y de sus relaciones con el resto del mundo. El primero de ellos es la publicación de *Sistema Naturae* (en 1735) de Carl Linneo, en el que el naturalista sueco propone un sistema de clasificación que permitía categorizar todos los vegetales del planeta, aún los que eran desconocidos para la ciencia de la época. El segundo es la organización, también en 1735, de la primera expedición científica europea, un emprendimiento conjunto que pretendía determinar la forma exacta de la Tierra (Pratt, 1997: 38).

La importancia de la expedición de La Condamine, ya que de ella se trata, reside en el hecho de haber dado a conocer “otras partes del mundo” al imaginario europeo (Pratt, 1997:43) originando una nueva “conciencia planetaria” (Pratt, 1997: 61). A partir de este viaje, las expediciones adoptarán “una nueva orientación hacia la exploración y documentación de las tierras interiores continentales” en contraste con las expediciones marítimas, que durante trescientos años exploraran únicamente las costas del mundo (Pratt, 1997: 51). Además, y a partir de ese momento, la historia natural será el modelo discursivo por excelencia utilizado para construir y vehicular un paradigma de significación globalizado (Pratt, 1997:52), introduciendo un cambio trascendente tanto en los viajes como en la literatura que de ellos emana. A partir de ese momento, el interés por la recolección, denominación e inventario de nuevas especies así como el reconocimiento de los ejemplares ya conocidos, formará parte de todas las expediciones, ocupará a todos los viajeros y será incluida en todos los relatos de viajes.

El interés y sistematización en el ordenamiento de especies naturales que se generaliza en estos momentos, no excluye la larga tradición hispana de inventario de la naturaleza que se inicia con Cristóbal Colón y su construcción de América como cornucopia paradisíaca. El descubrimiento de las Indias genera, desde el comienzo, una enorme cantidad de documentos de todo tipo (cartas, órdenes, provisiones, cédulas, relaciones, etc.) relacionados con el hallazgo, administración y control de las nuevas tierras, entre los que se elaboraron instrucciones (práctica común en la Europa del siglo XVI) “que indicaban, a navegantes y descubridores, los aspectos esenciales en que debían fijarse cuando realizaban sus viajes” (Álvarez Peláez, 1993: 144). El sistema de instrucciones, cuestionarios y memorias adquiere mayor automatización y complejidad con el transcurso del tiempo (Álvarez Peláez, 1993: 145), ya que continúa siendo una técnica documental muy utilizada en los siglos siguientes, para organizar las informaciones que se

querían obtener, cualquiera fuese el campo de conocimiento: religioso, político, social o relativo a la historia natural (Álvarez Peláez, 1993: 146).

Como hemos visto, la expedición de Azara no es ajena a esta realidad. Sus miembros, a pesar de estar asignados a una misión militar y diplomática muy importante tienen, entre sus instrucciones, la de contribuir al conocimiento de la historia natural del virreinato. Encontramos la explicación de dichas órdenes en los principios científicos de la Ilustración y el Despotismo Ilustrado que sustentaban la instrucción y la actividad burocrática basándose en “la convicción de que las leyes para la buena administración de la sociedad estaban en el libro sagrado de la naturaleza y ellas se obtienen mediante la observación directa de sus procesos, no de la lógica deductiva de los libros autoritarios del escolasticismo” (Vidal, 1985: 151).

El cúmulo de datos obtenidos como resultado de las actividades de observación del medio natural requiere de métodos que permitan su ordenamiento. El sistema de Linneo es sólo uno de los “esquemas de clasificación totalizadores que se fundieron a mediados del siglo XVIII para formar la disciplina llamada ‘historia natural’” (Pratt, 1997: 58). Casi al mismo tiempo que la versión de Linneo, surgen la *Histoire naturelle* de Buffon, que empezó a aparecer en 1749, o la *Familles des plantes* publicada por Adanson¹⁶, en 1763. Aunque estos escritores proponían sistemas que diferían del formulado por Linneo en aspectos fundamentales, todos contribuyeron al “proyecto totalizador de clasificación que distingue a este período” (Pratt, 1997: 58).

Félix de Azara, “demuestra participar del espíritu ilustrado del siglo, ansioso por racionalizar su entorno mediante la observación empírica” (Ocampos Caballero, 1999: 121). Dado el nivel alcanzado por los trabajos de Azara, es importante observar las circunstancias bajo las cuales estos fueron realizados.

Debiendo superar sus escasos conocimientos en ciencias naturales, recorrer kilómetros de selvas y esteros, ríos, sierras y llanuras, enfrentar peligros y dificultades de todo orden, pero guiado por una gran perspicacia y un incomparable poder de observación, logra reunir el corpus de conocimientos más completos sobre la flora y fauna de la región, especialmente sobre los mamíferos y las aves.

No caben dudas de la soledad y aislamiento experimentados por nuestro naturalista circunstancial, especialmente en los años paraguayos, en los que efectúa su tarea taxonómica, a pesar de la oposición de Glick & Quinlan a este argumento (1975). Prueba de ello es que recibe

¹⁶ Michel Adanson (Aix-en-Provence, 1727 - París, 1806): en 1748, este naturalista francés emprende un viaje a Senegal del que regresa con una inmensa colección de animales y plantas que le permiten publicar, en 1757, su *Histoire naturelle du Sénégal*. En 1763 publica *Familles de plantes* que propone una nueva nomenclatura y un método de clasificación que él considera “natural”, en contraposición a los “artificiales” de Linneo, Tournefort o John Ray.

su única fuente bibliográfica casi 15 años después de su llegada al Río de la Plata. Entre tanto, el Padre Pedro Blas Nosedá, sacerdote de la antigua misión jesuítica San Ignacio Guazú, fue su interlocutor casi exclusivo y gran colaborador en materia de aves y cuadrúpedos, aunque no fue él quien infundió a Azara el interés por los pájaros, como afirman Glick & Quinlan (1975:71), sino Azara quien, animado por el interés que Nosedá demostraba, le enseña su método de examen y clasificación de aves (no antes de 1788), basándose en el cual el sacerdote describe 70 pájaros de los cuales sólo 10 eran nuevos para Azara. Nuestro autor utiliza las descripciones hechas por Nosedá de estos 10 pájaros y de otras 5 aves que conocía pero no había descrito aún (Beddall, 1983: 230).

Evidentemente, Azara desea sistematizar sus observaciones siguiendo un método reconocido por los círculos científicos europeos. Prueban su intención el interés por consultar la obra del conde de Buffon y la posterior reestructuración de sus textos en base al método utilizado por el reconocido naturalista francés; el haber aceptado la oferta de Antonio de Pineda, naturalista principal de la expedición Malaspina, para completar su obra zoológica usando la nomenclatura binomial de Linneo (lo que no llega a concretarse) o, mucho más tarde, el comparar sus animales con los expuestos en los museos europeos para confirmar sus juicios.

La carencia de una estructura científica donde apoyar sus investigaciones naturalistas no le impide recopilar unos conocimientos empíricos que atraviesan las fronteras de la Ilustración constituyéndose en fuente insoslayable para los científicos europeos del siglo XIX entre los que destacan D'Orbigny¹⁷, Darwin¹⁸ y Burmeister¹⁹, entre muchos otros.

Álvarez López ha observado que, mientras Darwin cita repetidamente a Azara en su *Viaje de un naturalista alrededor del Mundo*, alude a él con mucha menor frecuencia en *El origen de las especies* y hasta “parece ignorar u omitir deliberadamente las coincidencias de éste con sus puntos de vista fundamentales” (1935: 78). Aunque, como señala este autor, Darwin pretenda, a veces, que la influencia de las ideas de Azara en sus reflexiones sobre las especies pase inadvertida, no es menos cierto que suele introducir sus referencias a nuestro autor con frases elogiosas como: “To these observations I may add, on the high authority of Azara [...]” (Darwin,

¹⁷ Alcide Charles Victor Marie Dessalines D'Orbigny (Couëron, 1802 – Pierrefitte-sur-Seine, 1857): naturalista y viajero francés, célebre por su obra *Voyage dans l'Amérique méridionale*, en nueve volúmenes y por sus trabajos sobre paleontología.

¹⁸ Charles Robert Darwin (Shrewsbury, 1802 – Down, 1889): destacado naturalista y viajero inglés que sentó las bases de la moderna teoría evolutiva, al plantear el concepto de que todas las formas de vida se han desarrollado a través de un lento proceso de selección natural.

¹⁹ Karl Hermann Konrad Burmeister (Stralsund, 1807 – Buenos Aires, 1892): reconocido científico y viajero alemán, discípulo de Humboldt, que realizó importantes investigaciones sobre zoología, paleontología y geología, tanto en Europa como en América. En 1850 visita Brasil y entre 1856 y 1860 recorre Argentina, Uruguay y Chile para establecerse finalmente en Argentina y aceptar el cargo de director del Museo de Buenos Aires.

cit. en Mones y Klappenbach: 38 / Marre, 2000); también “Azara [...] is generally esteemed as an accurate observer” o “Still less can I doubt the account given by Azara of its general habits of life [...]” (Darwin, cit. en Mones y Klappenbach: 38).²⁰

Por su parte, tanto Burmeister como Alcide D’Orbigny recurren frecuentemente a la autoridad de Azara para reforzar sus enunciados, confiados en la veracidad del naturalista aragonés. D’Orbigny da prueba de la significación y la exactitud de la obra de Azara, diciendo:

[...] le Voyage de Don Félix D’Azara dans l’Amérique méridionale fixe naturellement notre attention, et nous donna l’idée la plus favorable de la rectitude de jugement et de la bonne foi de son auteur. Longtemps avant de notre départ pour l’Amérique, nous avions beaucoup étudié Félix de Azara ; et quand, plus tard, notre destinée nous entraîna sur le théâtre même de ses observations, notre premier soin fut de vérifier, le livre d’Azara à la main, toutes ses allégations, dont plusieurs, en Europe, étaient regardées comme fabuleuses. Ayant toujours considéré cet écrivain comme un observateur aussi exact que consciencieux de tous les animaux qu’il a vus, nous reconnûmes bientôt, non sans une secrète jouissance d’amour propre, que nous ne nous en étions pas le moins du monde exagéré le mérite ; plus particulièrement en ce qui concerne ses remarques sur les mœurs et sur les habitudes des animaux, ainsi que les parties secondaires de ses groupes. C’est une justice qui lui est due ; justice que, bien que tardive, doit le replacer au rang des observateurs les plus distingués. (D’Orbigny, cit. en Mones y Klappenbach : 37)

La guía que le proporciona la *Histoire naturelle* de Buffon no le impide conservar su independencia intelectual. A medida que Azara va conformando su propia estructura científica, basada en la observación y posterior reflexión sobre los fenómenos observados, comienza a poner en duda las teorías que sustentaban la labor de Buffon y los demás naturalistas de la época.

Siguiendo la idea directriz del siglo XVIII, Azara parte de la teoría creacionista por la que el universo tuvo su origen en un acto divino del que surgieron todos los elementos que lo componen. Sin embargo, sus estudios de los seres vivos lo llevan a creer que eso es válido únicamente para la materia inanimada pero que la fauna es producto de una “creación instantánea” y “múltiple”, en la que parejas iguales fueron colocadas en distintos parajes del mundo (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222) ya que, por causas diversas que él expone, muchas de ellas no pudieron originarse en el Viejo Mundo y colonizar luego el continente americano. Además, basándose en los hábitos alimenticios de los animales, esboza la teoría de las “creaciones sucesivas” porque,

²⁰ “A estas observaciones debo añadir, sobre la base de la alta autoridad de Azara [...]”, también “Azara es por todos estimado como un agudo observador [...]” o “Menos aún puedo dudar de la información dada por Azara sobre sus hábitos generales de vida [...]”.

[...] si la creación que concierne a la zoología hubiera sido instantánea y de una sola pareja de cada especie, ¿quién hubiera podido proveer y alimentar a las que no viven más que a expensas de otras? Se hubieran muerto de hambre o hubieran exterminado a las que les sirven de alimento. (Azara, *Viajes*, Vol. I: 221)

Azara da respuesta a este interrogante diciendo que:

[...] el hombre, el jagueté, el león, el tigre, etc., habrían sido creados posteriormente, después de un lapso de años y aún de siglos, indispensables para que las especies destinadas a ser sacrificadas hubieran podido multiplicarse en suficiente número para alimentar a las otras. (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222)

La misma ideología sostiene que las especies se han mantenido inalterables desde su origen. Sin embargo, Azara no está totalmente de acuerdo con un modelo biológico fijista que no puede explicar la existencia de “variaciones” de color, forma, dimensión y otras características que le han generado no pocas dudas en el momento de determinar a qué especie pertenecía el ejemplar estudiado. Él interpreta que la “creación sucesiva” es un proceso continuo, gracias al cual, “la Naturaleza produce todos los días nuevos tipos de especies ya conocidas” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 135).

Esta actividad constante de la Naturaleza “explicaría la aparición y multiplicación anormal de ciertas especies, conectando directamente con ese mundo casi mágico conformado por la generación espontánea” (Galera Gómez, 1990: 23), rechazada por algunos ilustrados y adoptada por otros, como en el caso de Buffon. Azara, siguiendo a este último, “hace responsable a la creación diaria de acontecimientos tan diversos y diferentes como el nacimiento de especímenes vegetales parásitos en formaciones arbóreas nuevas, las modificaciones faunísticas y florales promovidas por la invasión humana, el brote de plagas y la propia generación espontánea” (Galera Gómez, 1990: 23).

Nuestro autor, al explicar el origen de las especies combinando sus conceptos de “creación sucesiva con la multiplicidad de tipos o parejas en cada especie”, en base a lo que “la existencia local de los insectos, de las aves y de los cuadrúpedos parecen indicar” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222), esboza una “teoría controvertida que intenta explicar el génesis de la vida uniendo el dogma religioso junto a unos hechos empíricos a los que, como buen ilustrado, no está dispuesto a renunciar” (Galera Gómez, 1990: 23). La teoría azariana, aunque con evidentes errores, significa un importante avance sobre el modelo creacionista que no permitía explicar las alteraciones que se producían en la naturaleza. Su deseo de conciliar ciencia y religión le impide avanzar hacia los mecanismos de selección natural y evolucionismo pero, al hacer públicas las

constataciones que surgen de su trabajo de terreno, y que contradicen las teorías vigentes, contribuye a “[...] destruir errores, despertar la atención de los sabios y excitarlos a esclarecer la verdad [...]” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 159), motivaciones que él ha identificado, en otras circunstancias, como motores de su labor botánica y zoológica.

Regresando a Mary Louise Pratt, ella señala que “con el establecimiento del proyecto global de clasificación, la observación y catalogación de la naturaleza se tornó narrable” (Pratt, 1997: 58). Además, junto a la posibilidad de utilizar la naturaleza como trama argumental, se afianza el modelo discursivo cuya fuerza ideológica ha perdurado hasta hoy: una narrativa de “anticonquista”, a la que nos hemos referido con anterioridad, y en la que “el naturalista naturaliza la presencia y la autoridad globales de la Europa burguesa” (Pratt, 1997: 58).

Para algunos autores, es el método de trabajo que aplica la historia natural el que contribuye a afianzar el proyecto imperialista de Europa. Ésta no se contenta con describir el planeta tal como lo ve porque considera que las distintas especies que lo habitan han sido colocadas en el mundo de manera anárquica. Michel Foucault cree que, justamente, la historia natural tiene su origen en la necesidad de ordenar una naturaleza que se presenta ante nuestros ojos, “à la fois déchiqueté [...] et brouillé, puisque l’espace réel, géographique et terrestre, où nous nous trouvons, nous montre les êtres enchevêtrés les uns avec les autres, dans un ordre qui, par rapport à la grande nappe des *taxinomies*, n’est rien de plus que hasard, désordre ou perturbation” (2002 : 161)

Por eso, los sistemas clasificatorios del siglo XVIII emprenden la tarea de redistribuir a todas las especies del planeta, sacándolas de su enmarañado hábitat para colocarlas “en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito” (Pratt, 1997: 64). Y aunque la historia natural no pueda considerarse expresamente transformadora porque no se propone cambiarle nada al mundo, Pratt afirma que “el acto de nombrar de la historia natural es más directamente transformador [que el de la literatura de viajes y exploración], porque saca a todas las cosas del mundo y las reorganiza dentro de una nueva formación de pensamiento cuyo valor radica, precisamente, en ser diferente del caótico original. Aquí el nombrar, el representar y el reclamar son una sola cosa; el acto de nombrar produce la realidad del orden” (Pratt, 1997: 67-68).

Nuestro naturalista original, como él suele definirse, se destaca de sus contemporáneos, además de por la extrema meticulosidad de sus descripciones, por la atención que presta al hábitat en que se desarrollan los ejemplares que estudia. Clasifica y ordena sus especies cuidando, al

mismo tiempo, de dejar constancia de la posición geográfica que ocupan, del medio ambiente en que se desarrollan, y de sus costumbres e interacciones, en el caso de los animales.

A veces indica la ubicación geográfica de un tipo de vegetación diciendo, por ejemplo, que:

Todos los bosques que hay desde el Río de la Plata hasta Misiones, están en las orillas de los ríos y arroyos, donde la población los va exterminando; pero en las citadas Misiones y en seguida hacia el Norte del Paraguay, se encuentran ya bosques muy grandes con árboles muy diferentes de los citados; y no solo en los arroyos y ríos sino también en lomas y serrezuelas. (Azara, *Descripción*: 43)

O se refiere a una especie, en particular, como en el caso de:

[...] los cedros del monte grande entre los 29 y 30 grados de latitud, aunque criados en tierras alomadas, no tienen la fortaleza y duración que los cedros del Paraguay. (Azara, *Descripción*: 44)

Cuando describe a los animales, agrega informaciones sobre sus costumbres. En esta cita, nos informa que:

El *curuyú* es un culebrón que asusta, torpe en tierra, no en el agua, bobo, que no muerde, y que habita en los ríos y lagos o sus inmediaciones, sin pasar, que yo sepa, al Sur de los 31 grados de latitud. Dicen que sube por el timón a las embarcaciones a comerse las gallinas y la galleta, y que por el olfato sigue los barcos: más lo que yo creo comerá principalmente, son pescados, apereás y acaso pequeñas nutrias, quiyás y capibaras, porque son los manjares que tiene más a la mano. Cuando está satisfecho, suele subirse a un arbusto, y colgándose por la mitad de cada lado de una rama, toma el sol durmiendo. El mayor que he visto sería del grueso de una pantorrilla delgada y larga como cuatro varas, bien manchado de blanco amarillazo y de negro... (Azara, *Descripción*: 85)

En la mayoría de los casos, también menciona el modo de reproducción de la especie y el número de hijos que suelen tener, lo que no encontramos en la descripción del *curuyú* porque ya lo ha mencionado en párrafos anteriores, al comparar a las culebras con las víboras.

Toda su obra evidencia la importancia que Azara adjudica a la distribución geográfica de las especies vegetales o animales que forman su colección, como consecuencia, quizás, de su capacitación como geógrafo. Por esta constante preocupación, presente en su experiencia directa sobre el terreno tanto como en sus sorprendentes conjeturas, puede considerarse que Azara, con sus limitados conocimientos biológicos y sin proponérselo, se erige en “verdadero precursor de la biogeografía, tal como la concebimos hoy” (Vergara, 2001).

El antropólogo

No sólo la flora y la fauna de estas tierras tan poco exploradas por los europeos cautivan la atención de Azara. Llevado por su espíritu investigador y por una particular curiosidad sobre el tema, Azara comienza a tomar notas, en su diario de viajes, sobre los habitantes autóctonos del Río de la Plata. Las mismas irán adquiriendo importancia y volumen hasta convertirse en un aporte sin precedentes a la antropología y etnología de la región.

Alabando su tarea antropológica, el reconocido naturalista y viajero alemán, Karl Burmeister señala que “la description la plus détaillée des nations indiennes qui habitent la République Argentine et le Paraguay, se trouve dans le *Voyage* de Félix Azara [...] et surtout dans son *Historia del Paraguay* [se refiere a la *Descripción*]” (Burmeister, cit. en Mones y Klappenbach, 1997 :59-60).

Por su parte, Alcide D’Orbigny, otro importante naturalista y viajero francés, que a principios del siglo XIX, recorre las tierras del que fuera el Virreinato del Río de la Plata, destaca la escasez de informaciones disponibles sobre el cono sur, declarando que “...tout le reste de ce vaste continent [Amérique du Sud] et surtout les parties australes, restait presque entièrement inconnus sous ce rapport; car Azara, le seul auteur qui en eût parlé comme observateur, n’a décrit que les naturels du Paraguay ou du voisinage de cette contrée...” (D’Orbigny, cit. en Mones y Klappenbach, 1997 :60).

En la *Descripción*, Félix de Azara dedica el capítulo X a enumerar 38 “naciones” autóctonas diferentes que pueblan la porción del virreinato explorada en sus viajes, y a tratar distintos aspectos que caracterizan a cada grupo. Informa sobre la situación geográfica que ocupan (y si se trasladaron de su región originaria por enfrentamientos con los españoles, portugueses u otras tribus), el número y aspecto físico de los individuos que lo integran, su lenguaje, formas de gobierno, interacciones con otros habitantes del territorio, tipos de vivienda, comportamientos sociales y familiares, vestimenta, prácticas de caza y pesca, medicinales y guerreras, ritos festivos relacionados con distintas etapas de la vida (nacimiento, pubertad, etc.) y funerarios.

Como en todo sus trabajos, Azara cuida de corroborar los datos con sus propias observaciones. Muy raramente anota informaciones que conoce sólo por referencias, si las juzga importantes y considera su fuente confiable, declarando siempre su procedencia. Como consecuencia, algunos de los aspectos mencionados (situación geográfica, aspecto físico,

lenguaje, etc.) aparecen, casi sistemáticamente, en todas sus descripciones y otros, más difíciles de comprobar, son incluidos con más irregularidad.

En el capítulo XI, escribe consideraciones generales sobre los indígenas que viven libremente y conservan sus costumbres ancestrales, muchas de las cuales explica detalladamente. Señala que todas las naciones que describe estaban a la llegada de los españoles, y aún lo están, “compuestas de individuos que vivían de la caza, de la pesca y de la agricultura, y ninguna llevaba vida pastoril porque los cuadrúpedos y aves domésticas les eran del todo desconocidos” (Azara, *Viajes*, vol II: 91). A continuación, establece un vínculo entre los medios de subsistencia y las características y comportamientos de los individuos, al decir que las naciones cazadoras eran las de “mayor estatura” y “bellas proporciones” además de “las más errantes, holgazanas, fuertes, soberbias e indómitas”; las pescadoras eran un poco “menos errantes” y “algo más bajas pero también guerreras, fuertes, indómitas, y más ágiles, astutas y pérfidas”, siendo las agricultoras “las menos andariegas, las más bondadosas y pacíficas. Entre estas últimas –agrega– hay algunas de buena estatura, pero también otras que son las más bajas, feas y en todo las más pusilánimes y despreciables” (Azara, *Descripción*: 161).

Si consideramos que para el pensamiento ilustrado, “la sociedad se concibe como superación de la barbarie primitiva de los atrasados grupos de cazadores y pescadores que vivían en comunión con la naturaleza” porque la evolución del hombre consiste en un ascenso continuo que lo separa del orden primitivo aumentando, a la vez, su dominio sobre el mundo físico (Urteaga, 1987: 29), el último comentario de Azara resulta desorientador y más aún teniendo en cuenta que no constituye un episodio aislado. Recurrentemente, Azara elogia a las naciones cuyos hombres se ocupan únicamente de la caza y las actividades bélicas, poniendo continuamente a prueba su coraje al enfrentar peligros y animales feroces, en detrimento de aquellas en las que los hombres viven pacíficamente, dedicados a la agricultura o la cría de algún tipo de ganado.

Dispuesto a encarar el segmento antropológico de su trabajo tan metódicamente como el resto del mismo, clasifica los distintos grupos étnicos, a los que denomina “naciones”, teniendo en cuenta su ubicación, características y costumbres. Define su concepto puntualizando que llamará “nación a cualquiera congregación de indios que tengan el mismo espíritu, formas y costumbres, con idioma propio...” (Azara, *Descripción*: 100), sin tener en cuenta el número de individuos que la constituyan “porque esto no es carácter nacional”. Aclara que para asegurarse de “la diversidad de idiomas y de naciones” se valió de “indios y de españoles que entendían las lenguas *albaya*, *payaguá* y otras, o que habían tratado con muchas naciones” (Azara, *Descripción*: 100).

Justifica su interés por conocer a los aborígenes y su determinación de preservar y transmitir ese conocimiento, aclarando :

Aunque el hombre sea incomprensible y más el indio silvestre, porque no escribe, habla muy poco en idioma desconocido [...] y porque no opera sino lo que le ordenan las pocas necesidades que experimenta: con todo como el indio por más bárbaro que sea, es la parte principal y más interesante de América, creo deber poner aquí algunas observaciones que hice sobre bastantes naciones de indios silvestres o libres que no están, ni jamás han estado sujetas a los españoles, ni a ningún imperio. (Azara, *Descripción*: 99)

Se propone aportar informaciones tanto sobre aquellas naciones existentes como sobre las que no llegó a conocer y así lo indica en el capítulo X:

He vivido largas temporadas con algunas de aquellas naciones y con otras menos: aun hablaré [...] de algunas que no he visto, valiéndome de las mejores noticias que pude procurarme. De modo que me he propuesto hacer saber el número y la situación de casi todas las naciones que hay y ha habido en aquel país... (Azara, *Descripción*: 99)

Toma esta decisión al comprobar que las relaciones “hechas por los conquistadores, multiplican el número de naciones y de indios, con la idea de dar esplendor a sus hazañas“ y que los historiadores, por su parte, han reproducido estos errores omitiendo, además, “describir aquellas naciones” (Azara, *Descripción*: 99).

En general, Azara representa a los autóctonos, en lo que a la constitución física se refiere, de manera positiva, y especialmente a aquellos de sexo masculino. En su opinión, “todos los indios silvestres son muy robustos, gozan de salud perfecta y no padecen enfermedad particular” (Azara, *Descripción*: 148). El aspecto físico de los individuos es una de las características más importantes, que aparece en la descripción de cada grupo y se centra, sobre todo, en la talla y proporciones corporales, el color de la piel (y a veces de los ojos), el pelo (cabello, barba, etc.) y los órganos sexuales (Alfageme Ortells et al., 1987: 80-81). Azara nos presenta una de sus etnias diciendo:

Regulo la estatura media de los *Charrúas*²¹ una pulgada superior a la española; pero los individuos son más igualados, derechos y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho o defectuoso, ni que peque en gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida, y la fisonomía despejada. Su color se acerca tanto o más al negro que al blanco,

²¹ Nuestras citas hacen, generalmente, alusión a los charrúas porque es uno de los grupos más detalladamente descritos por el autor y uno de los que él toma como referencia para evitar las repeticiones innecesarias al describir otros grupos.

participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara, varoniles y regulares; pero la nariz poco chata y estrecha entre los ojos. Estos, algo pequeños, muy relucientes, negros, nunca de otro color, ni bien abiertos. La vista y el oído doblemente perspicaces que los de los españoles. Los dientes nunca les duelen ni se les caen naturalmente [...], y siempre son blancos y bien puestos. [...]. No tienen barbas [...]. Su cabello es muy tupido, largo, lacio, grueso, negro, jamás de otro color, ni crespo, ni se les cae: solo encanece a medias en edad muy avanzada. La mano y pie algo pequeños y más bien formados que los nuestros. (Azara, *Descripción*: 104)

Las mujeres, en general, no le merecen gran consideración por su escaso apego a la limpieza. Describe sus actividades, explicando que ellas “arman y desarman los toldos, y hacen la cocina que se reduce al asado”, la mayor parte “no hilan [...], nada cultivan [...] jamás lavan su vestido, ni las manos ni cara; pero se bañan alguna vez cuando hace calor. Nunca barren el toldo; son muy puercas, huelen muy mal y también sus casas.” (Azara, *Descripción*: 106). Hay excepciones y una de ellas la constituyen las mujeres *guananas* “que diariamente barren sus casas” (Azara, *Descripción*: 133) y “son muy apreciadas, limpias y activas” (Azara, *Descripción*: 134).

Enfatiza la aptitud combativa de los charrúas (y otros grupos) cuya capacidad como guerreros, según Azara, sobrepasa holgadamente a la de los españoles por su conocimiento del territorio, su sentido de la vista mucho más desarrollado, su capacidad de observar sin ser vistos y escuchar sonidos inaudibles para los españoles, su habilidad como jinetes y como domadores de caballos y sus técnicas de combate (ataques falsos, emboscadas oportunas y fugas fingidas). Esto explica por qué “han derramado los Charrúas hasta hoy más sangre española que los ejércitos del Ynca y de Moctezuma, y sin embargo no llegan en el día a cuatrocientos varones de arma.” (Azara, *Descripción*: 103). Si no fuera porque se contentan con un solo ataque y luego parten, “quizás las campañas al Norte del Río de la Plata no estarían aun pobladas de españoles” (Azara, *Descripción*: 103).

Nuestro autor se enorgullece en destacar el valor como un carácter inherente a casi todas sus naciones, a las que “ningún europeo ha podido someter [...] aunque son muy diminutas” (Azara, *Descripción*: 126) excepto en el caso de los guaraníes quienes, a pesar de ser la nación “más numerosa y extendida del país” (Azara, *Descripción*: 122), es la única que se ha subordinado a los portugueses o españoles porque “la pusilanimidad es el carácter que más resplandece y distingue los guaraníes de las otras naciones” (Azara, *Descripción*: 126). Azara quisiera desentrañar las causas de ese comportamiento, considerando que “es cosa admirable y aun increíble si no se viese, que las naciones Mejicana, Perulera y Guaraní hayan sido las únicas dominadas en América, siendo como son las únicas enormemente extendidas e incomparablemente más numerosas que las que no han querido dejarse dominar” (Azara,

Descripción: 126). Sugiere incluso que “vendría bien hacer aquí un cotejo de las naciones de Méjico y el Perú con la guaraní, las cuales, aunque muy diferentes en idioma y en civilización, se han de parecer en otras cosas” porque han reaccionado del mismo modo frente al avasallamiento de los conquistadores (Azara, *Descripción*: 126).

Por otra parte, señala Azara, las cualidades combativas no hacen de los *charrúas* seres despiadados. Subraya el trato compasivo que dispensan a sus prisioneros, diciendo que cuando atacan a un grupo de españoles, “se arrojan como rayos, matando irremisiblemente cuanto encuentran, menos a las mujeres y a los muchachos menores de como doce años” (Azara, *Descripción*: 103). El que captura mujeres o niños “los lleva a su toldo o choza, y los agrega a su familia, para que le sirvan, dándoles de comer hasta que se casan. Entonces si es mujer se va con su marido, y si es varón forma familia y casa aparte, quedando tan libre e independiente como si fuese charrúa, y es reputado por tal” (Azara, *Descripción*: 103). Agrega que “a esto alude Rui Díaz, lib. I, cap. 3, diciendo que son humanos con los cautivos” (Azara, *Descripción*: 103).

Azara presenta otro ejemplo de la naturaleza compasiva de estos pueblos al referirse a un tipo de esclavitud que los *albayas* ejercen sobre los *guanás* y que comenta así:

Al arribo de los primeros españoles, iban como hoy, voluntariamente porciones grandes de *guanás* a incorporarse con los *albayas*, para cultivarles la tierra y servirles en traer leña, guisar, armar los toldos o casas, cuidar de los caballos, y en lo que les mandan, sin más estipendio que la comida [...] los *albayas* les mandan pocas cosas, [...] y dividen con los *guanás* cuanto tienen [...]. Yo he visto que un *albaya* quería abrigarse con su manta, y viendo que se abrigaba con ella su esclavo, ni aun insinuó que la quería. (Azara, *Descripción*: 135)

En *Viajes por la América Meridional* cierra su comentario con una dura crítica dirigida a Europa: “Es cierto que los *albayas* quieren mucho a todos sus esclavos; jamás les mandan de modo imperioso, nunca les riñen, ni los castigan, ni los venden [...] ¡Qué contraste con el trato que los europeos dan a los africanos!” (Azara, *Viajes*, vol. II: 59-60).

No titubea en asumir la defensa de los indígenas desvirtuando los relatos fantasiosos y las críticas de algunos historiadores, señalando que “la mayor parte de las relaciones e historias” aseguran que “casi todas las citadas naciones eran antropófagas y que en la guerra usaban flechas envenenadas”, afirmación totalmente falsa porque ninguno de esos grupos “come hoy carne humana, ni conoce tal veneno, ni conserva tradición de uno ni otro” a pesar de que “en nada han alterado sus otras costumbres antiguas” (Azara, *Descripción*: 99). Respalda sus afirmaciones diciendo que “Los Charrúas mataron a Juan Díaz de Solís, primer descubridor del Río de la Plata, sin comerle como dice equivocadamente Lozano [...]” (Azara, *Descripción*: 100). Tampoco es

cierto, según él, lo que escribe Martín del Barco Centenera, en su canto 10, acerca de que “desollaban la cara a los enemigos muertos, y que por cada uno se daban una cuchillada” (Azara, *Descripción*: 103).

Es posible observar, incluso, que “su acercamiento a los indios no está exento de afecto” (Alfageme Ortells et al., 1987: 85-86), como se aprecia en sus comentarios a propósito de la casi extinción de los *guaicurús*, causado por la “costumbre bárbara adoptada por sus mujeres que se hacían abortar y sólo conservaban a su último hijo” (Azara, *Viajes*, vol. II: 78). Su aflicción es evidente cuando exclama: “¡Qué lástima ver exterminarse así, por sí mismas, las naciones de mayor talla, las más fuertes, mejor proporcionadas y más bellas que haya en el mundo! Lo más doloroso es que yo no veo posibilidad de poner remedio...” (Azara, *Viajes*, vol. II: 78).

Aunque el estudio de los habitantes del cono sur americano constituye un importante legado de la obra azariana, las interpretaciones del autor le han merecido ciertas críticas. Algunos autores piensan, como lo manifiesta Andrés Galera Gómez, que “el indígena es para Azara un hombre cercano a las formas animales con las que convive” (Galera Gómez, 1990: 25). Galera Gómez respalda sus palabras con una cita extraída del capítulo XI de *Viajes*, en la que Azara explica extensamente el debate sobre los orígenes del hombre americano y desarrolla diversas teorías que intentaban aclararlo. Expresa que los primeros españoles no creían que el hombre americano tuviera el mismo origen que el europeo, sino que se trataba más bien de una especie intermedia entre el hombre y el animal que, aunque semejante físicamente, no poseía la inteligencia ni comprensión suficientes para entender y practicar la religión (Azara, *Viajes*, vol. II: 98). Azara continúa diciendo que, seguramente, los que “tomaron a los indios como simples animales” debieron compararlos con éstos y encontrarlos semejantes:

[...] por la delicadeza de su oído, por la blancura, limpieza y disposición regular de sus dientes; en que no hacen uso de la palabra sino rara vez; en que nunca ríen a carcajadas; en que los dos sexos se unen sin preámbulos ni ceremonias; en que las mujeres dan a luz fácilmente y sin ninguna consecuencia enojosa; en que gozan en todo de entera libertad; en que no reconocen ni superioridad ni autoridad; [...] en que no conocen ni juegos ni danzas, ni cantos, ni instrumentos de música; en que soportan pacientemente la intemperie del cielo y el hambre; en que no beben más que antes o después de la comida, pero nunca mientras comen; [...] en que no saben lavarse ni limpiarse, ni coser; en que no dan instrucción ninguna a sus hijos y algunas naciones matan a los suyos; en que no se ocupan del pasado ni del porvenir; en que mueren sin inquietud por la suerte de sus hijos y mujeres y de cuanto dejan en el mundo, y finalmente, en que no conocen religión ni divinidad de ninguna especie. (Azara, *Viajes*, vol. II: 102)

Aún aceptando que Azara encuentre similitudes entre los animales y el hombre americano, esto no significa necesariamente una expresión de desprecio por su degradación. No olvidemos que, aunque estima y añora el mundo civilizado, también reconoce que tiene sus desventajas como lo demuestra al explicar que, debido al reducido número de individuos que constituyen sus naciones, estas “no han padecido las alteraciones que engendra la muchedumbre en todas las sociedades” (Azara, *Descripción*: 161). En realidad, la representación azariana del hombre sudamericano, más que emparentar al autóctono con los animales nos hace pensar que Azara describe al indígena mediante una construcción tópica que afianza la imagen de la humanidad americana como representante de una nueva Edad de Oro en la que el hombre vive en plena armonía con la naturaleza y recuerda vivamente los textos de Colón o de Pedro Mártir de Anglería (Gómez Moriana, 1990: 61).

Para Azara, todas las características y hábitos mencionados sirven también para distinguir al indígena del hombre europeo, del que el nativo difiere además:

[...]en la superior estatura, igualdad de individuos y elegancia de las formas de muchas naciones [...]: en el color y no tener barbas; en el poco vello y cabello más espeso, firme, largo, grueso, lacio, nunca crespo, y siempre negro: en los ojos más pequeños nunca bien abiertos, y siempre negros y relucientes: en la vista y oído muy superiores: en los dientes más firmes en un país donde se les caen mucho a los españoles: en ser más flemáticos, menos risibles e irascibles, y manifestar menos sus pasiones al exterior: en no gritar ni tener voz gruesa ni sonora: en la menor sensibilidad y aun fecundidad. (Azara, *Descripción*: 163)

Si la filosofía de Azara se sustenta, como sostiene Galera Gómez, en la convicción de que “los organismos tienden siempre a recuperar su forma primigenia” (Galera Gómez, 1990: 15) y que la perfección no se encuentra en el futuro sino en el pasado (remitiendo nuevamente a una Edad de Oro pretérita), las consideraciones vertidas por Azara acerca del hombre americano no deben interpretarse como un intento de crear una brecha infranqueable entre unos seres humanos evolutivamente próximos de los animales y los europeos civilizados, sino más bien como el elogio de “un grupo de hombres y mujeres cuyas cualidades antropológicas están en íntima conexión con la realidad natural a la que pertenecen, en la que viven y de la que sobreviven alejados de la artificiosidad de la sociedad civilizada” (Galera Gómez, 1990: 26). Por otra parte, Azara concluye el capítulo narrando cómo finalmente se decidió que los americanos descendían de Adán y Eva, contrariando a los que defendían la teoría de la creación simultánea de varias parejas distribuidas en distintos puntos geográficos (similar a la usada por Azara en sus suposiciones zoológicas). Azara supone que la teoría fue confirmada al ver “que de la unión de los europeos con las americanas resultaron hijos que tenían la facultad de propagarse, pues el

famoso conde de Buffon y la mayoría de los naturalistas creían que para probar la identidad de una especie basta que de la unión de un macho y una hembra nazcan individuos fecundos” (Azara, *Viajes*, vol. II: 104).

Para eliminar dudas sobre los prejuicios raciales que este obstinado aragonés pudiera alimentar, baste agregar que Azara, extrapolando sus reflexiones sobre las variaciones de color en los animales a la antropología, se aventura a desafiar la pretendida supremacía de la raza blanca, introduciendo la posibilidad de que “originariamente la pigmentación del hombre fue de color negro, a partir de la cual la *causa albina*²² habría dado lugar a la aparición de descendientes blancos, rojos, amarillos y trigueños” (Galera Gómez, 1990: 33). Su experiencia en la observación de pájaros y mamíferos demuestra “que estas mutaciones parecen más frecuentes, y por consiguiente más naturales que las del blanco y rojo en negro. Se corrobora lo mismo sabiendo que los hombres negros son más robustos y vigorosos que los blancos, indicando con esto que son de raza no degenerada” (Azara, cit. en Galera Gómez, 1990: 33) y, por eso mismo, la más cercana a la creación.

Aunque con frecuencia intente minimizar las acciones censurables de los conquistadores, esto no significa que apruebe su proceder inhumano con los pobladores de América, sino únicamente que procura evitarles críticas. Según él, las naciones de indios

[...] son tan indomables, como que ni los heroicos conquistadores pudieron sujetarlas ni adelantar nada con ellas, ni creo posible que nadie lo consiga por otro medio que el de buen trato y comercio, hasta que mezcladas con nosotros, adopten insensiblemente nuestras costumbres, lengua y religión. La fuerza podrá a la larga exterminarlas, mas no domarlas ni persuadirlas. (Azara, *Descripción*: 172)

La posición asimilacionista que adopta en el pasaje que acabamos de ver, consecuente con los planes implementados por la dinastía borbónica, no hace más que confirmar su convicción de que los autóctonos tienen la misma capacidad de aprendizaje que los europeos sin contar con que, físicamente, no exhiben diferencias muy notorias como ha podido comprobarse, por ejemplo, en el caso de los indígenas que se refugiaron junto a los españoles, del ataque de

²² Azara, en total discrepancia con Buffon, niega que la causa de las variaciones de color se deba a influencias climáticas afirmando, en cambio, que “es mucho más sencillo, probable y natural que de dos individuos comunes nazca uno de otro color que se perpetúe; pues esto es cosa que se ve acaecer en muchos y diversos climas, y en el mismo de diversos modos”. Para él, la causa de este cambio es una alteración fisiológica accidental y pasajera, vinculada a la madre, a la que denomina albina (Azara, cit. en Galera Gómez). Esta no altera las formas ni las proporciones; tampoco disminuye la fecundidad (Azara, *Viajes*, vol. I: 224).

otros grupos, y se mezclaron con ellos “de modo que casi todos pasan hoy por tales” (Azara, *Descripción*: 110-111).

No opone objeciones a la unión entre las diferentes razas que habitan el territorio, opinando que “no solo las especies se mejoran con las mezclas, sino también que la europea es más inalterable que la india [y otras], pues a la larga desaparece esta y prevalece con ventajas aquella” (Azara, *Descripción*: 192). Así, por ejemplo, los mestizos “son muy astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formas más elegantes, y aun más blancos, no solo que los criollos o hijos de español y española en América, sino también que los españoles de Europa”, en tanto que los mulatos son “la gente más ágil, activa, robusta, vigorosa, de mayor talento, viveza y travesura” (Azara, *Descripción*: 193).

Concepción Alfageme Ortells compara las observaciones de Azara y las que aparecen en las *Noticias americanas. Entretenimientos físico-históricos*, de Antonio de Ulloa, publicada en Madrid, en 1792, concluyendo que, mientras los datos coinciden de manera sorprendente, existe una total divergencia de opiniones entre ambos autores. Mientras que Azara abunda en comentarios admirativos respecto a los indios y se muestra respetuoso de sus costumbres, aunque a veces lamenta aquellas que encuentra más crueles, Ulloa comenta los mismos hechos con palabras más ofensivas (borrachos, traidores, irracionales), dejando translucir una constante desconfianza hacia el indio (Alfageme Ortells et al., 1987: 94). Una conclusión similar resultaría de cotejar los textos de Azara con los de otros autores como, por ejemplo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra, cuyo retrato de los indígenas es totalmente negativo sea cual fuere el aspecto considerado.

El extranjero maravillado ante la naturaleza

La consideración estética del paisaje no es prioritaria en la literatura de la Ilustración, obsesionada por los principios de utilidad y progreso. No obstante ello, algunas obras de finales de la centuria revelan una “progresiva toma de conciencia de la dimensión subjetiva y estética en la contemplación del territorio” (Urteaga, 1987: 177). Desde la típica visión de un ilustrado, “el paisaje bello es el paisaje humanizado, el terreno ‘hermoseado’ por la acción del hombre. El monte cultivado o los campos labrados son más sugerentes que la naturaleza virgen. El paisaje abrupto resulta indeseable. Estamos, pues, bien lejos de la sensibilidad romántica” (Urteaga, 1987: 181).

Félix de Azara es un viajero ilustrado que, al llegar a Sudamérica, se encuentra confrontado a extensiones nunca vistas y a una naturaleza exuberante y plena de vigor. Es cierto que en varias ocasiones se lamenta de su soledad en esos inmensos desiertos donde no tiene nadie con quien intercambiar impresiones o conocimientos, pero son más numerosas las veces en que, a través de sus escritos, se lo descubre impresionado por las manifestaciones de una naturaleza sin par. En el capítulo IV de la *Descripción*, cuando habla de los principales ríos, advierte:

No extrañaría que me dijese había en el antiguo mundo despeñaderos de agua tanto o más empinados, pero no se hallarán comparables a los descritos, atendidas todas sus circunstancias. En la América es donde se han de buscar los términos, si se quiere hacer el cotejo; porque allí las sierras, los valles, llanuras, ríos, cataratas y todo, son tan grandes, que en su parangón las mismas cosas en Europa deben reputarse miniaturas y muñecos. (Azara, *Descripción*: 32) [Negrilla nuestra]

En su opinión, tampoco existe punto de comparación en América del Norte porque luego de confrontar datos sobre altura, caudal, pendiente, etc. de las cataratas del río Niágara en textos de diferentes autores, concluye diciendo que posiblemente ellas superen en ciertos aspectos a algunas cascadas que él visitó “pero nada es comparable a lo magnífico de la del Paraná” (Azara, *Descripción*: 32), a la que “llaman *Salto de Canendiyu* por un cacique que encontraron allí los primeros españoles, y *Salto de Guairá* por la inmediación a la provincia de este nombre. [...] Es un espantoso despeñadero de agua digno de que le describiesen Virgilio y Homero”, ubicado en el río Paraná, “que tiene allí mucho fondo y 4900 varas de Castilla de anchura medida [...] y que seguramente contiene más agua que muchos juntos de los mayores de Europa” (Azara, *Descripción*: 30). A continuación, Azara describe la cascada de esta manera:

La citada anchura se reduce repentinamente a un solo portillo o canal de 70 varas, por donde entran todas las aguas precipitándose con furia desesperada, como si quisiesen lo que solo ellas podrían intentar con sus enormes masa y velocidad, esto es, dislocar el centro de la tierra y ocasionar la mutación que observan los astrónomos en su eje. Pero no caen las aguas verticalmente como por un balcón o ventana, sino por un plano inclinado 50 grados al horizonte [...]. Los vapores o rocío que se eleva del choque de las aguas contra los muros de roca tajada, y contra algunos peñascos que hay en la misma canal del precipicio se ven en forma de columna de muchas leguas, y [...] forman con el Sol muchos arcos iris vivísimos y trepidantes al compás de la tierra, que se siente temblar bajo de los pies. Los mismos vapores y espumas ocasionan una eterna y copiosa lluvia en los contornos. El ruido se oye de seis leguas, y en las inmediaciones no se encuentra ningún pájaro ni cuadrúpedo. (Azara, *Descripción*: 30)

Estas líneas hablan por sí solas de la emoción y el asombro que suscita en el viajero la imponente catarata de *Canendiyú* o salto del *Guairá*. La visión de un espectáculo tan impresionante inunda su espíritu de sensaciones dispares que infunden mayor expresividad a su escritura, convirtiendo su habitual estilo sencillo y directo en un lenguaje enriquecido estéticamente. Aún así, existen notables diferencias entre la sensibilidad que más tarde mostrará Alexander von Humboldt ante el paisaje y la prosa de Félix de Azara, henchida de términos que realzan, sobre todo, el poder extraordinario de los fenómenos naturales.

Lamentablemente, las predicciones de Azara sobre la transformación del medio natural por parte del hombre se han hecho realidad y aquel “salto prodigioso” que lo hiciera expresarse con tanta elocuencia ha sido reemplazado, a finales de la década del setenta, por la represa de Itaipú (Ocampos Caballero, 1999: 163).

En el ámbito de la zoología, ciertos animales llamaron poderosamente la atención de nuestro perseverante observador. Uno de ellos es un vigoroso mamífero, el *yaguareté*, que Azara considera “la fiera más formidable de América” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 108). De ese felino nos dice que:

Es imposible de domesticar y acaso sea más fuerte y feroz que el león, porque no sólo mata a todo animal, sea el que sea, sino que además tiene bastante fuerza para arrastrar un caballo y un toro entero hasta el bosque donde lo quiere devorar, y también atraviesa a nado cargado con su presa un gran río, como yo lo he visto. (Azara, *Viajes*, vol. I: 166)

Para evitar malentendidos y que su interés en destacar el vigor del animal lo haga ver como sanguinario, puntualiza que el *yaguareté* “no mata más que cuando tiene hambre, y satisfecho su apetito deja pasar sin tocarla a cualquier especie de animal” (Azara, *Viajes*, vol. I: 166). Argumenta también, para rebatir las afirmaciones de otros naturalistas europeos, que el felino “no huye, según dice Buffon, por noticias, de un tizon; pues saca la carne del asador, y estos días se llevó un hombre de entre muchos, que despiertos y hablando, rodeaban una grande fogata. Ni basta un perro, según dicen Herrera y Mafee para cazarlo, ni cien perros juntos le matarían...” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 108).

A partir de estos ejemplos comprobamos que no es el individuo cerebral y formado dentro de los parámetros ilustrados el que se siente impresionado frente a una naturaleza en estado virgen, ante una imponente cascada o un poderoso felino que no representan una utilidad inmediata a su país sino que constituyen obstáculos a los planes de aprovechamiento y progreso de la región. El que los aprecia es un Azara sensible y dispuesto a ampliar su campo visual para

incluir en su valoración elementos o cualidades no comprendidas dentro de su estructurada posición oficial.

La defensa de América

Como se puede comprobar en los pasajes que acabamos de citar y en muchos otros diseminados en toda su obra, Azara se erige frecuentemente en defensor del continente americano, de sus habitantes y de las especies biológicas originarias del amplio territorio reconocido en sus expediciones. Adopta esta actitud, en respuesta a una corriente crítica, surgida en el siglo XVIII, que propugna la inferioridad de América, en conformidad con las interpretaciones de Buffon y Cornelius de Pauw²³, que desencadena lo que Gerbi ha denominado “la disputa del Nuevo Mundo”. La tesis, “fundada en estrictas consideraciones naturalistas, atribuía al clima y a la desusada humedad del mundo americano una serie de consecuencias degenerativas” (Goic, 1988: 475) que hacían que todos los seres vivos del Nuevo Continente fueran inferiores a los europeos y, además, sufrieran un proceso de decadencia. Se pretendía que las condiciones atmosféricas, al ejercer su influencia sobre los seres humanos, hacían de los indios seres “intelectualmente inferiores y físicamente degenerados” y de los criollos “herederos degradados de sus progenitores españoles” (Goic, 1988: 475).

Buffon, al comparar los mamíferos del Antiguo y del Nuevo Mundo, adjudica gran importancia al tamaño de los mismos. En efecto, el que una especie alcance dimensiones considerables le confiere ventajas que favorecen la supervivencia, otorgándole mayor vigor y resistencia a los factores ambientales nocivos. El naturalista francés, en su *Histoire naturelle* (1749-1788), hace hincapié en la inferioridad de las especies americanas, resaltando la ausencia de grandes mamíferos en el subcontinente. Más tarde, en *Les époques de la Terre* (1779), se retracta, argumentando que América era un mundo aún joven e inmaduro en el que las especies no habían tenido el tiempo suficiente para evolucionar (Vergara, 2001). En franca discrepancia con su ilustre contemporáneo, Azara asume enérgicamente la defensa de sus especies sudamericanas, diciendo:

²³ Cornelius de Pauw (1739, Amsterdam - 1799, Xantem): escritor y filósofo holandés cuyas obras suscitaron controversias en el siglo XVIII, por la novedad y atrevimiento de las ideas que proponía. De Pauw expone sus teorías acerca del continente americano en *Recherches philosophiques sur les Américains* o *Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine* acompañada por una *Dissertation sur l'Amérique & les Américains* (Berlín, 1768-1769) y en *Défense de Recherches philosophiques sur les Américains* (1770).

Parece que algunas personas creen que el continente americano no sólo disminuye el tamaño de los animales, sino que además es incapaz de producirlos de la talla de los del antiguo mundo. En cuanto a mí, observo que mi *jagueté* es el más fuerte de toda la familia de los gatos y que no cede a ningún otro por el tamaño; que mis tres primeros ciervos [el *guazú-puco*, el *guazú-ti* y el *guazú-pitá*] no ceden ni a los ciervos ni a los corzos de Europa; ni el *aguará-guazú* al lobo ni al chacal, ni el *aguarachay* a la zorra, ni el *tapití* al conejo, ni los ratones a los de España. Si los monos que describo no se aproximan a los africanos ni los curés al jabalí, en cambio mis hurones exceden a los de África, así como las martas y las fuinas. La nutria no es inferior a la de Europa, ni la vizcacha a la marmota, ni los tatuejos a los pangolines, ni el toro de Montevideo al de Salamanca. (Azara, *Viajes*, vol. I: 216)

Continúa Azara, orgullosamente, haciendo referencia a los fósiles de mamíferos que habitaron esas tierras australes en el período terciario, que nada tenían que envidiarles en tamaño a los animales de otros continentes (y, sin embargo, extinguidos a pesar de su gran tamaño y de los caparzones óseos que les servían de defensa) y a sus descendientes actuales, el *tatuejo gigante*, el *yurumí* y el *capibara*, mucho más pequeños que sus antepasados desaparecidos (Vergara, 2001). Hace notar que:

Si no se encuentra en América un animal comparable al elefante, no se encuentra tampoco en el antiguo mundo otros que teniendo la dentición y boca del conejo sean del tamaño del *capibara* y del *pay*. Además de esto, se ha encontrado con frecuencia, en el interior de las tierras de la provincia del Río de la Plata, osamentas de cuadrúpedos que disputan el tamaño al coloso asiático. (Azara, *Viajes*, vol. I: 217)

También las aves, a las que dedicó sus primeros esfuerzos de naturalista aficionado, necesitan del alegato de Azara frente a las opiniones de Buffon, quien consideraba que en América no había pájaros cantores. Azara, autor de la primera obra ornitológica de la región, responde que “si se eligiese un coro de cantores del viejo continente y se comparara con otro de igual número de aquí tal vez se disputaría la victoria” (Azara, cit. en Pereyra, 1945: 12).

En su defensa global de América, no olvida asumir también la del hombre sudamericano, al que describe en términos que contrastan abiertamente con los conceptos de contemporáneos europeos, como De Pauw. Para Azara, “los charrúas, los pampas, los patagones, los aucás, los guaicurús, los lenguas, los mocobís, los mbayás, etc., [...] son las naciones de más alta talla, las más fuertes, las más poderosas y más indomables que haya en el mundo....” (Azara, *Viajes*, vol.II: 97).

El ecologista “avant la lettre”

A lo largo del siglo XVIII ya podemos detectar, de manera incipiente, la idea de que las actividades del hombre modifican la faz de la Tierra. El incesante aumento de las superficies de cultivo, la progresiva deforestación de los bosques y la introducción de nuevas técnicas de pesca para incrementar el número de capturas ilustran claramente la capacidad del hombre para explotar la naturaleza y modelar su entorno (Urteaga, 1987: 189).

Los datos recogidos por agrónomos y naturalistas abren paso a la evidencia de que el hombre es un agente geográfico de primer orden, idea que aunque pueda parecer hoy de gran simplicidad introducía, en esa época, “dos significativas modificaciones en las creencias tradicionales sobre el mundo físico”: primero, que la Tierra estuviera sometida a cambios en lugar de permanecer fija y estática como pretendía la tradición; segundo, que los responsables de tales cambios, no fuesen sólo los fenómenos físicos o atmosféricos, sino también la sociedad (Urteaga, 1987: 189).

Ambas creencias fueron aceptadas sin mayores reticencias dado que las concepciones dinámicas eran la culminación lógica de las sucesivas modificaciones incorporadas a la teoría de la Tierra desde la época renacentista y la idea del ser humano como agente geográfico se incorpora a la literatura ilustrada bajo la convicción optimista de que “el hombre ‘recrea’ la tierra, domeñando con su trabajo las resistencias de la naturaleza a rendirle sus frutos y aumentando incesantemente la producción de todo tipo de bienes” (Urteaga, 1987: 189).

Esta expresión, la más característica y mejor conocida de la “fe en el progreso” del Siglo de las Luces, tuvo su correlato pesimista en la voz de un reducido grupo de ilustrados españoles que creyeron ver en dicho accionar el riesgo de que la sociedad humana pudiera causar efectos indeseables en la naturaleza. A esto se reduce, poco más o menos, el núcleo de ideas conservacionistas de la centuria ilustrada: la conciencia de que los frutos de la naturaleza podían ser limitados y que era necesario realizar una explotación controlada, especialmente de los recursos forestales y pesqueros (Urteaga, 1987: 190). Pese a la existencia de hechos que hubieran permitido abonar las razones conservacionistas, el exiguo número y aislamiento de las voces, la discontinuidad de las ideas y la fragilidad de sus conceptos impidió la articulación de argumentos que pudieran enfrentar con éxito la pervivencia del antropocentrismo, tanto en su versión teológica, que considera que la Tierra ha sido creada al servicio del hombre, como en la versión profana que provee la Ilustración y se apoya en el mito de la infinitud de los recursos naturales adoptada por el pensamiento económico setentista. Por otra parte, el carácter descriptivo y

taxonómico de la historia natural “era poco apto para explicar el funcionamiento de sistemas naturales complejos y detectar el impacto de la acción humana sobre ellos” (Urteaga, 1987: 191).

Mientras esto sucede en España, Azara se encuentra alejado de los vaivenes intelectuales de la península, internándose en un continente agreste y desbordante de las más diversas manifestaciones de vida, donde la protección de los recursos naturales es un concepto exento de significación tanto para los nativos como para la burocracia española claramente instruida en observar la naturaleza en términos de rentabilidad económica.

Una vez más descubrimos en Azara un comportamiento singular cuando manifiesta un especial interés en la conservación del medio ambiente. Sus continuos desplazamientos le permiten apreciar la abundancia y variedad de riquezas naturales de las tierras que transita al mismo tiempo que le brindan la posibilidad de observar notables diferencias entre las tierras vírgenes y las que ya han sido ocupadas por el hombre. Es probable que su sensibilización frente a ciertos fenómenos, como el de la deforestación, sea anterior a su contacto con la naturaleza del Nuevo Continente y haya nacido en su patria en donde, poco antes de iniciar su aventura americana, había sido nombrado miembro de la Sociedad Económica Aragonesa, pero no disponemos de ningún dato que apoye esta presunción. De todos modos, y aún tomando en consideración que su preocupación conservacionista hubiese germinado en España, la reflexión que Azara desarrolla en torno a la naturaleza americana sobrepasa el débil y efímero discurso español sobre la conservación de ciertos recursos explotables (acallados por la crisis científica y cultural de principios del siglo XIX y el reforzamiento de las tesis progresistas con la euforia tecnológica del nuevo siglo). Su inquietud por analizar las relaciones de los seres vivos entre sí y con su entorno o las interacciones entre los grupos humanos y su ambiente, tanto físico como social, así como el imperioso deseo de asegurar la defensa y protección de la naturaleza y del medio ambiente enlazan su reflexión con el discurso ecologista actual, aunque tengamos conciencia de que la ecología, como disciplina científica, aparecería mucho tiempo después. Azara se da cuenta de que el hombre, sin llegar al extremo de extinguir una especie, puede modificar la naturaleza de muchas y diversas maneras, que no únicamente el hombre sino también los animales pueden convertirse en agentes transformadores del medio ambiente, que existe un equilibrio natural en cuya conservación cada uno de los seres vivos tiene un papel fundamental, etc.

En sus textos explica que, como consecuencia del relieve y el clima, la vegetación se distribuye de manera irregular, constatándose que, mientras en el norte hay abundancia de bosques que abrigan una gran diversidad de árboles, desde el Río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes sólo se encuentran “en raros parajes de la campaña, algunas listas o manchas de

algarrobos y espinillos claros” (Azara, *Descripción*: 43). La escasez de leña hace que se corten los árboles que pueblan las orillas de los arroyos tributarios del Río de la Plata, los que crecen en las islas o a orillas de los ríos Paraná y Uruguay para quemar (sobre todo en los hornos de ladrillos), teniendo que recurrir a las maderas del Paraguay y las misiones jesuíticas para construir “edificios, carretas y embarcaciones” (Azara, *Descripción*: 43).

Nuestro conservacionista se inquieta porque “la población va exterminando los bosques” (Azara, *Descripción*: 43) con la tala excesiva de árboles o como consecuencia de incendios provocados. Ya en su primer viaje, desde Santa Fe a Asunción, observa los bosques de algarrobos que bordean el río, destruidos en parte, y escribe en su diario: “Donde viven hombres, ni árboles, plantas ni animales quedan” (Azara, *Viajes inéditos*: 32).

Hace notar que la presencia humana transforma también la vegetación de los campos sin bosques, de diversas maneras. Según él, el establecimiento del hombre favorece la proliferación de malezas, por lo que afirma: “He observado mil veces, que en cualquiera desierto donde el hombre se establezca, nacen al año, alrededor de su choza, malvas, ortigas, abrojos comunes y otras varias plantas que no había visto a treinta leguas en contorno” (Azara, *Descripción*: 42).

Y lo mismo ocurre en los caminos que el ser humano frecuenta o en los huertos que cultiva. Pero no sólo el hombre degrada la naturaleza. Azara repara también en que el ganado produce transformaciones en los campos, lo que es fácilmente comprobable, “porque en las estancias o dehesas pobladas algunos años de ganados mayores y de pastores, se exterminan aquellos pastos altos y los pajonales, y nace la grama común y un abrojo achaparrado de hoja muy menuda. El ganado lanar abrevia el exterminio de toda planta elevada, y fomenta la grama” (Azara, *Descripción*: 42).

En el espacio dedicado a los indios *pampas*, Azara hace un resumen que pone en evidencia las interacciones de los hombres, extranjeros y autóctonos, y su influencia sobre las costumbres y el medio ambiente. Cuenta que, en un principio, los *pampas* disputaron “con admirable constancia y valor el terreno a los fundadores de Buenos Aires”, pero luego de la segunda fundación de la ciudad, se retiraron hacia el sur, a vivir de la caza. “Poco después se multiplicaron y extendieron mucho los caballos silvestres” y los *pampas* comenzaron a alimentarse con ellos. Las vacas, que los indios no comían, no tardaron en reproducirse y extenderse en un amplio territorio. Los indios chilenos, persiguiendo el ganado, trabaron amistad con los *pampas* que ya tenían muchos y buenos caballos. Juntos se dedicaron al comercio, imitados por los españoles de las ciudades de Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, quienes “hicieron muchos destrozos en los mismos ganados vacunos, para vender sus pieles y sebo. [...] Así se exterminaron las vacas silvestres” y los indios comenzaron a asolar las estancias españolas

para obtener más reses. “No se limitaban a robar, sino que quemaban las casas campestres y mataban a los varones adultos”, llevándose a las mujeres y a los niños. “Esta situación obligó a la ciudad de Buenos Aires a [...] cubrir su frontera con once fuertes guarnecidos de artillería y de setecientos veteranos de caballería, sin contar las milicias” (Azara, *Descripción*: 114-115). Como acabamos de ver, la llegada de los españoles al Río de la Plata, y su introducción de ganado equino y vacuno, produce una serie de cambios que se encadenan hasta transformar significativamente el hábitat y las costumbres de los moradores de la pampa.

El concepto de progreso se halla profundamente anclado en el ideario de la Ilustración y para quienes lo encarnan la naturaleza es vista como un obstáculo a la expansión productiva de la sociedad. Urteaga observa que “en la cultura española, esta visión progresista de la naturaleza tiene una formulación paradigmática en la obra de pensadores tan importantes como Jovellanos o el Conde de Cabarrús” (Urteaga, 1987: 29-30).

Félix de Azara podría ser el más acérrimo opositor de la naturaleza, y muy justificadamente, luego de verse confrontado a diario, durante tantos años, a los contratiempos que le procura un universo salvaje muchas veces jamás hollado por el hombre y forzado a medir sus fuerzas con animales feroces, insectos o fenómenos naturales. No obstante, se erige en un invalorable defensor y en el mayor promotor de su conocimiento.

Una de las grandes inquietudes de Azara radica en preservar la biodiversidad, aunque no fuera ésta, por supuesto, la palabra que él utilizara para identificar sus deseos de salvaguardar el patrimonio natural y, tal vez ni siquiera se apercibiera de que, en su afán de proteger hasta los más pequeños signos de vida americana, estaba dando origen a una preocupación que habría de desarrollarse mucho más tarde. En el capítulo V de la *Descripción...*, habla de la costumbre de quemar los pastos:

Cuando las plantas están ya duras y sequizas, las pegan fuego para que retoñen y las coman tiernas los ganados; pero sin duda perecen así las plantas más delicadas y se queman las semillas disminuyendo las especies. Solo se detienen estas quemazones en los arroyos y caminos [...]. Como las orillas de los bosques son siempre muy cerradas y verdes, también detienen el fuego; pero quedan chamuscadas para arder en el incendio siguiente. (Azara, *Descripción*: 42)

Este hábito no perjudica únicamente la vegetación porque en estas quemas “perecen igualmente infinitos insectos, reptiles y cuadrúpedos menores” (Azara, *Descripción*: 42).

Resulta curioso que mientras recorre territorios cubiertos de la vegetación más densa y variada, habitados por innumerables especies animales, su preocupación fundamental sea

mantener el frágil equilibrio natural conservando todas las especies por pequeñas o débiles que estas sean.

Aunque el estudio de los pueblos autóctonos corresponde a la antropología (que ya fue abordada), quisiéramos incluir algunas consideraciones sobre ellos en esta sección no por considerarlos parte de la naturaleza sino porque los habitantes originarios del continente también formaban parte de ese mundo americano primigenio que Azara deseaba conservar lo más intacto posible. La prueba está en que suele afirmar, como lo hace en este caso, en sus “reflexiones sobre los indios silvestres”, que “aquellas naciones conservan por tradición y sin alteración sus vestidos y todas sus costumbres, con tal tenacidad, que a lo menos no las han mudado poco ni mucho en los tres últimos siglos, aun los que han nacido y vivido cincuenta años en la misma capital del Paraguay con los españoles” (Azara, *Descripción*: 161-162).

Aseveraciones que refutará a renglón seguido diciendo que “al tiempo de la conquista, eran estas [naciones silvestres] mucho menos errantes que hoy porque no tenían caballos ni facilidad de transportar sus armas, casas y muebles” (Azara, *Descripción*: 162).

Esta aspiración suya se contrapone al proyecto sociocultural establecido a nivel gubernamental y, por lo tanto, a su posición de funcionario de la Corona. Las últimas décadas del siglo XVIII están marcadas por un cambio en el discurso y la política de España con respecto a la población indígena americana, pasándose de un modelo de segregación a otro donde se promovían ideas y políticas de asimilación que incentivaban “la adquisición de hábitos y valores culturales españoles” (Wilde, 2003: 4-5). La oposición entre sus propias convicciones y los planes gubernamentales provocan la fluctuación del discurso azariano desde su deseo de preservación hacia los intentos de asimilación pacífica que aconseja, e incluso, pone en práctica en los proyectos colonizadores desplegados en el marco de sus misiones oficiales.

CONCLUSIÓN

Chacune de mes appartenances me relie à un grand nombre de personnes; cependant, plus les appartenances que je prends en compte sont nombreuses, plus mon identité s'avère spécifique.

Amin Maalouf

El Félix de Azara que llega al Río de la Plata es un ingeniero militar español, formado en los principios de la ciencia moderna, impulsada por un nuevo espíritu crítico y liberal, que propone la razón humana y la experiencia como únicos medios de alcanzar el conocimiento. Es, por lo tanto, el arquetípico intelectual ilustrado, capaz de desarrollar múltiples actividades, incluso aquellas para las que no ha sido debidamente formado.

Pero la identidad de un individuo se va construyendo y transformando a lo largo de toda su existencia (Maalouf, 1998: 31). Los veinte años que pasa en comunión con la indomable naturaleza americana, lejos de embotar sus sentidos, operan una importante transformación en la vida y el pensamiento de Azara, quien encara una titánica empresa y la lleva a término sin que las dificultades y privaciones que debe superar a cada paso, hagan languidecer su empeño.

Su discurso podría calificarse de fronterizo, teniendo en cuenta la ubicación literal y metafórica del autor y la influencia que este hecho tuvo sobre su percepción de la realidad. Azara vivió y desarrolló sus actividades en la frontera temporal entre dos épocas y por ende en la confluencia de distintas corrientes ideológicas: el siglo XVIII está regido por las corrientes propias de la Ilustración y el Enciclopedismo, la adopción del empirismo y racionalismo como métodos científicos y la sustitución del teocentrismo por una postura antropocéntrica; además, antes del fin de siglo ya se perciben ciertos rasgos propios del Romanticismo sin olvidar que el pensamiento ilustrado puede considerarse como un precedente del Liberalismo y un puente hacia la época moderna. Todas las tendencias mencionadas están más o menos presentes en la escritura de Azara, algunas únicamente en forma de chispas aisladas vislumbrándose entre las ideas dominantes.

El destino espacial de Félix de Azara, en el marco de sus misiones oficiales, se ubica en la frontera geográfica (que él debía definir) entre los dominios españoles y lusitanos o entre las tierras ocupadas por los españoles y las habitadas por los indígenas (frontera que él debía trasladar), dependiendo de las comisiones que le fueron asignadas. Los textos del funcionario aragonés revelan la pugna entre su lealtad a la patria y el reconocimiento de los desatinos cometidos por la administración colonial.

Las actividades que desarrolla en América lo sitúan en la frontera vocacional entre el ingeniero militar y el naturalista circunstancial obligándolo a apelar, para enfrentar el desafío que suponía el desconocimiento de las ciencias naturales, a sus nociones humanísticas, geográficas, matemáticas y a aplicar los métodos propios de las ciencias exactas a sus observaciones del mundo natural.

Sus escritos, y en especial su correspondencia, transmiten su malestar por encontrarse en una frontera cultural, alejado del mundo instruido europeo y confinado en los márgenes del imperio sin libros ni trato racional, entre civilización y barbarie (para usar los términos popularizados años más tarde por Sarmiento, desde la literatura). Aunque su constante trajinar lo lleva a establecer contacto con autoridades portuguesas y españolas, elites criollas, compañeros de expedición y nativos de distintas etnias, también lo obliga a pasar largos períodos de aislamiento dedicado a viajar para confeccionar sus mapas, a reforzar la presencia hispana y la seguridad en las zonas de frontera, a la observación de las costumbres de los animales o al cuidado de los que capturaba con vida y conservaba en cautiverio para estudiarlos. En contraste con los largos períodos de aislamiento social e intelectual a los que se ve sometido, su obra revela un proceso de evolución ininterrumpido hacia la madurez que parte de sus escritos ostentan.

Una vida jalonada por cambios de toda índole lo convierte en actor y espectador privilegiado, con movilidad en distintas esferas y le brinda la posibilidad de evaluar los distintos contextos (europeo, metropolitano y colonial) a los que se va integrando, le permite diversificar sus actividades y establecer contacto con individuos de distintas clases sociales, funciones y procedencia, le ofrece acceso a documentos depositados en los archivos de distintas ciudades americanas o le permite transponer los umbrales de museos e instituciones francesas y españolas, le facilita el conocimiento de teorías, ideologías y debates que circulaban en esa época y la posibilidad de realizar la comprobación empírica de algunas teorías.

El hecho de traspasar tantas fronteras, físicas y virtuales, ha contribuido, sin lugar a dudas, al desarrollo de nuevas aptitudes y a dotar el pensamiento azariano de características propias. Estos factores sumados a su constante búsqueda de veracidad y objetivismo (que, evidentemente, no siempre logra), su espíritu crítico que no excluía la tolerancia, su equilibrio entre las ciencias y las humanidades y su capacidad de establecer hipótesis a partir de la simple observación, le permiten elaborar una perspectiva personal del universo que describe en sus textos, iluminando su discurso con destellos de originalidad que lo distinguen del producido por sus contemporáneos y, probablemente, ha favorecido su recepción en diversos países, tanto de Europa como de América.

Así, lo veremos promover la preservación de la naturaleza contradiciendo las expectativas imperiales de explotación intensiva de los recursos y la confianza setentista en una naturaleza inagotable; colaborar en la empresa colonizadora, pero con el íntimo convencimiento de que el hombre destruye el medio ambiente en el que se instala y que es justamente la existencia de los “salvajes” la que transcurre en armónica relación con el entorno natural, estado de perfección que va desapareciendo a medida que avanzan hacia la civilización; integrar en sus poblaciones habitantes de orígenes diversos, fomentando el reparto equitativo de las tierras y el tratamiento humano e igualitario de todos los individuos y condenar tanto los métodos laicos de explotación de la mano de obra indígena como el sistema de comunidades jesuítico; o erigirse en defensor de ese “último rincón del universo” del que con frecuencia quisiera alejarse definitivamente.

Desde la perspectiva de nuestra investigación, un discurso donde se entrelazan, superponen, atemperan y hasta chocan las miradas del funcionario, el científico, el geógrafo, el naturalista, el antropólogo, el viajero o el ecologista, constituye una de las mayores riquezas de la obra azariana.

Sin duda, revisten particular importancia aquellas miradas que evidencian el interés de Azara por la preservación del universo americano. Efectivamente, su compromiso con la naturaleza es uno de sus rasgos más importantes e inusitados. La constante inquietud, propia de un ecologista contemporáneo, por la protección de una naturaleza grandiosa y paradisíaca que comienza a verse amenazada por la actividad humana, supera el tenor de las voces conservacionistas europeas y completa las argumentaciones de la época, incluyendo la conservación del equilibrio ambiental, mediante la preservación de toda manifestación de vida (por pequeña o falta de valor comercial que esta sea), y el respeto por su distribución geográfica. También se destaca por el respeto y valoración de las culturas americanas (no necesariamente en relación directamente proporcional a su grado de asimilación a la cultura europea) y el manifiesto deseo de fijar por medio de la escritura sus características y prácticas, rescatando así del olvido un universo en vías de desintegración.

Además de la capacidad de su autor de producir un discurso en el que convergen un amplio espectro de miradas, la obra de Azara presenta otras particularidades que merecen ser destacadas.

Una de estas características distintivas es el autodidactismo de su autor. La importancia de sus estudios sobre la naturaleza reside precisamente en que, a pesar de provenir de un autodidacta que emprende su tarea en América sin ningún contacto previo con las ciencias naturales, sin comunicación con otros naturalistas ni libros en los que fundamentarse, se

convierten en las obras más completas, en cuanto a número de especies catalogadas, y cuyas sorprendentes intuiciones, nacidas de la observación, aportan correcciones a autores de gran renombre y ponen en tela de juicio las teorías unánimemente aprobadas en Europa.

Capaz de hacer evolucionar sus ideas, independientemente de sus escasas fuentes, no sólo logra completar las taxonomías de Buffon y corregir sus afirmaciones erróneas sino también recoger y modificar interesantes teorías sobre una problemática variada, basándose en deducciones nacidas del examen atento de la naturaleza. Considerado por algunos autores como un precursor de las ideas sobre la evolución de las especies (aunque en un estadio muy primitivo), realiza un importante avance al no aceptar totalmente la teoría fijista, ubicándose entre ésta y el transformismo. Discute la teoría de las grandes migraciones animales (para explicar el poblamiento del planeta) y acepta en parte la teoría creacionista pero introduciendo la posibilidad de creaciones simultáneas y sucesivas. Se interesa por los animales domésticos y la herencia de los caracteres, poniendo particular atención en la selección artificial y la pigmentación animal. Propone las causas de carácter interno como productoras de las mutaciones observadas en distintas especies animales, aproximándose así a la teoría de la herencia que sería enunciada un siglo después. También reflexiona sobre el origen del hombre inclinándose, en este caso, por la teoría creacionista pero insertando una variante que cuestiona la hegemonía blanca: para Azara, el primer hombre era de raza negra. Sus textos describen un mundo dinámico en el que interactúan, en plena armonía, hombres, animales y plantas. En sus observaciones de los seres vivos descubre y reflexiona sobre ciertos fenómenos que desafían las explicaciones teológicas y las deficiencias del conocimiento ilustrado. De ese modo, Azara participa en la construcción de saberes futuros, llamando la atención sobre algunos hechos que décadas más tarde serán analizados e interpretados por Darwin.

Azara es también un caso especial, si consideramos que realiza su amplia y laboriosa tarea de recolección, examen y clasificación de especies prácticamente solo, exceptuando la colaboración del padre Nosedá. No es menos meritoria la labor cartográfica realizada, aunque la haya llevado a cabo con el auxilio de algunos compañeros y subalternos de la Expedición de Límites de la América Meridional, si tenemos en cuenta la magnitud de la empresa desarrollada.

Sus obras atesoran un considerable caudal de conocimientos empíricos ignorados y, en consecuencia, recibidos con gran expectación por los científicos europeos, que lo convierten en el precursor de los naturalistas sudamericanos del siglo XIX y en una invaluable fuente para sus investigaciones. Baste recordar que llevaba siete años en Sudamérica y había comenzado la redacción de algunas de sus obras, cuando llega la Expedición científica de Alejandro Malaspina a Montevideo (1789); que cuando su obra se estaba publicando en Europa, emprendían su viaje

Humboldt y Bonpland (1799-1804) y que a su fallecimiento faltaban todavía cinco años para que iniciara su viaje D'Orbigny (1826-1833), once para que Darwin se embarcara en el Beagle (1832-1836) (Mones y Klappenbach, 1997: 83) y treinta y cinco antes de que Burmeister pisara el suelo rioplatense.

Desprovisto de formación en ciencias naturales pero valiéndose de su enorme voluntad y de dos métodos científicos básicos, la observación y la deducción, logra realizar un inestimable aporte a las ciencias de la época y a otras que se consolidarían mucho más tarde, como a la etología, describiendo el comportamiento de los animales; a la biogeografía, al indicar la distribución y hábitat de especies biológicas; a la genética, porque intenta extraer conclusiones de los hechos observados en ese ámbito; a la anatomía y a la morfología, por agotar sus conocimientos y medios para lograr las descripciones de cuanto elemento estuvo a su alcance; a la botánica, dedicando extensos capítulos de sus obras a diferentes tipos de plantas; a la zoología, al realizar las más fieles descripciones de la época sobre los animales; a la geología, porque dedica parte de sus esfuerzos descriptivos a las riquezas minerales y a la composición de los suelos; a la antropología, porque sus informaciones de observador fidedigno, las más completas y con frecuencia las únicas de que se disponen sobre algunas etnias, preservaron del olvido a tribus actualmente extinguidas o totalmente aculturadas ; y por último, a la lexicografía, dentro de la que es reconocido como autoridad para muchas voces que aparecen escritas por primera vez en su obra (Mones y Klappenbach, 1997: 84).

Encontramos otra peculiaridad de la obra azariana en la difusión que sus ideas alcanzaron dentro del proyecto europeo para conocer la naturaleza americana en relación con otras expediciones oficialmente organizadas con ese fin y cuyos trabajos permanecieron largo tiempo archivados sin lograr su publicación (la Expedición Malaspina es el ejemplo paradigmático) y, más aún si consideramos el carácter extraoficial de su labor (al menos en sus primeros años) y el escaso apoyo gubernamental que la misma originara. Si Azara hubiera contado con la aprobación sincera de las autoridades españolas, éstas le habrían proporcionado probablemente, como sucediera en otros casos, libros o informaciones pertinentes. En cambio, él recibe únicamente una aprobación condicionada a ciertos requisitos.

Félix de Azara tuvo la suerte (no muy frecuente en el mundo científico español de su época) de ver publicados algunos de sus escritos y disfrutar en vida del reconocimiento casi unánime a sus originales aportaciones. Debe agradecer esta posibilidad, en parte, a la intervención decisiva de su hermano José Nicolás para hacer conocer su primer manuscrito y facilitar su vinculación con el ambiente científico parisino. Es muy probable también que Azara, como lo hiciera con los gastos de sus investigaciones, pagara sus propias publicaciones acelerando, de ese

modo, el proceso de difusión de *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y río de la Plata* y de *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y río de la Plata*.

El interés suscitado por los textos de Azara no está exento de inconvenientes. Precisamente, uno de los problemas que dificulta el trabajo de todo investigador que se acerca a su obra es la enorme complejidad de las fuentes. El valor alcanzado por la misma explica la existencia de numerosas copias manuscritas en archivos americanos y europeos que confunden y desorientan a los interesados en su estudio.

Otra particularidad de la obra de Azara es la influencia que ha ejercido en las regiones donde desarrollara sus investigaciones y su perdurabilidad en el tiempo.

Todo el material cartográfico, geográfico, botánico, zoológico, antropológico e histórico compendiado por Azara en sus escritos favoreció el conocimiento y la valoración, por parte de sus habitantes, de regiones hasta entonces marginales y poco conocidas del imperio español contribuyendo además, a trazar límites definitivos y consolidar la presencia humana en las fronteras, preservando así el territorio de los intentos expansionistas lusitanos. También se atribuye a Azara la paternidad de las representaciones culturales más perdurables acerca de las poblaciones rurales rioplatenses que, por otra parte, fueron recogidas muy tempranamente por un número bastante importante de viajeros y científicos que recorrieron la región.

Azara realiza un fundamental legado a Paraguay, cuando en 1793, ofrece al Cabildo de Asunción el primer mapa de la región junto a una primitiva versión de la *Descripción*.

Distintos autores, especialmente uruguayos, han resaltado la influencia de Azara en la ideología de Artigas, basando sus afirmaciones en que, durante su permanencia en la Banda Oriental, Azara estaba en contacto permanente con su ayudante y miembro del cuerpo de Blandengues, José Gervasio Artigas. Quien más tarde sería un héroe de la independencia uruguaya le proporciona informaciones sobre la región, al mismo tiempo que asimila las ideas económicas y sociales de Azara.

Se ha destacado, además, el preponderante lugar ocupado por la obra de Azara en la historiografía argentina. En 1846, el escritor y diplomático Florencio Varela publica los *Viajes* de Azara en castellano señalando, en el prólogo de la edición, que el mérito de Azara radicaba en la "fuerza de observación y razón despejada" que transformaba su obra en lo mejor y más exacto que se había escrito sobre esa parte de la América Meridional. La traducción de la obra estuvo a cargo de Bernardino Rivadavia, primer presidente argentino e impulsor, en 1826, del proyecto liberal de construcción de la nación, quien tenía sumo interés en difundir los textos de Azara en el Río del Plata. Por su parte, otro importante actor en los turbulentos inicios de la emancipación

argentina, el militar, político y escritor Bartolomé Mitre, siguió con gran interés la obra de Azara, consiguiendo, no sin esfuerzo, una copia de la *Descripción* que actualmente se halla depositada en el Museo Mitre de Buenos Aires y fue el editor, en 1873, de los *Viajes inéditos*.

Como vemos, la obra de Azara contribuyó, en cierta manera, a afianzar las identidades de distintos países, consolidar sus territorios e inspirar planes económicos y sociales a los primeros líderes nacionales durante el período de la emancipación. Consideramos que los textos de Azara han sido más valorados y han ejercido mayor influencia en América que en su país natal y que la singularidad del discurso azariano tiene mucho que ver con el éxito de su recepción en los países de América del Sur.

Para finalizar, sólo resta destacar que su obra continúa siendo difundida y atrayendo el interés, a ambos lados del océano, cuando han transcurrido más de dos siglos desde su aparición. ¿No es esta una prueba fehaciente de su originalidad?

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía de Azara

- AZARA, Félix de. *Viajes por la América Meridional*. Tomos I y II. Buenos Aires: El elefante blanco, 1998.
- AZARA, Félix de. *Escritos fronterizos*. Edición preparada por Manuel Lucena Giraldo y Alberto Barrueco Rodríguez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid: ICONA, 1994.
- AZARA, Félix de. *Descripción general del Paraguay*. Edición de Andrés Galera Gómez. Madrid: Alianza editorial, 1990.
- AZARA, Félix de. *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*. New Cork: Arno Press, 1978.
- AZARA, Félix de. “Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil por D. Félix de Azara, Primer Comisario de la Tercera División”. En Pedro de Ángelis (comp.). *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1970, pp. 357-445.
- AZARA, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Nota preliminar sobre Mitre y Azara por Julio César González. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943.
- AZARA, Félix de. *Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata y otros informes*. Con apuntes bio-bibliográficos de don Félix de Azara, escritos por Julio César González. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943.
- AZARA, Félix de. *Viajes inéditos de D. Félix de Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay, y a los pueblos de Misiones*. Con una noticia preliminar por el general D. Bartolomé Mitre y algunas notas por el doctor D. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1873.

Internet

Accesibles en: *Academia Argentina de Letras* (portal de la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*) <<http://www.cervantesvirtual.com/portal/aal/>>

AZARA, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Nota preliminar sobre Mitre y Azara por Julio César González. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943.

AZARA, Félix de. “Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil”. En Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata*.

AZARA, Félix de. “Diario de la navegación y reconocimiento del río Tebicuarí”. En Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata*.

AZARA, Félix de. “Diario de un reconocimiento de las guardias y fortines, que guarnecen la línea de frontera de Buenos-Aires, para ensancharla”. En Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata*.

AZARA, Félix de. “Informes de D. Félix de Azara, sobre varios proyectos de colonizar el Chaco”. En Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata*.

Accesible en: *Biblioteca Virtual del Paraguay* <<http://www.bvp.org.py/>>

AZARA, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Buenos Aires: Babel, 1945.

Bibliografía crítica sobre Azara

ALFAGEME ORTELLS, C. et al. *Félix de Azara. Ingeniero y naturalista del siglo XVIII*. Colección de Estudios Altoaragoneses, 16. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987.

ALVAREZ LÓPEZ, Enrique. *Félix de Azara. Siglo XVIII*. Madrid: M. Aguilar Editor, 1935.

ALVAREZ LÓPEZ, Enrique. *Comentarios y anotaciones acerca de la obra de Don Félix de Azara*. Madrid: Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, 1952.

ANSÓN NAVARRO, Arturo. “Retrato de Félix de Azara”. *Almendron.com. Una ventana al mundo cultural, artístico y político*. 1996. Consultado el 14 de febrero de 2005 en: <http://www.almendron.com/arte/pintura/goya/obras_goya/goya_41.htmS>

- BEDDALL, Barbara G. "The Isolated Spanish Genius – Myth or Reality? Félix de Azara and the Birds of Paraguay". *Journal of the History of Biology*, vol. 16, n° 2 (Summer 1983), pp. 225-258.
- BEDDALL, Barbara G. "Un Naturalista Original": Don Félix de Azara, 1746-1821. *Journal of the History of Biology*, vol. 8, n° 1 (Spring 1975), pp. 15-66.
- CAMPAL, Esteban. *Azara y su legado al Uruguay*. Uruguay: Ediciones de la Banda Oriental, 1969.
- GALERA GÓMEZ, Andrés. "Introducción". *Descripción general del Paraguay*. Edición de Andrés Galera Gómez. Madrid: Alianza Editorial, 1990, pp. 7-38.
- GLICK Thomas F. and David M. Quinlan. "Félix de Azara: The Myth of the Isolated Genius in Spanish Science". *Journal of the History of Biology*, vol. 8, n° 1 (Spring 1975), pp. 67-83.
- GONZÁLEZ, Julio César. "Apuntes bio-bibliográficos de don Félix de Azara". En Félix de Azara. *Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata y otros informes*. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943, pp. VII-CXIV.
- GUILLOT MUÑOZ, Álvaro, *La vida y la obra de Félix de Azara. Un sabio formado en el desierto*. Buenos Aires: Atlántida S.A., 1941.
- KÜHL de MONES, Úrsula. "Azara como fuente lexicográfica". En Álvaro Mones y Miguel A. Klappenbach. *Un ilustrado aragonés en el virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento*. Montevideo: Anales del Museo Nacional de Historia Natural, 1997, pp. 61-67.
- LUCENA GIRALDO, Manuel y Alberto Barrueco Rodríguez. "Estudio preliminar". *Escritos fronterizos*. Edición preparada por Manuel Lucena Giraldo y Alberto Barrueco Rodríguez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid: ICONA, 1994, pp. 13-35.
- MONES, Álvaro y Miguel A. Klappenbach. *Un ilustrado aragonés en el virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento*. Montevideo: Anales del Museo Nacional de Historia Natural, 1997.
- OCAMPOS CABALLERO, Augusto. *La conquista científica de Azara en el Paraguay. Su fascinación y respeto hacia la naturaleza*. Huesca (España): Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1999.
- PEREYRA, José A. *La obra ornitológica de Azara. Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata*. Comentada y actualizada por José A. Pereyra. Buenos Aires: Biblioteca Americana, 1945.

VERGARA, Ricardo. “Félix de Azara, precursor de la biogeografía moderna”. *Revista internacional de ciencias de la Tierra*. Septiembre 2001. Consultado el 18 de enero de 2005 en: <http://www.mappinginteractivo.com/plantilla-ante.asp?id_articulo=64>

Bibliografía complementaria

ADORNO, Rolena. “Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XIV, n° 28, Lima, 2° semestre 1988, pp. 11-27.

ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel. *La conquista de la naturaleza americana*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993.

BABINI, José. *La evolución del pensamiento científico en la Argentina. Primera parte: La colonia*. Buenos Aires: Ediciones La Fragua, 1954. Consultado también en Proyecto Ameghino el 3 de junio de 2004 en:

< <http://www.argiropolis.com.ar/ameghino/obras/babini/evol-indi.htm> >

BROC, Numa. *La géographie des philosophes. Géographes et voyageurs francais au XVIIIe siècle*. France : Service de reproduction des thèses, Université de Lille III, 1972.

CALATAYUD ARINERO, María de los Ángeles. *Catálogo de las expediciones y viajes científicos españoles. Siglos XVIII y XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984.

CAPEL, Horacio. “Geografía y cartografía”. En Manuel Sellés, José Luis Peset y Antonio Lafuente (comp.). *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, 1988, pp. 99- 126.

CONCOLORCORVO [CARRIÓ DE LA VANDERA, Alonso]. *El lazarillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina S.A., 1946.

CHARDON, Carlos Eugenio. *Los naturalistas en la América Latina. Tomo I. Los siglos XVI, XVII y XVIII, Alejandro Humboldt, Carlos Darwin, La Española, Cuba y Puerto Rico*. Ciudad Trujillo, República Dominicana: Editorial del Caribe, 1949.

CRISTOFF, María Sonia. *Acento extranjero. Dieciocho relatos de viajeros en la Argentina*. Selección y prólogo de María Sonia Cristoff. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000.

DARWIN, Charles R. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El elefante blanco, 2003.

- ESPINOSA. “Estudio sobre las costumbres, y descripciones interesantes de la América del Sur”, en *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794* / publicado con una introducción por Pedro de Novo y Colson. Madrid: Imprenta de la viuda e hijos de Abienzo, 1885, pp. 557-577.
- FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Paris : Gallimard, 2002.
- GALERA GÓMEZ, Andrés. *La Ilustración española y el conocimiento del Nuevo Mundo*. Madrid: Centro de Estudios Históricos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.
- GERBI, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- GERBI, Antonello. *La Naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GIRAO de VIERNA, Ángel. “¿Expediciones científicas o ciencia en las expediciones? Tres ejemplos clarificadores”. *Revista de Indias*, 1987, vol. XLVII, n° 180, pp. 489-500.
- GOIC, Cedomil. “El siglo XVIII: La Ilustración en América”. En *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Época colonial. Barcelona: Crítica (Grijalbo), 1988, pp. 475-487.
- GÓMEZ MORIANA, Antonio. “Narration et argumentation dans les chroniques des Indes. Le *Journal de Colomb*, 12 octobre 1492”. En Antonio Gómez Moriana y Catherine Poupeney Hart (eds.). *Parole exclusive, parole exclue, parole transgressive. Marginalisation et marginalité dans les pratiques discursives*. Longueuil: Le Préambule, 1990. pp. 53- 86.
- GUÉRIN, Miguel Alberto. “El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecúmene europea”. *Dispositio* Vol. XVII, N° 42, pp. 1-19.
- KOHUT, Kart y Sonia V. Rose (eds.). *Pensamiento europeo y cultura colonial*. Madrid: Editorial Iberoamericana, 1997.
- LAFUENTE, Antonio. “Las expediciones científicas del setecientos y la nueva relación del científico con el Estado”. *Revista de Indias*, 1987, vol. XLVII, n° 180, pp. 375- 378.
- LAFUENTE, Antonio y José Luis Peset. “Las actividades e instituciones científicas en la España ilustrada”. En Manuel Sellés, José Luis Peset y Antonio Lafuente (comp.). *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, 1988, pp. 29-80.

- LITVAK, Lily. *El ajedrez de estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*. Barcelona: Editorial Laia, 1987.
- LÓPEZ DE VELASCO, Juan. *Geografía y descripción universal de las Indias [1574]*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. 248. Madrid: Atlas, 1971.
- LUCENA GIRALDO, Manuel. “Le réformisme de frontière “. *Histoire et Sociétés de l'Amérique latine (HSAL)*, n° 7, premier semestre 1998, 209-220. Consultado el 26 de abril de 2005 en:
<<http://www.sigu7.jussieu.fr/hsal/hsal981/mlg98-1.pdf>>
- MAALOUF, Amin. *Les identités meurtrières*. Paris : Editions Grasset & Fasquelle, 1998.
- MARRE, Diane. “La cerilla de Darwin (o cómo los juicios sobre la ausencia de información pueden inducir la desvalorización social”. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Número extraordinario dedicado al II Coloquio Internacional de Geocrítica (Actas del Coloquio). Universidad de Barcelona N° 69 (19), 1 de agosto de 2000. Consultado el 12 de septiembre de 2004 en:
<<http://www.ub.es/geocrit/sn-69-19.htm>>
- MIGNOLO, Walter D. “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)”. *Dispositio*, 1986, vol. XI, n° 28-29, pp. 137-160.
- OVIDO, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana. 1. De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- POUPENEY HART, Catherine. “Literatura colonial hispanoamericana’. En torno a la reorganización de un área disciplinaria”. *Scriptura*, n° 8/9, (1992), pp. 27-35.
- POUPENEY HART, Catherine y Albino Chacón Gutiérrez (eds.). *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Costa Rica: Editorial Universidad Nacional, 2002.
- POUPENEY HART, Catherine. “Peregrinación por los mares del Norte, o la vindicación del criollo (Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, 1775)”. *Colonial Latin American Review*, 2002, vol. 11, n°1, pp. 109-121.
- PRATT, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- SAID, Edward W. *Orientalismo*. Traducción de María Luisa Fuentes. Madrid: Libertarias / Prodhufi, 1990.
- SALADINO GARCÍA, Alberto. *Ciencia y prensa durante la Ilustración latinoamericana*. México: Universidad Autónoma del Estado de México, 1996.

- SELLÉS, Manuel, José Luis Peset y Antonio Lafuente (comp.). *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- ROGER, Jacques. *Buffon : un philosophe au Jardin du Roi*. Paris: Fayard, 1989.
- URTEAGA, Luis. *La tierra esquilhada. Las ideas sobre la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal S.A. ; Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.
- VIDAL, Hernán. *Socio-Historia de la Literatura Colonial Hispanoamericana: Tres Lecturas Orgánicas*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1985.
- WEINRICH, Harald. “Los tiempos y las personas”. *Dispositio*, 1978, vol. III, n° 7-8, pp. 21-38.
- WILDE, Guillermo. “Orden y ambigüedad en la formación territorial de Río de la Plata a fines del siglo XVIII”. *Horiz. antropol.*, jul. 2003, vol. 9, no.19, p.105-135. Consultado el 9 de junio de 2004 en: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-71832003000100005&lng=es&nrm=iso>.

ANEXO I: RETRATO DE FÉLIX DE AZARA²⁴



Félix de Azara, por Francisco José de Goya y Lucientes (1805).

Óleo sobre lienzo, 212 x 124 cm., perteneciente a la Colección Particular IberCaja, Zaragoza.

²⁴ <http://www.almendron.com/arte/pintura/goya/obras_goya/goya_41.htm>

ANEXO II : CONFORMACIÓN DE LAS PARTIDAS DEMARCADORAS²⁵

Los miembros de la primera partida eran:

José Varela y Ulloa, capitán de Navío, primer comisario.

Rosendo Rico, teniente de Navío, segundo comisario.

Bernardo Lecoq, capitán de Ingenieros.

Juan José Varela, alférez de Fragata, ayudante.

Joaquín Gundín, piloto de la Armada, geógrafo.

José Santaella, maestro instrumentario.

José Ortiz, ministro de la Real Hacienda.

Manuel de la Mata, capellán.

Juan de Molina, cirujano.

Juan A. Sancho, teniente de Dragones, comandante de Escolta.

De la segunda partida:

Diego de Alvear, teniente de Navío, comisario.

José María Cabrer, ingeniero ayudante.

Andrés de Oyarbide, piloto y geógrafo.

Manuel Moreno, ministro de la Real Hacienda.

Bernardo Fontanes, capellán.

Félix Pineda, cirujano.

Tomás de Ortega, alférez, comandante de Escolta.

José Bareyro, capitán, comandante de Escolta de Milicias del Paraguay.

Juan José Valdés, alférez de Milicias.

De la tercera partida:

Félix de Azara, capitán de Fragata e ingeniero, comisario.

Martín Boneo, teniente de Navío, segundo comisario.

Pedro Cerviño, alférez de Milicias, ingeniero.

Ignacio Pasos, piloto y geógrafo.

J. Souillac, astrónomo.

²⁵ Augusto OCAMPOS CABALLERO. *La conquista científica de Azara en el Paraguay. Su fascinación y respeto hacia la naturaleza.* Huesca (España): Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1999, pp. 81-83.

Juan L. Insiarte, piloto de la Armada.

Bernabé Bueno, ministro de la Real Hacienda.

Antonio Arcos, capellán.

José Martí, cirujano.

Manuel de Rosas, teniente de Infantería, comandante de Escolta.

De la cuarta partida:

Juan Francisco de Aguirre, teniente de Navío, comisario.

Julio R. de César, teniente coronel de Milicias, ingeniero.

Pablo Zizur, piloto de la Armada, geógrafo.

Lorenzo Figueroa, ministro de la Real Hacienda.

Ramón Varela, capellán.

Vicente Verduc, cirujano.

Santiago Gómez, teniente de Infantería, comandante de Escolta.

ANEXO III: PORTADA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE LA
*DESCRIPCIÓN*²⁶



²⁶ <<http://wzar.unizar.es/doc/buz/biblioam/imagen114.html>>

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.